# FRAY MOCHO



"FLOR DE CARDO"

N.° 733

# DE MAR CHIQUITA

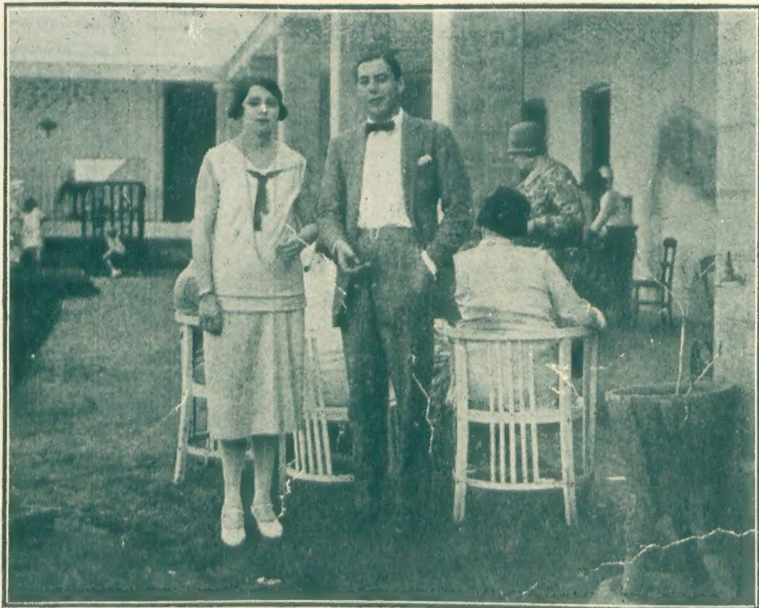




El señor Ernesto Lasave rodeado de sus relaciones... balnearias.



Familias de Buckler y de Coen.



Señorita de Falcone y señor Moyano Escalera.



El doctor Nestor Benvenuto y su familia.

Fots. Jordán.

# FRAY MOCHO

Año XV — Buenos Aires, 11 de mayo de 1926 — Núm. 733




## LAS CAMPANAS

Por GABRIEL D'ANNUNZIO

Marzo le había dado a Biasce mal de amor. Desde hacía dos o tres noches que no conseguía cerrar los ojos: por todo el cuerpo sentía hormigueos, ardores, pinchazos, como si de un momento a otro fueran a salirle de la piel, por millares de yemas, verdascas y ramilletes de rosas silvestres.

Al fondo de su cuartucho entraba, no se sabe por dónde, un olor nuevo, un olor fresco y áspero de savias en trabajo de almendros en flor...

¡Por Santa Bárbara protectora! La postrera vez que había visto a Zolfina, era precisamente en un almendro donde ella se apoyaba, contemplando dos alas de barca en alta mar; y, sobre su cabeza flotaba una alegría de blancura embalsamada, que cuchicheaba en el sol; y, en torno de ella, estaba la floración azulada de una bola de lino; y, en sus ojos, había dos bellas vincapervincas abiertas; y, sin duda, había también flores en su corazón.

En su cama, Biasce, enloquecido, volvía a pensar en toda aquella luz, en todo aquel desborde de primaveral vida. Y la línea extrema del Adriático se iluminaba ya, allá, lejos, con las primeras miradas tímidas del alba, cuando el mozo se levantó y trepó por la escalera de madera hasta los nidos de golondrinas, encima de la techumbre del campanario.

Vagaban en el aire voces extrañas, indistintas, parecidas a jardines fugitivos, a respiraciones de hojas, a razonamientos de retoños verdes, a movimientos de alas. Las casas, agrupadas, dormían aún; la llanura estaba todavía en su semisueño, bajo su telón de neblinas; aquí y allá, sobre aquel inmenso lago estancado, los árboles se balanceaban al soplo de la brisa; al fondo, las colinas violáceas se degradaban en tonos muy tenues, fundidos con el horizonte ceniciento; enfrente, el mar, reverberante como una faja de acero, con alguna vela obscura en la penumbra; y después, sobre el todo, una fresca y transparente serenidad de firmamento en donde las estrellas palidecían una a una.

Las tres campanas inmóviles, con sus vacíos vientres de bronce ornados de arabescos, esperaban que el brazo de Biasce lanzase sus vibraciones triunfales a las auroras matutinas.

Y Biasce tomó las cuerdas. Al primer bamboleo, la campana mayor, la Loba, tuvo un hondo estremecimiento; su ancha boca se dilató, se cerró, dilatóse aún; como una onda de sonidos metálicos, seguida de una especie de mugido prolongado, reventó por sobre todos los techos, y se propagó con el viento por toda la llanura y por toda la ribera. Y los tintineos se precipitaban, se precipitaban; animábase el bronce, y, parecido a un monstruo loco de cólera o de amor, oscilaba espantosamente de derecha a izquierda, mostrando sus fauces por ambos lados, lanzando dos largas notas profundas, ligadas por un continuo murmullo, rompiendo de pronto el ritmo acelerando el movimiento hasta fundirse en un estremecimiento de armonía cristalina, alargándose con solemnidad en el espacio. Abajo, las olas de los sonidos y las ondas de la luz creciente perseguían el sueño de los campos; las neblinas subían en humo, se doraban, disolvíanse suavemente en la claridad matinal; los ribazos adquirían un color de cobre. Y, de pronto, era otro timbre sonoro; el carillón de la Strige, agrio, ronco, quebrado, parecido a un ladrido furioso contra el aullido de una fiera... Y después, era el rápido martilleo de la Cantarina, un martilleo alegre, límpido, ágil y obstinado, parecido a una tempestad de granizo sobre una cúpula de cristal. Y eran aún los ecos lejanos de los otros campanarios despertados; el campanario de San Roque, allá, abajo, ese campanario rosado, embutido entre las encinas; el campanario de San Franco; ese campanario del convento...; diez, quince bocas metálicas que desparramaban por los campos las variaciones alegres y sanas del himno dominical, en un triunfo de la luz.

Aquella batahola emborrachaba a Biasce. Había que ver al mozo, huesudo y nervioso, con su gran cicatriz cárdena en la frente, agitar los brazos jadeando, aferrarse a las cuerdas como un mono, hacerse levantar por la fuerza irresistible de su querida Loba, subir hasta su desván para dar los postreros tirones a la Cantarina, en el sordo estremecimiento de los otros dos monstruos domados.

Allá en lo alto, era rey. Las yedras espesas escalaban el viejo muro descortezado con un ímpetu de juventud; se aferraban a las salientes de la techumbre como a troncos vivos; revestían los ladrillos de un tapiz de hojuelas coriáceas, relucientes, parecidas a plaquetas de esmalte; colgaban por los amplios aleros como una pululación de finos reptiles; asaltaban a las tejas animadas por los nidos, nidos viejos y nuevos, todos gorjeantes ya de golondrinas enamoradas. Llamaban loco al pobre Biasce; pero, allí arriba, era rey y poeta. Cuando el cielo sereno se curvaba sobre la campiña florida, cuando el Adriático cabrilleaba de sol y de velas anaranjadas, cuando las calles bullían de trabajo, él permanecía allí en su campanario, como un halcón salvaje, sin hacer nada, la oreja aplicada al flanco de la Loba, de la bestia terrible y soberbia que una noche habíale abierto la frente; y, de cuando en cuando, tocábala con los nudillos para escuchar sus largas y deliciosas vibraciones. Cerca de él, la Cantarina relucía como una joya en su vestido de arabescos y de cifras, con la imagen de San Antonio en relieve; más lejos la Strige mostraba su viejo vientre, arado a todo lo largo por una larga rajadura, y sus labios desportillados.

¡Qué pensamientos sobre esas tres campanas, qué errabundeo de ensueños extraños, qué líricos arrebatos de pasión y de deseos! ¡Y qué bella y gentil era la imagen de Zolfina, emergiendo sobre aquel mar de ondas sonoras, en los mediodías inflamados, o desvaneciéndose en los crepúsculos, cuando la Loba tomaba su tono de cansada melancolía y hacía cada vez más lentos sus sonidos, hasta morir de languidez!

---

Una tarde abrileña se encontraron en la pradera, detrás de los nogales de la Monna, bajo un cielo de ópalo en el cenit, con manchas violáceas en el poniente. Ella tarareaba mientras recogía hierba para la vaca. El perfume de la primavera subíale a la cabeza y le producía vértigos, tal el vapor del vino dulce en octubre. Cuando se agachaba, su zagalejo rozábale a veces la carne desnuda, levemente, como una caricia; y el placer le hacía entrecerrar los ojos.

Biasce se adelantó contoneándose, la boina echada hacia atrás, y su ramo de claveles en la oreja. No era mal muchacho Biasce; tenía grandes ojos negros, llenos de una tristeza salvaje, de una fuerte nostalgia, ojos que recordaban los de las bestias cautivas; y después, tenía en la voz cierto encanto, algo profundo, que no parecía humano; no conocía modulaciones, ni flexibilidades, ni morbideces; allí arriba, en compañía de sus campanas, al aire libre, en plena luz, en la gran soledad, el lenguaje que había aprendido estaba lleno de sonoridades, de notas metálicas, de asperezas imprevistas, de profundidades guturales.

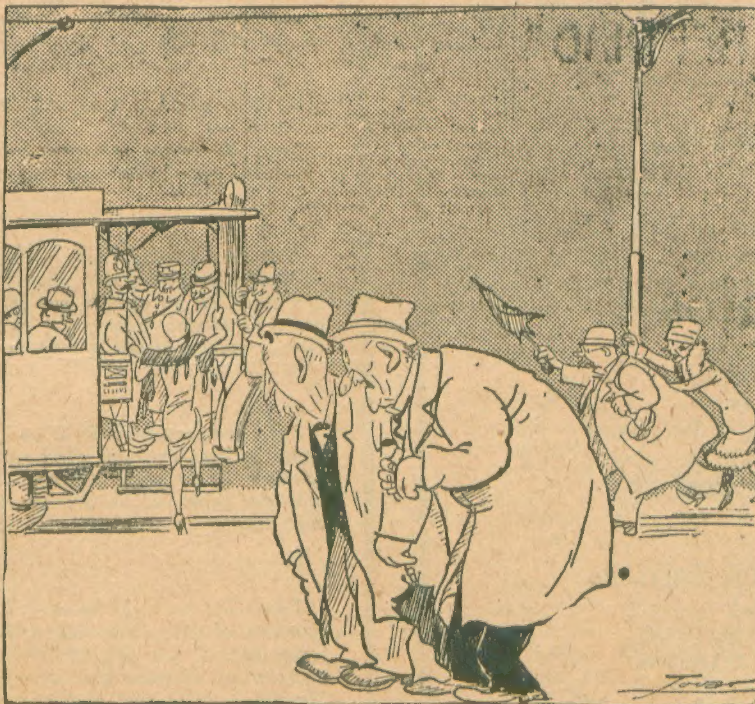
—¿Qué hace usted, Zolfina?

—Recojo heno para la vaca de padre Miguel; eso es lo que hago—respondió la rubia joven, que, palpitante el seno permanecía encorvada para recoger su hierba...

—¡Oh, Zolfina! ¿Siente usted este buen olor? Estaba yo en lo alto del campanario; contemplaba las barcas que el viento griego empuja en el mar; y usted pasó por abajo; y cantaba..., cantaba "Flor de hierbita".

Detúvose porque sintió que de pronto

ILUSIÓN PERDIDA



—¿Se acuerda usted, amigo mío, de cuando las mujeres enseñaban apenas un poquito de media, y cómo nos animábamos?

se le anudaba la garganta. Y callaron los dos, y se pusieron a escuchar el largo zumbido de los nogales y el murmullo del mar lejano.

Pálido, Biasce terminó por inclinarse, él también, sobre la hierba; y, entre aquella voluptuosa frescura vegetal, sus manos ávidas buscaron las manos de Zolfina, que se había puesto cómo brasa.

—¿Quiere usted que le ayude?—preguntó él.

Un par de lindos lagartazos enamorados atravesaron el prado como flechas y desaparecieron entre las zarzas del cerco.

Biasce tomó a la joven por la muñeca.

—¡Déjame!—murmuró la pobre con voz desfalleciente.—¡Déjame, Biasce!

Luego se estrechó contra él, se dejó besar y le devolvió sus besos; y ella decía: "¡No! ¡No!" tendiéndole los labios, dos labios rojos y húmedos como cerezas silvestres.

Su amor aumentaba con el heno: y el heno subía, subía como una ola; y, en medio de aquella marea verde, Zolfina, erguida, con un velo rojo anudado a las sienes tenía el aire de una espléndida amapola lujuriosa. ¡Qué alegría de ritornelos bajo las filas bajas de los manzanos y de las moreras blancas, a lo largo de los arbustos cargados de nísperos y de madreselvas, en los campos amarillos de coles en flor, en tanto que allá, en San Antonio, la Cantarina hacía variaciones tan alegres que se habría dicho que era una urraca enamorada!

Pero una mañana en que Biasce aguardaba en la fuente con un hermoso ramo de alelíes recogidos, Zolfina no acudió. Se había metido en cama, enferma de viruela negra.

¡Pobre Biasce! Cuando se enteró sintió que su sangre se helaba, y vaciló más fuertemente aún que en la noche en que la Loba le había abierto la frente. Y, sin embargo, tuvo que subir al campanario y quebrarse los brazos tirando de las cuerdas—él, que tenía la desesperación en el corazón,—en el bullicio del Domingo de Ramos, en una insultante alegría de sol, de ramas de olivo, de lindos trajes, de nubes de incienso, de cánticos y de plegarias, en tanto que su pobre Zolfina sufría sabe Dios qué torturas, ¡oh Virgen Bendita! sabe Dios qué torturas...

Pasó días terribles. Cuando obscurecía Biasce rondaba en torno de la casa de la enferma como un chacal alrededor del cementerio; se detenía por momentos bajo la ventana cerrada, iluminada desde el interior, y con ojos llenos de lágrimas, a través de los vidrios miraba pasar las sombras, y aguzaba el oído, y con la mano comprimíase el pecho, que la sofocación partía; después continuaba girando como un demente o corría a refugiarse en su zaquizamí. Pasaba las largas horas de la noche cerca de las campanas inmóviles, aplastado por una angustia inmensa; más pálido que un muerto. Abajo, en las calles inundadas de luna y de silencio, nada, ni un alma viviente; ante él, el mar triste y encrespado, que se rompía con rumor monótono en las orillas; sobre él, el azul cruel.

Y allá abajo, al abrigo de aquel techo que apenas se entreveía, Zolfina agonizaba, tendida en su camastro, muda, con flujos de materias purulentas en su semblante negruzco, silenciosa siempre, en tanto que la vela palidecía en la blancura crepuscular y el murmullo de las plegarias estallaba en una explosión de sollozos. Dos o tres veces la joven levantó penosamente su blonda cabeza como si hubiese querido hablar; pero sus palabras quebráronsele en la garganta porque le faltaba el aire, y la luz la abandonaba. Movió los labios con estertores ahogados, como un cordero a quien degüellan, y luego se heló.

Biasce fué a contemplar a su pobre muerta. Entontecido, vidriosos los ojos, miró el ataúd, todo embalsamado de flores frescas, bajo las cuales extendíase aquella podredumbre de carnes jóvenes, aquella corrupción de humores descompuestos ya bajo la nieve del lino. Miró un momento, mezclado con la multitud; después salió, regresó a su albergue, subió hasta la mitad de la escalera de madera, tomó la cuerda de la Cantarina, hizo un nudo corredizo y, pasándolo alrededor de su cuello, dejóse caer al vacío.

Los sobresaltos del ahorcado hicieron que, a través del silencio del Viernes Santo, lanzase la Cantarina, en una explosión de luz, cinco o seis toques inesperados, argentinos, alegres; y un vuelo de golondrinas salió del techo, en medio del sol.



## NOCHES DE OTOÑO

Bajo el árbol gigante que sombrea
y embellece mi patio,
me paso largas horas, silenciosa,
atisbando bellezas de lo alto.

Con las aguas lustrales que la luna
sublimiza a la tierra,
tejo el manto plateado de mis sueños,
e incorpórea me voy con las estrellas.

El encaje fantástico que forja
su luz en la enramada,
la inmensidad del Cosmos, y las voces
que de la tierra adormecida se alzan,
sutilizan y elevan mis sentidos
exultando a mi alma.

¡No sé qué extraño encanto se desprende
de cuanto me rodea,
que en otoño, besada por la luna,
me figuro dar caza a las estrellas!

Clarisa G. de **DIEGO ARBÓ.**

## EL GUSANO VENCEDOR

*¡Ved!; es noche de gala en estos últimos años solitarios. Una multitud de ángeles alados, adornados con velos y anegados en lágrimas, se halla reunida en un teatro para contemplar un drama de esperanzas y de temores mientras la orquesta suspira por intervalos la música de las esferas.*

*Actores creados a la imagen del Altísimo, murmuran en voz baja y saltan de un lado al otro; pobres fantoches que van y vienen a órdenes de vastas creaturas informes que cambian la decoración a su capricho, sacudiendo con sus alas de cóndor a la invisible desgracia.*

*Este drama abigarrado — estad seguro que no será olvidado, — con su fantasma perseguido siempre por una muchedumbre que no puede atraparlo, en un círculo que gira siempre sobre sí mismo y vuelve sin cesar al mismo punto; ese drama en el cual forman el alma de la intriga mucha locura y todavía más pecado y horror!...*

*Pero ved, a través de la bulla de los actores como una forma rampante hace su entrada! Una cosa roja, color sanguinolento viene retorciéndose de la parte solitaria de la escena. ¡Cómo se retuerce! Con mortales angustias los actores constituyen su presa, y los ángeles sollozan viendo esas mandíbulas de gusano teñirse en sangre humana.*

*Todas las luces se apagan, todas, todas. Sobre cada forma todavía tiritante, el telón, como un paño mortuorio, desciende con un ruido de tempestad. Y los ángeles, todos pálidos y macilentos se levantan y cubriéndose afirman que ese drama es una tragedia que se llama "El Hombre", de la cual el héroe es el Gusano Vencedor!...*

EDGARD A. POE.

# COMENTARIOS SOBRE LA HUELGA INGLESA, *por Rojas*




—¿De modo que el origen de la paralización en el trabajo de las minas es el carbón?
—Naturalmente que sí.
—Entonces, si es por el carbón, lo veo negro, muy negro.

—En caso de que los tipógrafos se unan a los huelguistas, el gobierno inglés hará oír las noticias por radiotelefonía.
—Eso está muy bien, pero ¿cómo se las arreglará el gobierno para publicar los grabados por radio?

—¡Qué suerte tienen los ingleses! Con motivo de la huelga, el gobierno se ha encargado del racionamiento de la ciudad. Yo que me las tengo que buscar solo. ¡Que venga una huelga, Dios mío!

—El conflicto se debe a que el petróleo, que es el combustible del porvenir, está desalojando al carbón. Como es natural, el carbón, al bajar de precio por la falta de demanda, hace que los patrones no puedan pagar a los mineros el jornal que piden. ¿Qué pasa, entonces, al colocarse el petróleo sobre el carbón?
—Que le prende usted un fósforo y enciende el fuego.

—¿Qué harás tú, que andas con esa locomotora si los ferroviarios británicos van al paro?
—Por solidaridad y compañerismo debo también pararme... en una esquina.

# LOS DOS PANAGEOT

Por Adrien Vely

Al salir aquella mañana de su casa Julio Panageot para ir a la oficina, compró en un quiosco todos los periódicos del día. Por el camino iba desdoblándolos uno por uno, recorriéndolos con la vista, y volvía a doblarlos, mientras que su rostro se iluminaba con una sonrisa de satisfacción, originada por la lectura en cada diario de un suelto que decía así:

"Don Julio Panageot, jefe de Negociado en el Ministerio del Interior, nos participa que nada tiene que ver con don Jaime Panageot, que acaba de ser condenado por quiebra fraudulenta."

El señor Panageot se recreaba deletreando estas líneas, de las que era autor. Ya estaba dicho, y bien dicho, con toda modestia, pero también con toda la firmeza necesaria. Tal aclaración no podía menos de producir su efecto, y por ello, sentado ante su mesa del Ministerio, esperó durante toda la mañana que sus compañeros acudieran a cumplimentarle; pero nadie se le acercó. Panageot experimentó una decepción tremenda. Pensaba que los hombres estaban minados por la envidia o que no leen con detenimiento las noticias del día.

Al entrar en su casa, a la hora del almuerzo, arrojó los periódicos sobre la mesa, excepto uno, que abrió ante los ojos de madame Panageot, señalándole con el índice la pequeña noticia. La señora, al leerle, preguntó:

—¿Eres tú quien ha mandado publicar eso?

—Sí—respondió Julio Panageot.

—Pues me parece una tontería—dijo su esposa, y al ver la cara de asombro de su marido prosiguió:

—Has temido que te tomen por un hombre de talento. La precaución era inútil, porque a nadie se le ocurriría semejante idea.

Julio Panageot replicó:

—Soy un funcionario modelo que nunca se ha visto mezclado en negocios sucios.

—Pero no tienes necesidad de contarlo a voces. Si te imaginas que con esa publicidad vas a obtener el ascenso... Además—añadió,—siempre fuiste una medianía. En lugar de perder el tiempo en comprobarlo por milésima vez, apresurémonos a almorzar, porque tenemos que asistir al casamiento de mi prima Gabriela.

La ceremonia matrimonial fué brillantísima, y espléndido el "lunch". Cuando los invitados se aglomeraban en el "buffet" se produjo un movimiento de expectación, motivado por la entrada en los salones de un caballero, hacia el que se volvían todas las miradas y cuya mano se apresuraba a estrechar todo el mundo.

—¿Quién es?—preguntó la señora de Panageot a su marido.

—No lo sé.

—Espera; voy a enterarme—dijo ella.

La señora de Panageot se alejó, y a poco volvió con la cara descompuesta.

—¡Es él!—susurró al oído de su esposo.

—¿Quién?...

—¡Jaime Panageot!

—¡Cómo!... ¿Y se atreve ese hombre a presentarse en público?

—Es amigo de la familia del novio... Sabe que estás aquí... Ha leído la noticia de los periódicos y acaba de decir a Gabriela que desearía conocerte. La presentación arreglaría todo...

—¿Todo el qué?—respondió soberbio Julio Panageot.—¡He escrito que no tenía nada que ver con ese individuo, y lo mantengo!

—No eres muy amable con el marido de Gabriela.

—¡Que aprendan a elegir sus amistades!

—Gabriela aguarda tu contestación.

—Pues puedes llevársela. Dile que no quiero ser presentado.

Cuando la señora de Panageot, después de cumplir su enojoso encargo, enteró a su marido de que Gabriela le había dicho que Jaime Panageot se había sentido vejado y estaba furioso al ver rechazados sus emisarios con tan poca delicadeza, Julio Panageot se esponjó; estaba orgulloso de sí mismo.

Pero a la mañana siguiente, su orgullo se trocó en amargura al leer en el periódico una noticia así concebida:

"Don Jaime Panageot, el conocido hombre de negocios, nos hace saber que nada tiene de común con don Julio Panageot, jefe de Negociado del Ministerio del Interior."

Julio Panageot marchó a la oficina perseguido hasta la escalera por las indirectas de su esposa, que también había leído la noticia. En la calle, como la víspera, compró todos los diarios. Todos publicaban el suelto de Jaime Panageot.

Esta vez, sus compañeros de oficina se apresuraron a cumplimentarle con cierta ironía. Julio comprendió que querellándose contra Jaime Panageot no lograría más que aumentar el ridículo.

De esta sorda impotencia nacieron ideas lúgubres, que envenenaron su tranquilidad, hasta el día en que supo, como todo París, que su rival había fallecido. ¡Al fin respiraba tranquilo!

Pero su tranquilidad duró poco. Al día siguiente del entierro—que revistió los caracteres de una solemnidad—tropezó con un antiguo camarada a quien no veía desde hacía varios años. El amigo, al verle, quedó como petrificado.

—¡Cómo!... ¡Tú! ¿No te has muerto?... ¡Creí que te habían enterrado ayer!...

Aquello era demasiado. Julio Panageot se veía perseguido por Jaime Panageot aun después de muerto, y con tal encarnizamiento, que, por primera vez, le confundían con su homónimo. Se imponía terminar de una vez tan deplorable aventura.

Y Julio Panageot hizo publicar inmediatamente en todos los periódicos una nota redactada en estos términos:

"Don Julio Panageot, jefe de Negociado del Ministerio del Interior, nos ruega hagamos constar que nada tiene que ver con don Jaime Panageot, cuyo entierro se verificó ayer."



# HORMIGUITA

Por Javier de Viana

Era una pobre muchacha, muy delgada, muy pálida, con lacios cabellos negros, con grandes ojos tristes, con finos labios amargos. Era una pobre muchacha, débil como un tallo de flechilla, insignificante como uno de esos pajaritos sin colores, sin voz, casi sin vuelo, que anidan, viven y mueren en la húmeda obscuridad de los pajonales.

Llamábase Tomasa y la llamaban "Hormiguita". Se había criado en la estancia como un cachorro flaco, que caído sin que nadie supiera de donde, nadie se preocupaba de averiguarlo; era como esos yuyos que nacen en lo alto del muro del patio: como no lucen, ni sirven, ni estorban, pasan inadvertidos.

Tan pequeña, tan silenciosa, hablando rara vez y con voz incolora y débil, deslizándose más que marchando, en rápidos saltitos de chingolo, nadie se daba cuenta de la enorme labor ejecutada al cabo del día por la humilde "Hormiguita". Ella ordeñaba, levantándose con la aurora; ella hacía diariamente un queso; ella amasaba todos los sábados; ella dirigía las comidas; ella cebaba todas las tardes el amargo para el patrón y el dulce con azúcar quemada, para la patrona y las niñas.

Y concluído el trajín diurno, recogida en su pieza, no se acostaba antes de un par de horas de trabajo de aguja, recomponiendo sus ropas, confeccionándose alguna prenda humilde.

Cuando había baile en la estancia, o cuando las niñas iban a algún baile en estancias vecinas, "Hormiguita" pasaba lo más del tiempo "ayudando", ofreciéndose para cebar el mate, hacer el chocolate o servir los refrescos.

Nadie le hacía caso; los mozos todos parecían guardar para ella algo más hiriente que el desprecio: la indiferencia. Con su carita triste, con su aire de inocencia irreductible, con su cuerpecito insignificante—más insignificante aun dentro de la bata lisa, de la pollera lisa, de colores obscuros y sin ningún adorno,—con su vocecita de chicuela humilde, con su andar rápido y silencioso, pasaba por todas partes sin que ninguno la viera: era una cosa.

A veces, en los bailes, algún estanciero maduro, condolido, la sacaba para una danza dormilona o una mazurca aburrida. Ella seguía, sin demostrar placer ni agradecimiento, sin ruborizarse con las zafadurías inofensivas, con las alusiones picantes de su viejo caballero: no comprendía nada, no le impresionaba nada, ni nada abría brecha en su suprema inocencia, en la frialdad de su cuerpo insexuado.

Hasta los viejos concluyeron por considerarla una cosa, tornándose en proverbio la frase de uno de ellos:

—Bailar con "Hormiguita", es lo mesmo que bailar con una silla: es desabrida como sándia pasmada!...

Tomasa tuvo conocimiento del dicho y no protestó, no se ofendió: continuó siendo el mismo ser indiferente, trabajador y resignado, para quien la vida es buena, teniendo la máxima sabiduría de la conformidad.

En sus ojos, pregoneros de adorable inocencia, de una humildad extrema, jamás un relámpago de odio, de encono, de despecho, de rebeldía, llegaba a interrumpir el sosegado crepúsculo de una dulce y apacible tristeza; sus labios demasiado finos, demasiado pálidos, demasiado fríos para servir de nido al beso, tenían el dejo amargo de esas frutas del monte en quien nadie repara, pero sin asomo de rencor, de envidia o de protesta.

Era como una de esas florecitas del campo, que nacen en la mañana para morir en la tarde, bajo el casco de un potro o la pesuña de un buey, de igual modo inadvertidas en la vida y en la muerte.

Sin embargo, llegó un tiempo en que Pedro, un paisanito de las cercanías, comenzó a mirar a la cenicienta con ojos de ternura. Buscaba, muy discretamente, hallarse solo con ella y en las raras ocasiones en que lo lograba, aventurábase, también muy discretamente, en amorosos interrogatorios, en tímidas insinuaciones.

La "Hormiguita" no comprendía nada. Como jamás pasó por su mente la idea de que pudiese haber un hombre que la amara, como no entendía una sola sílaba del lenguaje del amor, las palabras del mozo resbalaban sobre su alma cual resbala la suave brisa de las madrugadas sobre la blanca escarcha del bajío.

Tan grande ignorancia, tan extrema inocencia, fueron convirtiendo en pasión la primera simpatía del mozo.

Una tardecita, encontrándola sola en el lavadero, se atrevió a ser explícito.

—Tomasa..., ¿si usted quisiera ser mi mujer?...

—¡Callesé!... Ya sabe que no me gustan las bromas.

—No es broma: yo le hablo en serio—y como el mozo se acercase tratando de tomarle una mano, ella lo rechazó, diciéndole:

—¡Sosieguesé!... Vaya por ahí, que sobran mozas lindas y dejemé a mí que soy...

—¿Qué sos?

—La hormiguita —exclamó, rompiendo a llorar.

—¡Sos la más buena, la más pura, la que yo quiero!—díjole Pedro estrechándola entre sus brazos cariñosamente.

"Hormiguita" resistió todavía un buen rato, negándose a creer en la sinceridad de Pedro. Al fin, vencida, cedió; protestando, sin embargo, contra el plazo de un mes señalado por el mozo para realizar la boda.

—Es muy corto—dijo.

—A mí me parece muy largo; pero haré lo que vos quieras. Señalalo vos...

—Güeno, pa...

—¿Pa cuándo?

—¡No sé!... Venga mañana aquí, a esta mesma hora y le contestaré.

—Bien. Hasta mañana..., mi hormiguita.

Pedro depositó un beso ardiente en los labios fríos y apretados de la muchacha y partió.

Ella permaneció en el mismo sitio, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo, el seno palpitante, los ojos fijos en el suelo y el rostro arrebolado.

Al día siguiente, muy de madrugada, se fué corriendo hasta el rancho de ña Filomena, distante unas cuadras de la estancia. Ña Filomena, medio bruja, medio "médica", la recibió cariñosamente.

—¿Qué te pasa, m'hijita, qué te pasa que trais esa cara de potrillo asustao?...

Hormiguita le contó lloriqueando la extraña aventura de la víspera, y la vieja respondió riendo socarronamente:

—Lindo, pues, lindo no más...

—Es que...

Y entonces Tomasa, siempre llorando, se acercó y murmuró unas palabras al oído de la bruja. Esta alzó los brazos al cielo y exclamó escandalizada:

—¡Pero, muchacha!...

# MAÑANA

Mañana azul y rosa. Olor a verde
mojado de rocío. Aroma a Vida
fluye del surco... Más allá, se pierde
la montaña en la cumbre enrojecida.

El río que hace espuma en una peña,
desliza su corriente diamantina.
Un viento dulce entre las hojas sueña
mientras hilvano mi inquietud divina.

Imágenes de luz y Primavera,
con el blanco vapor de la ribera
se fantasmagoriza algo el follaje.

Y tan no en mí me siento, que yo misma
mientras mi alma en su soñar se abisma
me estoy soñando niebla en el paisaje.

**María Alicia DOMÍNGUEZ.**

San Esteban Norte.

# LA EMOCION DEL IDEAL

*Cuando pones la proa visionaria hacia una estrella y tiendes el ala hacia tal excelsitud inasible, afanoso de perfección y rebelde a la mediocridad, llevas en ti el resorte misterioso de un Ideal. Es ascua sagrada, capaz de templarte para grandes acciones. Custódiala; si la dejas apagar no se reenciende jamás. Y si ella muere en ti, quedas inerte: fría bazofia humana. Sólo vives por esa partícula de ensueño que te sobrepone a lo real. Ella es el lis de tu blasón, el penacho de tu temperamento. Innumerables signos la revelan:—cuando se te anuda la garganta al recordar la cicuta impuesta a Sócrates, la cruz izada para Cristo o la hoguera encendida a Bruno;—cuando te abstraes en lo infinito leyendo un diálogo de Platón, un ensayo de Montaigne o un discurso de Helvecio;—cuando el corazón se te estremece pensando en la desigual fortuna de esas pasiones en que fuiste, alternativamente, el Romeo de tal Julieta y el Werther de tal Carlota;—cuando tus sienes se hielan de emoción al declamar una estrofa de Musset que rima acorde con tu sentir;—y cuando, en suma, admiras la mente preclara de los genios, la sublime virtud de los santos, la magna gesta de los héroes, inclinándote con igual veneración ante los creadores de Verdad o de Belleza.*

*Todos no se extasían, como tú, ante un crepúsculo, no sueñan frente a una aurora o cimbran en una tempestad; ni gustan de pasear con Dante, reír con Moliére, temblar con Shakespeare, crujir con Wágner; ni enmudecer ante el David, la Cena o el Partenón. Es de pocos esa inquietud de perseguir ávidamente alguna quimera, venerando a filósofos, artistas y pensadores que fundieron en síntesis suprema sus visiones del ser y de la eternidad, volando más allá de lo Real. Los seres de tu estirpe, cuya imaginación se puebla de ideales y cuyo sentimiento polariza hacia ellos la personalidad entera, forman raza aparte en la humanidad: son idealistas.*

*Definiendo su propia emoción, podría decir quien se sintiera poeta: el Ideal es un gesto del espíritu hacia alguna perfección.*

**José INGENIEROS.**

# Una conversación entre Carlos V y D. Carlos

Hay un hecho en la vida de Carlos V poco conocido y que merece serlo. Cuando aquel emperador se hubo retirado a España para ir a morir a un monasterio, no se mostró tan despegado de las cosas del mundo que no tomase una gran parte en cuanto interesaba a su familia. Deseoso de conocer el talento de su nieto don Carlos, hijo de Felipe II, gustaba de conversar con él cuando aquel príncipe sólo tenía todavía diez años de edad. Gustaba, sobre todo, de contarle los principales sucesos de su vida, para ver qué efecto producían en su tierno corazón. Don Carlos le escuchaba con gran atención, y el emperador, maravillado, le dijo un día:

—Pues bien, hijo mío: ¿qué te parecen mis aventuras? ¿Crées que me he portado como un valiente?

—Estoy bastante satisfecho de lo que hicisteis — contestó el príncipe; — una sola cosa no podría perdonaros.

—¿Y cuál es?—replicó Carlos V.

—El haber huído de Insprudk ante el duque Mauricio.

—¡Oh!, fué bien a pesar mío—replicó el emperador;—me sorprendió, y no tenía conmigo más que a mi guardia.

—Y yo no hubiera huído—contestó don Carlos.

—Era preciso; no podía resistir.

—Y yo no hubiera huído—repitió el príncipe.

—¿Con que debía dejar que me hicieran prisionero? Hubiera sido una gran imprudencia, que aún se hubiera criticado más.

—Y yo no hubiera huído—volvió a replicar don Carlos.

—Dime, pues, lo que hubieras hecho en aquel caso. Y, para que puedas responder mejor: ¿qué harías ahora si mandase que te persiguieran treinta pajes?

—Lo que haría—contestó entonces el joven príncipe, con altivo y firme tono: —no huiría.

El emperador admiró aquella firmeza; le abrazó con ternura, y durante mucho tiempo se sonreía siempre que le hablaban de don Carlos.



Páginas olvidadas

# LOS BUQUES SUICIDANTES

Por Horacio Quiroga

Resulta que hay pocas cosas más terribles que encontrar en el mar un buque abandonado. Si de día el peligro es menor, de noche no se ve ni hay señal posible: el choque se lleva a uno y otro.

Estos buques abandonados por a o b, navegan obstinadamente a favor de las corrientes o del viento, si tienen las velas desplegadas. Recorren así los mares, cambiando caprichosamente de rumbo.

No pocos de los vapores que desde un buen día no han llegado a ningún puerto, han tropezado en su camino con uno de estos buques silenciosos que viajan por su cuenta. Siempre hay probabilidad de hallarlos a cada minuto. Por ventura las corrientes suelen enredarlos en los mares de sargazo. Los buques se detienen, por fin, aquí o allá, inmóviles para siempre en ese desierto de algas. Así hasta que poco a poco se van deshaciendo. Pero otros llegan cada día, ocupan su lugar en silencio, de modo que el tranquilo puesto siempre está frecuentado y en paz.

El principal motivo de estos abandonos de buques son sin duda las tempestades y los incendios que dejan a la deriva negros esqueletos errantes. Pero hay otras causas singulares en que se puede incluir lo acaecido al "María Margarita", que zarpó de Nueva York el 24 de agosto de 1903 y que el 26 de mañana se puso al habla con una corbeta, sin novedad alguna. Cuatro horas más tarde, un paquete, no hallando señales de vida, desprendió una chalupa que abordó al "María Margarita". No había nadie. Las camisetas de los marineros se secaban en proa. La cocina estaba prendida aún. Una máquina de coser tenía la aguja suspendida sobre la costura, como si hubiera sido dejada con plena calma. No había la menor señal de lucha ni de pánico, todo en perfecto orden; y faltaban todos. ¿Qué pasó?

La noche en que aprendí esto estábamos reunidos en el puente. Íbamos a Europa. El capitán nos contaba su historia marina, perfectamente cierta, por otro lado, con la infalible suficiencia que caracteriza al gremio.

La concurrencia femenina, ganada por la sugestión de sombrío mar presente, oía estremecida. Las chicas nerviosas prestaban sin querer inquieto oído a la voz de los marineros en proa. Una señora recién casada se atrevió:

—¿No serán águilas?...

El capitán se sonrió bondadosamente:

—¿Qué, señora? ¿Aguilas que se lleven a la tripulación?

Todos se rieron y la joven hizo lo mismo, un poco avergonzada.

Felizmente un pasajero sabía algo de eso. Lo miramos curiosamente. Durante el viaje había sido un excelente compañero, admirando por su cuenta y riesgo, no diciendo gracias y hablando poco.

—¡Ah! ¡Si nos contara, señor!—suplicó la joven de las águilas.

—No tengo inconveniente—asintió el discreto individuo.—En dos palabras—y en los mares del norte, como el "María Margarita" del capitán — encontramos una vez un barco a vela. Nuestro rumbo —viajábamos también a vela—nos llevó casi a su lado. El singular aire de abandono que no engaña en un buque llamó nuestra atención y disminuimos la marcha, observándolo. Al fin desprendimos una chalupa; no se halló a nadie, y todo en perfecto orden. Pero la última anotación del diario databa de cuatro días atrás, de modo que no sentimos mayor impresión. Aun nos reímos un poco de las desapariciones súbitas.

Ocho de nuestros hombres quedaron a bordo para el gobierno del nuevo buque. Viajaríamos en conserva. Al anochecer nos tomó un poco de camino. Al día siguiente lo alcanzamos, pero no vimos a nadie. Desprendióse de nuevo la chalupa, y los que fueron recorrieron en vano el buque: todos habían desaparecido. Ni un objeto fuera de lugar. El mar estaba absolutamente terso en toda su extensión. En la cocina hervía aún una olla con papas.

Como ustedes comprenderán, el terror supersticioso de nuestra gente llegó a su colmo. A la larga, seis se animaron y yo fuí con ellos. Apenas a bordo, mis nuevos compañeros se decidieron a beber para desterrar toda preocupación. Estaban sentados en rueda y a la hora la mayoría cantaba ya.

Llegó mediodía y pasó la siesta. A las cuatro la brisa cesó y las velas cayeron. Un marinero se acercó a la borda y miró el mar aceitoso. Todos se habían levantado, paseándose, sin ganas ya de hablar. Uno se sentó en un cabo y se sacó la camiseta para remendarla. Cosió un rato en silencio. De repente se levantó y lanzó un silbido estridente. Los compañeros se volvieron. El los miró vagamente, sorprendido también, y se sentó de nuevo. Un momento después dejó la camiseta en el rollo, avanzó a la borda y se tiró al agua. Al sentir el ruido los otros dieron vuelta la cabeza, con el ceño ligeramente fruncido. En seguida se olvidaron, volviendo a la apatía común.

Al rato otro se desperezó, restregóse los ojos caminando y se tiró al agua. Pasó media hora; el sol opaco iba cayendo. Sentí de pronto que me tocaban en el hombro.

—¿Qué hora es?

—Las cinco.—El viejo marinero me miró desconfiado, con las manos en los bolsillos, recostándose enfrente mío. Miró largo rato mi pantalón, distraído. Al fin se tiró al agua.

Los tres que quedaban se acercaron rápidamente y observaron el remolino. Se sentaron en la borda, silbando despacio, con la vista perdida, a lo lejos. Uno se bajó y se tendió en el puente, cansado. Los otros desaparecieron uno tras otro. A las cinco, el último se levantó, se compuso la ropa, apartóse el pelo de la frente, caminó con sueño aún y se tiró al agua.

Entonces quedé solo, mirando como un idiota el mar desierto. Todos, sin saber lo que hacían, se habían arrojado al mar, envueltos en el sonambulismo moroso que flotaba en el buque. Cuando uno se tiraba al agua, los otros se volvían momentáneamente preocupados, como si recordaran algo, para olvidarse en seguida. Así habían desaparecido todos, y supongo que fué lo mismo con los del día anterior y los otros y los demás buques. Esto es todo."

Nos quedamos mirando al raro hombre con excesiva curiosidad.

—¿Y usted no sintió nada?—le preguntó mi vecino de camarote.

—Sí, un gran desgano y obstinación de las mismas ideas, pero nada más. No sé por qué no sentí nada más. Presumo que el motivo es este: en vez de buscar y temer *a toda costa*—enredándome poco a poco en ese engranaje—la causa de lo que sentía, como deben de haber hecho todos, y aun los marineros sin darse cuenta, acepté sencillamente esa inconciencia pesada e hipnótica. Algo muy semejante ha pasado sin duda a los centinelas de aquella guardia célebre, que noche a noche se ahorcaban.

Como el comentario era bastante complicado, nadie respondió. Se fué al rato. El capitán lo siguió de reojo.

—¡Farsante!—murmuró.

—Al contrario—dijo un pasajero enfermo.—Si fuera farsante no habría dejado de pensar en eso y se hubiera tirado al agua.



## La panacea universal

En los primeros tiempos de la historia de la alquimia y del estudio de la trasmutación de los metales por la gran obra, la panacea universal, según algunos amores, no era distinta, en principio, a la "piedra filosofal". Esta debía poseer la propiedad maravillosa de rejuvenecer al hombre, evitarle todo mal físico o moral y prolongar su vida indefinidamente.

Más tarde, el arte hemético buscó separadamente esta substancia y la que debía ser propia a asegurar la dicha material, transformando los metales viles en metales con un valor tal, que fuesen buscados incesantemente por la Humanidad.

Géber, en el siglo VIII, presentó su "elixir rojo", y Raimundo Lulio, en el siglo XIII, el elixir, que son dos tipos de panacea universal, de los cuales el uno era una dilución de oro y el otro un producto a base de azogue o "mercurio de los filósofos", que no era otra cosa que el plomo.

Entre los alquimistas célebres, Paracelso, en el siglo XIV, prometió por su gran arcano, si no la juventud eterna, por lo menos, una edad avanzada. Van Ehmant aseguraba que su panacea, a base de extractos de cedros del Líbano, tenía el poder de rejuvenecer, y Butler atribuía a su piedra una virtud tal, que sólo con tocarla se curaban todos los males.

Sobre todo, en el oro potable o esencia aurífica, fué donde los alquimistas vieron, durante mucho tiempo, los elementos puros y los fermentos naturales capaces de destruir "todo lo que es defectuoso en la sangre y en los espíritus.

# LA HIJA ADOPTIVA

Por José Vázquez Santisteban

Tras la grata sorpresa del encuentro, pletórica de exclamaciones, de efusivos abrazos y de fuertes apretones de manos, Lucho y yo nos dirigimos al Negro Bueno, y allí, sentados frente a frente, ante las bandejillas llenas de sabrosos pancitos, y las tazas de negro Puerto Rico, comenzaron las íntimas confidencias.

El lujoso café estaba lleno de gente, y la orquesta, desde el altillo, lanzaba al aire un "fox-trot" voluptuoso y violento. Por las amplias ventanas se veía el hermoso parque inglés de la Alameda, y al fondo el histórico y viejo Convento de San Francisco. Por las aceras circulaba una apretada muchedumbre: damas vestidas con la insuperable elegancia de las mujeres santiaguinas, niños bulliciosos, estudiantes de ambos sexos, hombres graves. Los tranvías pasaban llevando verdaderos racimos humanos: hombres y niños colgados de ellos en posiciones increíbles, inverosímiles, absurdas. Los "autos" cruzaban veloces, y los autobuses, llenos también, corrían con criminal velocidad, procurando pasarse unos a otros para "quitarse" los viajeros, y todo el conjunto, en fin, daba la sensación viva y fuerte de una ciudad moderna y rica, pletórica de energías.

Era entonces mi amigo Luis Eizaguirre un bizarro capitán de artillería, que, tras largo viaje de estudio por los países más militarizados de la Europa, regresaba a Chile a hacerse cargo de su puesto en la Escuela Militar de Santiago, brillante plantel de héroes, de la cual él había sido uno de los más distinguidos alumnos. Hacía más de cuatro años que no nos veíamos, y yo, conociendo su carácter aventurero y audaz, ansiaba saber qué episodios íntimos habían llenado en su vida ese largo espacio de tiempo. Y la conversación rodó sobre ese tema.

—Ahora no estoy solo—me confió mi amigo con voz grave.—Vivo en la avenida Providencia con mi hija adoptiva desde que llegué de Osorno, adonde estuve antes de fijarme ya definitivamente en Santiago.

—Y esa hija adoptiva — dije yo, dando un tono picaresco a la palabra—¿tiene mucha edad?

—Sólo once años—respondió Lucho con voz dolorida.—Es una historia triste. Mejor no te la cuente.

Cambiado de golpe el curso de mis ideas y el tono de mis sentimientos por la voz y el entristecido gesto de mi amigo, insistí en saber la historia, y él, al fin, habló de esta manera:

—Tú sabes que yo fuí por espacio de dos años el encargado de la recogida de los conscriptos en la zona de Osorno. Una vez que recorría los campos en cumplimiento de mi misión llegué al pueblo de X..., pobre caserío de casas bajas y aplastadas, de callejas casi ruinosas y desiertas, edificado entre pequeños pantanos y rodeado de una extensa avenida mal plantada, por la que avanzamos hasta un pequeño rancho, situado en las afueras, los veinte soldados con caballos de mano y los siete u ocho conscriptos, aún en trajes de civil, que me seguían. Era la caída de la tarde, y bajo el cielo brumoso y gris se condensaba el humo obscuro que flotaba sobre el pueblo; a lo lejos se escuchaban ladridos de perros, voces y carcajadas, y del fondo de una calle salía, destemplada y lejana, la voz nasal de una mujer que cantaba una cueca, acompañada de un instrumento de cuerda cuyas notas apenas se percibían, apagadas por la distancia.

A nuestra llegada, inesperada y brusca, pues un violento recodo del camino nos ocultó a la vista de los habitantes del rancho hasta que casi estuvimos sobre él, unos chiquillos huyeron, gritando "¡La recluta!" "¡La recluta!", y fueron a esconderse detrás de la puerta de la casa, tras de la cual, por las aberturas de las tablas, quedaron mirando hacia afuera, recelosos, y toda la familia, compuesta de una mujer de rostro ajado y moreno, como de cuarenta años, que debió haber sido muy buena moza, una joven como de veinte años y el futuro soldado, muchachote fuerte como un pino cordillerano y sano como un novicio, se pusieron de pie, confundidos y como asustados, abandonando los pequeños pisos de pain y los trozos de madera a medio labrar en que estaban sentados, comiendo, en torno a una gran olla de greda, negro tiesto del que salía un apetitoso olor a fréjoles guisados con cebolla y chicharrones. Con las cucharas en la mano nadie habló al principio, hasta que yo pronuncié el nombre del recluta, que se adelantó, exclamando confundido: "¡Listo, patroncito!" "¡Listo, mi teniente!", rectificó el sargento que me seguía, y como yo mandase montar al nuevo soldado, la madre intervino, suplicante, para que no me lo llevase, hasta el siguiente día: "¡Déjelo hasta mañana, señor oficial; hasta mañana!", y a sus súplicas se unieron las de la muchacha, cuyos grandes ojos, del color de las avellanas maduras, protegidos por crespas pestañas negras, me hicieron ceder al ruego, más que todas las consideraciones de humanidad, que entonces poco pesaban en mi ánimo ligero y frívolo.

No alargaré mi relato con descripciones inútiles; únicamente te diré que a la mañana siguiente, cuando salimos para la ciudad, no era sólo al soldado al que yo llevaba sujeto, por el deber, tras de mi alazán de corta y fina cola. La Olga—tal era el nombre de la chiquilla—había quedado convenida conmigo en arrancarse para el pueblo, donde yo iría a recogerla, y así lo hizo, y a Santiago la traje yo al mes siguiente, viviendo en su compañía por espacio de un año largo.

Pero aquella muchacha, alegre como una garzota del Pudeto, bella como una rosa, ardiente como un copihue, fué poco a poco tornándose triste y macilenta, y cada día apagábase más su juventud, sin que yo pudiera explicarme la causa, pues la había tomado tanto cariño que la trataba y mimaba como si hubiera sido mi elegida compañera. Y esa tristeza, que apagó definitivamente en sus mejillas el carmín de las murtas que antes las arrebolaban, y que mató el fuego de sus hermosos ojos, llegó a ser tan grande, que acabó con su vida.

Un día salió de la casa y yo no supe más de ella, a pesar de las pesquisas que hice, hasta que por confidencia de un amigo me enteré, al cabo de los cuatro o cinco meses, de que había muerto en el hospital de San José, adonde la habían llevado, recogiéndola del cuarto redondo de un pobre conventillo.

¿Por qué huyó de mi lado? ¿Qué misterio se encerraba en aquella desaparición inexplicable? Una casualidad, verdaderamente providencial, me hizo descubrirlo hace poco tiempo, después de mi llegada de Europa, y ello me ha permitido remediar en parte mi locura juvenil.

Al regresar de Alemania fuí, antes que nada, a visitar a mis tíos, mi única familia, como sabes, que viven en Osorno. Estando allí unos amigos del pueblo me invitaron a ir al rancho de la Cuyana, oculta casa de remolienda de rotos y huesos, en la que me dijeron había una chiquilla que cantaba admirablemente. Tanto me ponderaron la voz de la niña que me decidí a ir, y allí nos encaminamos una noche, como a las doce.

Por las calles de la ciudad no transitaba un alma; el cielo, despejado y limpio, se veía tachonado de estrellas refulgentes; los perros ladraban a lo lejos; por una esquina, al fondo de una de las últimas calles, un ebrio cruzó como una sombra, hablando fuerte, y tras tambalearse en un brusco ciszás, se estrelló en un punto cercano a la vereda, quedando en el suelo inmóvil y como muerto.

A la salida de la bella ciudad, en lo alto del recuesto de un camino bordeado de zarzamoras, se veía el llamado rancho de la Cuyana, que era una verdadera casa de fundo sureño, demasiado lujosa de aspecto para el empleo que se le daba, según mis amigos. Era una casa de un piso, con amplia puerta al camino, y a los lados dos ventanas con enrejado de madera de barras redondas pintadas de verde; el tinglado, de madera también, estaba pintado de blanco, y el tejado, de caballete, era de planchas de cinc, que brillaban como espejos. Un gran corredor, cubierto por una media agua y sostenido por columnas de madera pintadas también de verde, ante el cual se extendía la vara, separada de él unos dos metros y sujeta por horcones de encina, daba acceso a la casa, en torno a la cual una reja de madera, formada de tablas verticales y puntiagudas, limitaba un huerto, cuyos manzanos sobresalían por encima del tejado en la violenta elevación del suelo.

Arrimados y sujetos a la vara había cinco o seis caballos, con monturas campesinas; de la puerta entreabierta salía luz, ruido de voces y carcajadas, y, de pronto, unas notas de arpa y una voz armoniosa y clara, que rompió a cantar el primer pie de una alegre cueca:

*"¡Quiéreme, porque te quiero!*
*Sí, ¡Ay, ay, ay!"*

.......................................
.......................................

Llegamos. A la derecha del ancho pasadizo, lleno de perchas de bambú, en las que se veían ponchos y sombreros, y de caballos de madera rústica, sobre los que había algunas monturas, estaba la habitación de la orgía, en la que entramos sin decir una palabra. En el centro de la pieza unos hombres, casi ebrios, bailaban la cueca que oímos cantar desde afuera; otros, recostados en los divanes de respaldos de madera y tapizado asiento, roncaban fuertemente; alguno estaba en el suelo, caído a lo largo de la pared, y yendo y viniendo, la patrona, con una bandeja con vasos llenos de espumosa chicha, convidaba a los bailarines, a los demás, a todos los que podían beber, sin cesar un instante en su ajetreo. Cuando nos vió aparecer en la puerta de la pieza se dirigió obsequiosa hacia nosotros; pero uno de mis amigos, que la conocía sin duda, le dijo:

—Déjanos, Petra. No queremos tomar; traemos a este capitán para que oiga cantar a la chiquilla.

Hosca y disgustada, se apartó de nosotros la mujer, y quedamos en las proximidades de la puerta escuchando el canto.

La niña que cantaba contaría apenas diez años. Su rostro, coloradito y de expresión disgustada, como el de un cuadro de Rebolledo Correa, parecía más rojo a la luz de los chonchones de parafina que alumbraban la pieza; sus manecitas, regordetas, tocaban hábilmente el arpa, y su voz, pura y fuerte, contrastaba en forma brusca con su aspecto plenamente infantil, y era algo extraño y anormal en aquel conjunto grosero y destemplado de voces y de gritos. Tras de oírla cantar un largo rato, yo me aproximé a ella, le hice una caricia, le di varias monedas, y, ya al aclarar, regresamos al pueblo, y aquella noche supe, querido amigo, por una relación escuchada a uno de mis amigos de excursión al rancho, que aquella pobre chiquilla, tan vilmente explotada era... una hija de mi querida Olga, una hija que ella tenía antes de conocerme a mí, y que abandonó por seguirme. En una carta escrita por la Olga a su madre le decía que no podía vivir a mi lado porque le mataba el remordimiento, y que por eso se había arrancado de mi casa al azar, a la aventura, en busca del olvido y de la muerte. Mi amigo ignoraba que yo fuese el protagonista de la tragedia, porque la Olga, en su carta, sólo hablaba de "su teniente", sin consignar nombre alguno, y me contaba la historia a título de curiosidad, como uno de tantos dramas de la vida.

El final ya lo supones—continuó Lucho.—Al día siguiente yo fuí al rancho de la Cuyana, entregué a la mujer una fuerte suma de pesos y me llevé conmigo a la chiquilla. A nadie expliqué la causa, y hoy la tengo conmigo como una hija, y así la tendré para siempre.

Y cuando ella canta canciones serias, que su profesora de música le enseña; cuando ella me besa en la frente y me mira con sus ojos obscuros y cariciosos; cuando ya la acaricio a mi vez, me parece ver alzarse ante mí la sombra de la pobre Olga, que me mira agradecida y que me besa amorosa, con un beso de redención, de perdón y de paz.

Ya sabes, pues, quién es mi hija adoptiva—terminó Lucho.

Y después, alzando hasta mí sus ojos azules, que había tenido inclinados al suelo durante todo el relato —esos ojos suyos, signo perenne de su recia estirpe, euskalduna,—añadió con voz serena:

—¡Alguna vez hay que ser buenos! ¡Alguna vez hay que dar bien por bien, y no mal por bien, como damos cuando jóvenes!



En el corazón y la cabeza de Castilla

# EL MONJE BLANCO

Por Isabel Inghirami

Sube la ladera—desde cuyos quiebros y hendiduras se percibe la cuenca del Arlanzón—una pina cuesta. Arriba, entre viejos álamos, está la Cartuja.

Se pierde en la serenidad de una tarde sin nubes el rumor de la oración vesperal, que tintinea en la campana.

El monje de la portería, con sus hábitos de blancura de cirio, la cabeza calva y la nariz roja del frío invernizo, despide a los últimos visitantes con "Adiós, adiós" precipitados. La barba blanquea sobre el ropaje sucio y se agita al compás de sus labios, "Adiós, adiós".

Cierra la verja del portal, alfombrada de guijos redondos que guardan en su colocación simetría de ruedos de esparto. Luego la puerta gris cruje.

Los amarillentos tonos del ocaso se detienen en la crestería de la iglesia, dan su colorido a las flores del jardinillo del guardián, y después de dorar las antiguas pertenencias de la Cartuja, amoratan la cumbre, y el sol dice su último requiebro al bronce de la campana, que llama a oración.

Van entrando los monjes; las filas de fantasmas blancos, llevan la cogulla sobre las frentes rasuradas; son lentos y armoniosos, caminan sin peso, no se inclinan por sus culpas como los monjes prevaricadores del Dante; el perfeccionamiento aligera su carne, y sólo el espíritu vive su vida inmaterial.

La iglesia es gótica, y un extraño capricho del rey, que "la quiso su tumba", la hizo tomar forma de ataúd. Juan de Colonia trazó los planos. La reina Isabel cuidó de terminar el deseo de su padre, y Gil de Siloé y Diego de la Cruz tallaron el retablo.

Los monjes blancos ven en él la Cruz, sobrepuesta del pelícano que hinca su pico corvo entre las plumas de su pechuga "negra". Una gran muchedumbre de santos rodea al Crucificado y un halo envuelve su figura en ronda de ángeles y de nubes doradas. María llora, con la mirada alta, y Juan contempla al Maestro, que se va. Unos toques azules entre el oro del retablo—primero que trajeron de Indias—avivan esta maravilla de simbolismo religioso.

Se eleva monótona la liturgia de los monjes y un último resplandor de la tarde traspasa las vidrieras, convirtiendo en gemas su policromía.

Allí estarán, mientras la vieja ciudad charla de sus inquietudes y ríe el mocerío en las calles estrechas, hasta que marquen las dos horas de un nuevo día. Alineados en la filigrana de nogal negro que en primorosa ojival talló Martín Sánchez, su plegaria tomó los matices de las horas, y rezan por los caminantes, por los pecadores, por los que la muerte sorprende en el sueño, por los que duermen olvidados de su ánima y la cautivan en terrenos amores.

Los fantasmas blancos llevan dentro del alma el altar del silencio, olvídanse de su propia voz, y en las casitas individuales en que viven, las imágenes de un pasado querido se harán visiones en el gran silencio que las rodea. Tienen un huertecillo y libros, modelan y pintan, y ejecutan obras de carpintería; viven en soledad poblada de recuerdos y de anhelos infinitos.

Y tal vez, al volver por los claustros silenciosos, una de esas noches en que el aire parece hielo y la luna guadaña afiladísima en un cielo de raso, la imagen adorada en los días mozos tiemble al claror de la noche. La madrecica tierna, la novia buena, la hembra mala que empujó con sus desdenes al camino de la renunciación total.

La tentación debe ser un martirio sin nombre en los hombres del silencio. Poblada de recuerdos, la Cartuja reza. Los fundadores tienen siempre una oración por el alma que se fué, ante sus restos guardados en primores de alabastro.

Ocupan Juan II e Isabel de Portugal el pie del presbiterio.

Una rejería primorosa circunda el encaje que trabajó Gil de Siloé.

Los rostros serenos, la noble apostura, los trajes recamados, dan una sensación de muerte noble y elevada; son verdaderos reyes de Castilla los que descansan sobre la base estrellada que adornan los escudos de España y una fantástica fauna y flora de alabastro. La reina tiene a sus pies un perrito, es la fidelidad; el rey, un león, el valor. Los guardadores del sepulcro blanco son los blancos monjes del silencio. Para custodios de la muerte son inapreciables estos seres silenciosos, que no turban ni con sus pisadas la grandiosidad del monumento.

Al lado de sus padres, con la ropilla bordada y en actitud orante, descansa Alfonso, infante castellano.

La maravilla del arte sublima en la crestería que le rodea, y en los adornos del fondo todos son motivos diferentes. Reza el infante una oración eterna, petrificada en los labios de sereno rictus; también calla..., nada interrumpe la sinfonía del silencio.

Sin embargo, hay algo en la Cartuja que vive una existencia aparte, alguien que habla, y si no sentimos sus palabras humanas es porque la "severa regla se lo impide". El monje blanco que sostiene un crucifijo, y a quien la contemplación del martirio pone una mueca en la cara extenuada, el dolor altera su cara fina, la nariz afilada parece palpitar y los labios estrechos de penitente tiemblan de dolor al considerar los grandes dolores del Amado. La mano perfecta se mueve por la tensión continuada del músculo; el hábito blanco hace cetrino el cutis y el cerquillo de pelo negro. Los ojos miran y siguen al que le contempla y le atan con mil cadenitas a su misma atención. La emoción turba, se sienten los mismos anhelos del santo y subyugados no saben apartarse los ojos del monje blanco.

"Stat crux dum volvitur orbis." San Bruno habla con su actitud del lema de su Orden. "El mundo da vueltas, la cruz permanece quieta." Manuel Pereira, al tallar en madera la estatua, debió pensar en esto, y alrededor del fraile blanco gira la admiración, mientras éste se ha hecho inconmovible como la cruz.

Los austeros cenobitas de la Cartuja han sido hombres—ahora casi ángeles—y la vieja Burgos cuenta de los monjes verdades y patrañas unidas en las leyendas.

Cuentan... Que famosos y celebrados hombres de ciencia cambiaron su nombradía por estar entre los monjes del silencio. Su conversión recuerda a la de Raimundo Lulio y el marqués de Lombay.

Otros ocultan el remordimiento de un crimen ignorado.

Otros, un amor violentísimo, una pasión que todavía arde en rescoldo mal apagado, bajo los escapularios del hábito blanco.

"Era una mujer de hermosura sin par; su ingenio corría parejas con la galanura de su cara, y su donaire añadía atractivo al conjunto de perfecciones. El amor fué ardoroso volcán, pero la bella correspondió con desdenes; jugó con el corazón del hombre y con su dignidad de mujer. Liviana, la seguía amando, dispuesto a perdonar, y cuando la supo rodando la pendiente de cristal y fué impotente para detener a la amada que se le iba, volvió su vista al consuelo único, se acogió al amparo de los desengañados, que sueñan perfección y que quieren hacer de sus miserias rosas del jardín del verdadero amor. Fué un monje más... La mujer que le destrozó su vida le abrió el consuelo de la gran perfección."

Dicen que todavía no está en el huertecillo de cruces, que la fosa abierta por sus manos aguarda... Tal vez cuando encima de la estera agonice y los monjes le ayuden en el tránsito con las oraciones de ritual, su último aliento contenga un nombre, y el gesto de su diestra sea la cruz del amplio perdón que le fué concedido.

Silencio... Los monjes hablan a solas con su espíritu y con su Dios. La Naturaleza está poblada de movimientos, de yemas que estallan, de pájaros que vuelven a anidar bajo los arcos; la vida habla en esta hora fecundante de primavera, arman gran algazara las avecicas del cielo, y las lilas y los lirios se abren a la caricia del buen sol.

Los guardadores del sepulcro de un rey de Castilla rezan; allá en su celda suspira el monje del amor atormentado, y de los ojos del San Bruno de Pereira se ha deslizado por fin la lágrima dolorida y ha quedado detenida en el rictus de amargura de sus labios.










# LAS DOS CORRIENTES

Por Fernando Díaz Alonso

Durante algún tiempo venían siendo paralelas sus vidas, de palpitaciones tan sincrónicas como las del corazón y el pulso en un cuerpo sano.

No sé dónde se conocieron; sólo sé que cuando los unió el acaso, truncando con ultrahumano designio los sueños de ella y de él, ambos estaban ya en la edad en que han salido de las brumas de lo indeciso las aspiraciones, y tienen firme contorno los anhelos, y han adquirido colores y aromas distintivos las flores del ideal.

Sin embargo, no era ella la mujer que él había presentido, la figura de quimera de sus deliquios solitarios, ni él era el hombre que ella había hecho carne, carne de fantasía, en las concepciones de sus ensueños de virgen.

¿Por qué se amaron entonces? ¿Están las ilusiones destinadas a morir al ponerse en contacto con la vida?

Ni él ni ella se detuvieron a meditar sobre este hecho; que "por algo Dios no nos puso el corazón en la frente". Lo cierto fué que, cual ladrones en ajenos cercados, entráronse mutuamente en los recintos de sus corazones para apoderarse de los tesoros de ternura que en ellos se escondían, derribando cada uno al fetiche que tuviera altar de idolatría en el pecho del otro.

Y en atracción inexplicable, por encantadas sendas abiertas entre flores, caminaron juntos en una, aunque humana, sublime hipóstasis de sus espíritus; en una casi inconsciente apostasía de sus pretéritos credos ideales.

Emanaciones impalpables de las almas, magnetismos misteriosos, incomprensibles e incomprendidos, pese a todas las sutilezas, a todos los sondeos de las ciencias psíquicas.

Así, en un concierto mágicamente armonizado de voluntades, yendo siempre a un paso de la ventura a los humanos asequible, ella y él, rendidos a la dulce esclavitud de su idilio, daban vida a la admirable sugestión de Baudelaire; se embriagaban: de juventud, de alegría, de felicidad...; pero se embriagaban.

—

¿No es la tierra bienhechora la que abre su seno bendito al brote de las flores, que regalan bellezas a la vista y al ambiente sensuales calideces de perfumes? ¿No es el campo fecundo el que elabora en su entraña el triunfo del árbol, ornato bello, sustento sano, sombra apacible, oxígeno vital; del árbol, que paga con generosidad evangélica la crueldad del hacha que lo corta, tornando en el hogar, con el "amor" de su lumbre, dinamía al organismo medroso ante los crudos rigores invernales? ¿Y no son las convulsiones telúricas, las horrendas conmociones de ese suelo tan pródigo, tan amante, tan bueno, las que, en imponentes cataclismos, sepultan ciudades, engendran muerte (siniestra paradoja), espanto y ruina? ¡ Pues al igual de la tierra, maternal y destructora, el amor de los héroes sin nombre de mi historia sufrió una conmoción violenta, un choque terrible e insólito, y en las resquebraduras que en sus corazones dejara el fenómeno endopsíquico abriéronse flores, de pesar primero, espinosas flores de despecho después; flores piadosas del olvido más tarde... Y sus vidas, paralelas durante unos años, trazáronse divergentes senderos que las conducirían... quién sabe adónde. Fué el tiempo realizando su labor extirpadora de recuerdos, y ambos, espíritus fuertes, acogiéndose al "estaría escrito" de los fatalistas, continuaron volviendo páginas en el libro interminable del Destino. Claras linfas de dos manantiales más o menos cercanos, que al brotar de los senos de la madre común, se mezclan, bullidoras, trenzando sobre un solo cauce su riente canción cristalina, hasta que un escollo en su marcha, acaso de los mismos accidentes del terreno, las bifurca en corrientes de opuestas direcciones, en hilos que ya no son de naturalezas distintas, aunque lo fueran las fuentes de que surgieron, porque ha tomado cada uno de ellos de la esencia del otro...

Así fueron los amores de ella y de él, así se distanciaron, así cada uno de ellos se llevó del otro algo esencial, algo imborrable, a través de las nuevas peregrinaciones que aislados emprendían sus espíritus.

—

El sol, próximo al ocaso, doraba aún la tierra con el oro pálido de sus tintes crepusculares, y la alegría, que también es sol, doraba las almas. La multitud, aparentemente dichosa, invadía las avenidas del jardín público, ávida de la brisa fresca que le había negado, con cruel avaricia, el día canicular. En una pequeña glorieta umbrosa, medio escondida en las frondas, ella y él, alejados del bullicio, reposaban. La locura gorjeadora de los pájaros, la deliciosa greguería de las risas y los gritos infantiles que hasta ellos llegaban como tamizados por el espeso tejido de verdor, apenas si lograban distraerles de sus pensamientos.

Muchos años, si no los bastantes para que envejeciesen, habían transcurrido desde el día de su ruptura, y al encontrarse de nuevo se reconocieron; que a través del cambio de los rostros, las miradas de ambos conservaban aún destellos de unos espíritus que les eran familiares. Y fué él quien intentó licuar a la llama de la evocación el bloque de hielo que los separaba y que ya no podía fundir el débil calor de unos corazones casi marchitos. Y fué ella quien, con su ternura acogedora, dió lugar a que se iniciara, en competencia de íntimas y sinceras expansiones, la revisión de las horas que vivieron tras su divorcio sentimental.

El, empujado por todos los vientos, quemado por el sol de todos los climas, acariciado o combatido, alternativamente, por la suerte o por el infortunio, mecido por todos los vaivenes de la vida, habíase repatriado, pobre en recursos y rico en decepciones. Ella, no más venturosa, hubo de llorar perfidias; víctima de todas las inconstancias de los hombres, sintió sangrar su corazón, herido por todas las armas del desengaño; pero ni él ni ella tropezaron con un ser digno de que se le hiciése el sacrificio de una voluntad, de un amor, de una vida...

Ninguno de los dos había vuelto a pisar sendas de encanto tapizadas de flores; ásperos caminos habían hollado, en los que crecían abrojos de dolor, y habían desgarrado su piel en las espinas punzadoras. Aun eran casi jóvenes físicamente; mas delataban senectudes morales los hondos surcos de sus mejillas, y arados por las rejas de los rudos padeceres estaban también sus espíritus, canos por las nieves de los pesares sin tregua ni consuelo...

Del coloquio confidencial resurgía entre ellos la dulce atracción de los días luminosos; pero una atracción más profunda, aunque más suave y también más pura. No era ya la pasión la que los unía; era el dolor el que los hermanaba.

La alegría es ególatra, porque se basta a sí misma. Para los seres felices, la vida propia es toda la vida, y pasan indiferentes ante las ajenas torturas, que no pueden comprender, que acaso no ven siquiera, cegados por los esplendores de su dicha. Los desgraciados se buscan entre sí por comprensión, fraternizan por la necesidad del recíproco apoyo, se enlazan por el mutuo alivio de sus aflicciones. Es más rudamente opresora la cadena que aprisiona a uno solo que la que aherroja a dos delincuentes; ésta parece menos dura y vengativa, como es menos pesada una carga compartida por varios hombros.

Y eso fueron ella y él: dos penados sujetos por los eslabones de sus tristezas, que los unían de nuevo para no separarlos nunca más.

Como aquellas linfas bullidoras que bifurcadas por un escollo en su camino volvieran a unir sus dos corrientes en un solo cauce, para terminar en el mar, en cuyo seno deslíen todas las impurezas que arrastraron en su marcha los más enturbiados caudales, así los anónimos actores de mi narración unificaban sus existencias, y junto irían hasta la muerte, en cuyos dominios, más extensos que todos los mares, porque tienen la grandeza de lo infinito, de lo insondable, diluirían sus vidas turbulentas las amargas heces que en ellas depositaron los aluviones del dolor.

## Mi cementerio

Guardo en el alma un cementerio vivo:
la que me dió la luz en él descansa;
hablo con ella en mi oración de noche,
y en ella pienso al colorear el alba.

Siento latir su corazón de madre,
mover su espíritu, agitar sus alas,
y con sus ojos luminar mi frente
y con sus besos refrescar mis ansias.

Cuando me abruma la maldad del mundo
y ya vacilo con la lucha humana,
la imagen pura de mi madre surge
y ella me alienta con su voz de santa.

Nunca se agota lo que Dios bendice
y nunca muere lo que el cielo ampara:
Dios la llevó para ensalzar su gloria,
y está en el cielo como está en mi alma.

Mi noble padre abandonó la vida
cuando yo, loco, en la niñez jugaba;
me dió su nombre, su altivez, su anhelo,
herencia rica que conservo intacta.

Era mi padre de virtud ejemplo,
de ingenio vivo, de cultura sana,
e ideales puros, sembrador de bienes,
justicia en todo, sin dañar en nada.

Se fué él primero a despejar la senda,
que élla siguiese a la región más alta,
do sólo existen inefables dichas
que aquí en la tierra por jamás se alcanzan.

Gozan el premio de su amor, unidos
por áureo lazo, inextinguible gracia;
mas ¿quién les lleva de mi ser las flores
para tejerles inmortal guirnalda?

¡Tres de mis hijos! Querubines bellos
que cual tributo me arrancó la Parca.
Su viaje eterno, como todos, triste,
causóme heridas que el dolor amarga.

¡Grande la ofrenda que rindió el cariño,
hermosas vidas, ilusiones caras!
¡Angeles míos! ¡Que inspiráis mis cantos,
sed mensajeros de mis rimas gratas!

Ya me figuro que por sendas de oro,
esos querubes misteriosos vagan,
y convertidos en brillantes chispas,
luz de consuelo sobre mí derraman.

Son esos seres los que, muertos, viven
en la memoria que el amor les guarda,
sin que los hiera de la tumba el frío,
porque se animan al calor de mi alma.

Ricardo AHUMADA M.

# CEGUERA DE COLORES

Cuando el ojo ve el rojo puro, 401.000 millones de ondas impresionan la retina en un segundo; si se mira un violeta, el número de ondas aumenta hasta 764.000 millones. Entre estos dos extremos hay un número casi ilimitado de vibraciones.

El ojo más perfecto sólo puede apreciar el 20 por 100 de las ondas luminosas que vibran en el espacio. Para el resto de los colores todos padecemos de "acromatopsia". Todas las ondas más largas de 7.200 por centímetro, color rojo, y más cortas que 12.200, color violeta, son invisibles para nuestro órgano visual. Las ondas más largas que las del rojo se llaman intrarrojo, desconocidas y eléctricas. Las más cortas que el violeta se denominan ultravioleta y rayos Roentgen. Con ayuda del fluoroscopio, que retarda la velocidad, el ojo puede percibir los rayos ultravioletas. Los rayos ultrarrojos se dejan sentir en forma de calor.

Hay dos clases de ondas luminosas. Las de color y las blancas. Cuando un foco de luz, el sol, por ejemplo, ilumina un objeto, parte de la luz es absorbida y parte reflejada. Esta última es la luminosidad del objeto, forma de luz siempre perceptible.

Cuanto más luminoso es un objeto, más intenso es el efecto en la retina, más estimulante la luz, y, por consiguiente, mayor cansancio para la retina, que, momentáneamente, se paraliza en los conos correspondientes a tal color. Mírese al sol, luego a otro sitio, y veremos la imagen del sol, pero de color azul pálido, que es el contraste del amarillo anaranjado del sol, su color complementario.

Si miramos fijamente a una imagen, los conos o alfileres que perciben el rojo se cansan, se anulan, y si miramos a otra imagen no veremos ninguno de sus rayos rojos. En este caso, padecemos de daltonismo del rojo momentáneamente.

Las ondas de cada color impresionan sus respectivos conos en la retina, y cada color primario tiene su serie de conos. Si en un ojo faltan, por ejemplo, los 500.000 conos o alfileres del verde, aquel ojo tendrá la ceguera del verde y no percibirá tal color; pero como conserva las agujas y varillas, percibirá la intensidad de la luz, un gris más o menos acentuado, y así con los demás colores.

Si una persona que padece de daltonismo del rojo contempla la bandera española, verá bien el amarillo, pero del rojo verá el amarillo, más la luminosidad del rojo, es decir, un amarillo sucio, ceniciento. Generalmente, se percibe un tanto de color, pues es muy raro que falten en absoluto todos los conos de un color, y en este caso el rojo de la bandera no sería enteramente gris, sino que tendría algún matiz rojizo. Para el que padece de acromatopsia total, todos los objetos aparecen en blanco y negro, con todos sus grados intermedios, como una fotografía. Pero este daltonismo absoluto es rarísimo. Lo general es la ceguera de uno o dos colores, el rojo y el verde, o ambos a la vez. La acromatopsia ha existido, probablemente, desde el principio de la humanidad, pero sólo hace ciento cincuenta años que se conoce y estudia.

**El descriptor del daltonismo**

El primero que lo describió, con su propio caso, fué el químico inglés Dalton, en 1774. Pertenecía este químico a la secta de los cuáqueros, que siempre visten de gris. Un día, Dalton se presentó ante la Asamblea de Amigos con el traje gris de costumbre, pero con las medias rojas. Fué tremenda la indignación de sus correligionarios. Escandalizados, le apostrofaron duramente, y la indignación llegó al colmo cuando el acusado afirmó que no llevaba medias rojas. Según él, iba vestido como los demás, y ante su tenacidad y la negativa de su falta se pensó en expulsarle de la congregación.

Dalton, sinceramente, no sabía que se había puesto unas medias color de escarlata. Para él eran grises. Cuando en la Universidad de Oxford recibió la toca roja del doctorado, Dalton pudo apreciar la honorífica distinción, mas no el color de la vestidura. Padecía ceguera del color rojo.

El rojo y el verde, los colores más frecuentemente inapreciables en el daltonismo, son los que más se usan en las señales ferroviarias y marítimas, y todos los empleados en estos servicios deben ser debida y escrupulosamente examinados antes de encomendarles estos cargos.

El daltonismo es, por lo general, un defecto de nacimiento y se considera incurable. Pero también puede ser producido por un golpe, una sacudida o por el mismo uso del tabaco; algunas drogas causan daltonismo temporal.

En la ambliapía tabélica el rojo es el color que primero desaparece y lo mismo ocurre con la esclerosis en placas.

Las estadísticas demuestran la frecuencia de esta enfermedad. Holmgren la calcula en un 2 por 100. Los hombres son más atacados que las mujeres. Joy Peffries asegura que el 5 por 100 de la población norteamericana padece ceguera de colores.

**Las dimensiones del sol y su naturaleza: no es fuego todo lo que reluce**

Según los cálculos científicos, el sol es 1.300.000 veces mayor en volumen que la tierra, y su radio es 109 ó 110 veces más grande que el de nuestro globo, o sea de 700.000 kmts., próximamente.

El sol se ofrece, a la primera observación, como una gigantesca masa gaseosa, pues a la temperatura de esta formidable fuente de calor (6.000 grados en la superficie) la materia no puede existir si no es en el estado gaseoso.

Pero, bajo la influencia de la presión (la gravedad de la superficie del sol es 28 veces mayor que la de la superficie de la tierra, y el número de atmósferas que pesan sobre sus capas sucesivas no puede ser designado sino por millones), se forman combinaciones químicas y condensaciones que constituyen partes sólidas y partes líquidas en suspensión en el medio gaseoso. Y si se tiene en cuenta la circulación de la materia incandescente del interior al exterior, no es exacto definir al sol como un inmenso globo de fuego.

## Una civilización prehistórica en la India

Hace algún tiempo que los arqueólogos oficiales ingleses realizaron notables descubrimientos en el terreno que se extiende entre las dos prehistóricas ciudades de Sind y el Punjab, y en aquellos mismos parajes se han proseguido las excavaciones para dejar al descubierto nuevas reliquias de aquella fase de la civilización india, que presenta estrechas afinidades con la Mesopotamia contemporánea de aquélla.

Las exploraciones se llevan ahora a cabo en Mohenjo-Daro, en los desiertos de Sind, donde trabajan 800 obreros y adecuado número de técnicos, y además se efectúan excavaciones en Harappa, en el distrito de Montgomery, del Punjab. También se realiza análoga labor en Beluchistán, donde se ha determinado el emplazamiento de varias ciudades mediante exploración efectuada en aeroplano a lo largo del antiguo canal del Ravi. Según parece, algunas de esas ciudades son contemporáneas de Harappa, y otras acaso constituyan el nexo entre la prehistoria y la historia de la India. Pero no es sólo el antiguo lecho del Ravi el que se ha de explorar, sino también los secos canales de otros ríos, lo que significa que es casi ilimitado el campo de las reanudadas exploraciones.

Por fortuna, la historia de su pasado inmemorial interesa profundamente a los indios, y los miembros de la Asamblea Legislativa, que es a la que corresponde autorizar esos trabajos, reconocen el mérito de los que se llevan a cabo y de los que se proyectan en aquel territorio. Así, es de esperar que el gobierno indio no sólo las autorice, sino que contribuya pecuniariamente a las exploraciones.

No podría un arqueólogo encontrar nada más sugestivo que el emplazamiento de Mohenjo-Daro, donde, en el espacio de poco más de una legua cuadrada, se elevan montículos de unos cuantos metros de altura, bajo cada cual de esos montículos se han descubierto ruinas de edificios del período caolítico, que se remonta a trescientos años antes de la era cristiana, y debajo de esas ruinas han aparecido otras, y otras de edificaciones tanto más antiguas cuanto mayor es la profundidad a que aparecen sus restos.

De esas ruinas, las clasificadas hasta ahora pertenecen a templos y a viviendas que fueron construídos con ladrillos cocidos al sol. Los templos se edificaban en terreno más elevado que las casas, y se distinguen por la pequeñez de sus departamentos y por el extraordinario espesor de las paredes, detalle que abona la suposición de que la construcción era de bastante altura.

Lo que se ignora aún es el carácter del culto en tales templos, porque los únicos objetos encontrados en su interior han sido aros de piedra, para levantar los cuales se requieren los simultáneos esfuerzos de cuatro o cinco hombres, y se [illegible]llado también unas figuras análogas a piezas de ajedrez, y que están hechas de porcelana, unas; otras, de piedra, y algunas de otras substancias. Sin embargo, el hecho de no haberse descubierto en las [illegible]nas de esos templos imágenes [illegible]órficas nó debe interpretarse como prueba de que no se rindiera adoración allí a tales imágenes. Ya existe un indicio, constituído por una porcelana azul, en una de [illegible] superficies está representada [illegible] figura sentada y con las piernas cruzadas (que recuerda a Buda en el trono), con un devoto arrodillado al lado derecho y otro a la izquierda, en la misma actitud, y detrás de los adoradores aparece un reptil. En el anverso hay una leyenda, en los caracteres pictográ[illegible], propios de aquel período. Es posible que esa figura redente sea cualquier persona real, aunque la presencia de los arrodillados devotos, y sobre todo del reptil, induce a suponer que se trata de una deidad más bien que de un rey.

Las viviendas de los ciudadanos de Mohenjo-Daro, que ya se han descubierto en considerable número, están desprovistas de toda ornamentación; pero fueron admirablemente construídas, y no carecen de comodidades, tales como pozos, cuartos de baño, pavimento de ladrillos y sistema de desagüe; lo que demuestra una condición social bastante avanzada para aquella época. Téngase presente que aquel pueblo vivió entre la edad de piedra y la edad de cobre. Usaban los habitantes de esas prehistóricas ciudades cuchillos y otros utensilios de piedra, toscamente fabricados, y que han sido encontrados a centenares en el interior de las viviendas. Pero estaban familiarizados con el uso del cobre, del oro, de la plata y probablemente del mercurio. Fabricaban joyas y otros artículos de oro, pasta y porcelana, y hasta llegaron a grabar sellos, cuyo uso parece que fué muy frecuente, ya que se han encontrado en casi todos los edificios que han dejado al descubierto las excavaciones.

El más notable de esos sellos es uno que representa un toro, dibujado en forma tal que revela un agudo sentido de lo decorativo.

Otro sello, también muy interesante, representa un árbol sagrado de la India y de cuyo tronco salen dos cabezas de antílopes, y en otros hay grabadas figuras de tigres, elefantes, rinocerontes y otros animales, entre los que no figura el caballo, que probablemente fué importado a la India en época posterior por los arios. En cuanto a las inscripciones contenidas en los sellos, son del carácter pictográfico propio de la época, y no han podido ser descifradas todavía.

Uno de los hallazgos más curiosos ha sido el de unas cuantas vasijas y algunos otros utensilios de uso do[illegible]ico, que estaban enterrados bajo [illegible]vimento de una casa y la mayor de esas vasijas contenía joyas de oro y plata, además de algunas piedras preciosas, un precioso collar, talismanes de cobre dorado y de piedra y brazaletes de plata.

En Harappa, la mayor parte de las construcciones próximas a la superficie de los montículos han sido seriamente dañadas por las depredaciones de los aldeanos y de los contratistas del ferrocarril, que allí hacían provisión de ladrillos; pero probablemente las ruinas que yacen debajo permanecerán, seguramente, intactas.

En Mohenjo-Daro, lo mismo que en Harappa, se sometía a la cremación a los cadáveres, cuyos calcinados huesos eran depositados en una vasija de barro y sepultados en nichos. Sin embargo, en Mohenjo-Daro se han descubierto varios esqueletos completos y en muy buen estado; pero parece ser que datan de época muy posterior a aquella de que venimos haciendo referencia; es decir, que los cadáveres a que pertenecieron tales esqueletos se inhumaron probablemente al comienzo de la era cristiana.

En un paraje denominado Val, en Beluchistán, se ha descubierto una necrópolis del período calcalítico, y estaban los cadáveres sepultados en zanjas revestidas de ladrillos, o directamente en la tierra. En el primer caso aparecía el esqueleto completo, y en el segundo sólo se encontraban el cránco y algunos huesos; pero siempre quedaban también al descubierto numerosas vasijas de barro y objetos de cobre y de otras materias, objetos que aparecen de mayor antigüedad que los hallados en Mohenjo-Daro y en Harappa.

A medida que se avanza en las excavaciones, se comprueba más y más que aquella adelantada civilización no era tributaria de la de Mesopotamia. [illegible] todavía es qué [illegible] era aquella, aunque, [illegible] de los indios [illegible] trata de los pre[illegible], el pueblo conocido en los Ve[illegible] con la denominación de Asuras, cuya cultura fué destruída dos o tres mil años antes de Jesucristo por los arios, invasores procedentes del Norte, así como la cultura egea del Mediterráneo (muy semejante a esta remota cultura india) fué barrida por la invasión de los agueos.

En Mohenjo-Daro se han descubierto dos estatuas de hombres barbudos y de tipo braquicéfalo, con la frente extraordinariamente deprimida, la nariz prominente, los labios [illegible] y los ojos oblicuos, lo que parece indicar que ése era el tipo de aquella antiquísima raza india.



## La servidumbre doméstica en Rusia

*Acaba de regresar a París, procedente de Rusia, una señora francesa llamada Elena Gosset, la cual ha hecho interesantes declaraciones acerca de la vida doméstica en dicha nación.*

*Ha dicho que se acentúa la vuelta a lo antiguo, y que buena prueba de ello es lo que ocurre con los criados.*

*Hay criados y criadas, no sólo en los hoteles y pensiones, sino en las casas particulares.*

*Todo el que pueda pagarlos puede tener criados a sus órdenes, sin limitación de número. Pero lo más corriente es que se tenga uno solo, a causa de la carestía de la vida.*

*En todas las grandes ciudades hay una Unión profesional de domésticos de ambos sexos.*

*Cuando el dueño o la dueña de una casa necesitan un criado acuden a dicho sindicato.*

*El gobierno ha dictado un reglamento para regular las relaciones entre amos y criados. Estos sólo trabajan ocho horas, y gozan de reposo absoluto los domingos y días de fiesta. Además hay que concederles un mes de licencia con sueldo al año. Si se desea que el criado trabaje más de ocho horas al día hay que hacer con él un acuerdo especial escrito en que se mencionen el número de horas suplementarias y el dinero que se paga por ello. Hay que estipular también por escrito si el cri..do o la criada ha de dar cera a los suelos y lavar la ropa de los amos.*

*Estos tienen la obligación de dar a sus criados el tiempo suficiente para asistir a las reuniones de sus sindicatos.*

*Hay más criadas que criados, y son en su mayoría aldeanas y antiguas obreras. Los salarios de los domésticos oscilan entre doce y veinte rublos por mes. El rublo viene a valer unos doce francos.*

*Los domésticos tienen derecho al seguro de enfermedad y al retiro, y las cuotas son pagadas en tres cuartas partes por los amos y en una cuarta parte por los criados.*

*Cuando entra un criado o una criada en una casa nueva hay que darle un uniforme de trabajo que se convierte en propiedad suya si permanece más de seis meses en la colocación.*

*Todo amo tiene derecho a despedir cuando quiera al criado, siempre que le pague una quincena. Si el criado o la criada se despiden en el acto, han de abonar a su amo una cantidad equivalente a quince días de su sueldo.*

*Los criados y criadas no comen en casa de sus amos, ni tampoco duermen. Llegan por la mañana, a eso de las ocho, salen al mediodía a almorzar y vuelven inmediatamente, y terminan su trabajo a eso de las siete de la tarde.*

*Ordinariamente, de dos a cuatro, pueden dar un paseo.*

*Hay tribunales especiales para juzgar las diferencias que surgen entre amos y criados, y hasta ahora, estos tribunales son de una absoluta imparcialidad.*

# EL INDOLENTE

Por Lorenzo Sitano

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

¡No te duermas, por Dios, no hagas tu nido en el vil escalón donde has nacido!

Almafuerte.

Es asaz doloroso ver como ciertas personas permanecen estáticas, sordas e impasibles, en la más glacial de las indiferencias, en presencia de innumerables problemas y cuestiones urgentes e importantes, de cuya solución dependen en gran parte el porvenir, engrandecimiento y progreso económico, político y social de la Nación.

Son legión, por desdicha, aquellos que no se preocupan en lo más mínimo de todo cuanto pasa a su alrededor. Hay personas que no se afectan ni conmueven por nada. Son los perezosos, los indolentes, los que no dan un paso por nada ni por nadie, los que dejan pasar y dejan hacer. En una forma que asombra, dicen no interesarles absolutamente nada. Faltos de vigor, de carácter y de energía, para ellos todo está perfectamente bien. Creen en las calendas griegas, habiéndose acorazado para ello con una prudencia "sui generis". No se ocupan ni preocupan de nada ni nada es capaz de importarles, pues nada ven. Si una cosa se hace, bien; si no se hace, lo mismo da, por más trascendencia que tenga. No importa que se realice de una o de otra forma. Son los que piensan, con el doctor Pangloss, que vivimos en el mejor de los mundos posibles, y que todo marcha a las mil maravillas. Nada hay por hacer, según ellos, y todo está hecho. Están contentos, satisfechos, alegres y confiados, han llegado al límite superior a que pueden arribar, y "el que venga atrás que arree".

Espíritu exento de iniciativas, sin idealismos, sin elevadas pasiones, sin inclinaciones de orden alguno, el indolente no se interesa, ni ligeramente, de todo cuanto contribuye al mejoramiento y adelanto del país en que vive, convencido de que todo está terminado. No actúa, no trabaja, no lucha, no estudia, no piensa; apenas si realiza los movimientos indispensables, que regula según lo marca la pauta general, y eso porque está obligado a ello. No tiene opiniones, creencias, modos de ser. No posee individualidad. No es capaz de [illegible] un solo paso en la vida. De esto [illegible]te, las ideas, las cosas, los problemas, los asuntos graves que agitan y convulsionan tan profundamente la superficie social de estos tiempos, no tienen, para este ser híbrido, ningún valor ni interés alguno.

El cerebro, para él, es una masa de sesos. En vez de reflexionar, se inmoviliza, se paraliza y estanca por completo.

El indiferente, en rigor, no tiene una comprensión perfecta y clara de las necesidades y aspiraciones del país en que le ha tocado desarrollar su pensamiento y su acción. No examina, no discute, no analiza, no razona, no juzga, no se inmuta por nada. Está, por ende, incapacitado para comprender, avalorar y apreciar la importancia y magnitud de las cosas, de los problemas, de las cuestiones. El indiferente es un hombre que no lucha. Y el "hombre que no lucha no es hombre", afirma con toda propiedad Máximo Gorki.

Esta clase de individuos se encuentran dondequiera. Los hay en número apreciable, grande. No faltan, pues, en parte alguna. Antes bien, abundan sobremanera. A cada paso los encontramos. Son los que protestan y gritan momentáneamente, y siempre que se sienten afectados, moral o materialmente, por algo, por alguna cosa. Pero, por desgracia, es sólo la primera impresión, pasada la cual, todo se acabó. De ahí que se explica sin mayor esfuerzo la indiferencia y frialdad con que se contemplan serias y graves cuestiones de interés colectivo. "Todo lo que se haga por tal o cual cosa, afirma el apático, es trabajo inútil, es perder el tiempo", sin saber ni darse cuenta que, de ese modo, contribuye indirectamente a que todo permanezca en el mismo estado.

La humanidad siempre progresa. Todo evoluciona, todo cambia sin cesar. La historia lo afirma y prueba elocuentemente. Pero, ¿no hubiera progresado mucho más si, todos, de consuno, mancomunados, hubiesen concurrido con su inteligencia, voluntad y entusiasmo en ese sentido? ¡Cuántas obras buenas, grandes y nobles se han dejado de hacer, o no se han podido hacer, debido a la frialdad e indiferencia de muchos! ¡Cuántas ideas y sentimientos sanos y generosos fracasaron por la indolencia y apatías de tantos! ¡Qué no habría podido llevarse a cabo de no existir tanto desgano y tanta impasibilidad en la contemplación de las altas cosas, de hondos problemas, de fundamentales cuestiones y de pensamientos fecundos!

Está demostrado suficientemente que con la indolencia no se va a ninguna parte, no se ejecuta nada viable y positivo, ni es posible pensar en la realización práctica de hermosos proyectos ni de grandes iniciativas de bien común. "No se llega a la fortuna y a la gloria — ha dicho Agustín Alvarez, el eminente filósofo argentino lamentablemente olvidado — sin causar sufrimientos y sentirlos, como no se alcanza la fruta de los árboles elevados sin romper ramas y desgarrarse los vestidos". La indiferencia es propia de los espíritus pusilánimes, débiles, medrosos, ignorantes y sin carácter. Y nuestro país, más que ninguno, necesita urgentemente hombres emprendedores, limpios de dogmas, absurdos y seculares prejuicios, conocedores de sus deberes para con la humanidad, de voluntad férrea e inquebrantable, de altos y levantados propósitos y armados de sano e inteligente idealismo.

Hay que reaccionar decididamente contra el indolente, contra la indiferencia reinante que es, sin disputa, un mal que se puede y debe remediar. Hay que luchar contra todos los que miran los hechos y las cosas con una frialdad condenable y perjudicial a todas luces. Es menester sacudir fuertemente la modorra de que padecen, y hacerles ver claramente, en toda su cruda realidad que, de seguir viviendo dormidos, se harán acreedores a aquella condenatoria frase del malogrado y genial dramaturgo Florencio Sánchez: "Hombre sin carácter, es un muerto que camina".

---

Aventuras de la vida real

# EL PUENTE

En el pasillo del tren expreso se agitan las sombras de los pasajeros, que corren presurosos a cerrar las ventanillas. Una nube de arena golpea con violencia al tren, que corre con extraña velocidad y que es sacudido de pronto y se estremece todo chirriando el maderamen.

—No se trata de ningún temblor, sino de un tornado—exclamó el doctor Heywoldt.—¡Ojalá y logremos escapar de que coja el tren en toda su fuerza!

Miss Hellen Leckwood, con quien estaba hablando, en un momento en que trató de ponerse en pie, fué a dar sobre él por una nueva sacudida, y en ese instante también se apagaron las lámparas.

De pronto pareció que el tren se detenía, y luego, con mayor velocidad, lanzóse de nuevo en medio del rugir del viento, que se abatía sobre la llanura cada vez con más violencia.

Llegó a la puerta, y ante la inutilidad de sus esfuerzos para abrirla, alcanzó un bastón y dió un recio golpe sobre el vidrio, haciendo un agujero del tamaño de la cabeza de un hombre. Una nube de arena penetró con violencia incesante, aullando con estrépito.

—¡Por Dios! ¿Qué hace usted?

Pero el doctor Heywoldt no oía las palabras de miss Hellen. Un sudor helado bañaba su frente.

—¡El puente!—volvió a gritar.—¡El puente!... ¿No sabe usted que vamos a llegar al puente del Misurí?

Empleados y pasajeros se acercaron, pisándole los talones, los semblantes llenos de espanto.

—¡El puente!—gritó un individuo, tirando de la señal de alarma con frenesí.—Dentro de cinco minutos..., ¡qué digo!..., dentro de tres minutos, si el tren no se para, seremos devorados por el río.

A su alrededor lloraban mujeres y niños; los hombres se apiñaban con el ansia y el terror del peligro inminente retratados en el semblante: hombres de recia musculatura que venían del Oeste, mineros y "cow-boys", todos gritaban y se agitaban como locos, despavoridos, repitiendo la misma palabra que amenazaba ser su sentencia de muerte:

[illegible]

—Pero eso sería espantoso... en esta jaula—exclamó el doctor Heywoldt, y en ese momento oyó a uno de los negros que a grandes voces, con el rostro descompuesto por el terror, lanzaba un nuevo grito de alarma, la sentencia definitiva:

—¡El maquinista se ha caído!...

Consciente del peligro, el doctor Heywoldt se precipitó, agrandó la abertura en un par de golpes; se lanzó por ella, cayó, rodó, se puso de pie y, tambaleándose sobre mujeres y niños, pasó de un coche al otro... El no sabía cómo; pero llegaría..., llegaría hasta la máquina; detendría al tren en su marcha, en su carrera insensata, enloquecedora, hacia la muerte... El huracán lo pegaba a la pared del vagón como una hoja de papel... No acertaba a hacer un movimiento, a adelantar un paso... Hizo un esfuerzo sobrehumano, titánico... De algunos segundos dependía la vida de los pasajeros... Arrastrándose como una culebra, avanzó, avanzó... Ningún obstáculo podía detenerlo... Se deslizó sobre el estribo... El huracán le daba de lleno, teniéndolo inmóvil... Y se calmó un instante... Toda su voluntad estaba concentrada en el movimiento que intentaba, y avanzó... Con paso desatentado se agarró al freno salvador... Y tiró, tiró...

Una violenta sacudida lo arrojó al suelo y fué a caer sobre un hombre, mientras la locomotora, con un chirriar espantoso, disminuía su carr[illegible]

Se puso en pie para refrenar [illegible] nuevo..., pero otro se le adelan[illegible] paró el tren.

Una herida abierta en la ca[illegible] y de la que manaba sangre, [illegible] ba un aspecto terrorific[illegible] rostro cubierto de arena [illegible] Sin pronunciar una pal[illegible] dió la mano al doctor [illegible] se la estrechó con [illegible]

Era el maquinista.

A cosa de cien metr[illegible] en que se detuvo [illegible] oía rugir al río. En su [illegible] dían las negras y gigan[illegible] del puente de hierro.

Vi[illegible] HELLING.

---

## Los perros de los contribuyentes tienen derecho a morder al recaudador.—Así lo ha declarado un juez francés

*En Lorient, Francia, un fallo del juez de paz ha reconocido a los perros de los contribuyentes el derecho a morder a los agentes del fisco.*

*El señor Grégoire es dueño de un perro de malas pulgas. Un día, el animal vió en casa de su amo un desconocido que entró sin dar los buenos días. El perro se lanzó sobre el visitante y le mordió en la garganta.*

*El mordido era el recaudador de contribuciones, señor Boyer, que iba en funciones cobratorias. El recaudador pidió auxilio, y en su ayuda acudió un agente, que fué recibido también de muy mala manera por el animal.*

*Por este hecho fué denunciado el dueño del perro por el ministerio público, y el juez de paz, en su fallo, ha declarado que el señor Grégoire no es culpable de lo ocurrido, y que el perro, al morder al recaudador y al agente, no hizo más que cumplir con su deber defendiendo la casa de su amo, lanzándose sobre los que entraron en ella sin llamar a la puerta.*

*El ministerio público ha sido condenado al pago de las costas.*

# CURIOSIDADES

[illegible] Africa, y sobre él acaba de ser erigido un faro de potencia formidable, el mayor del globo.

Del faro surgen dos haces luminosos, opuestos el uno al otro, de una intensidad aproximada de mil bujías y un alcance de 500 kilómetros.

El nuevo faro consiste en una enorme torre de quince metros de altura y seis de diámetro. Consta de cinco pisos, los dos últimos con cristales como una lint[illegible]

La linterna gira sobre un pivote central con una velocidad de tres a seis vueltas por minuto. Emiten la luz cuatro lámparas de arco, de carbones horizontales, alimentadas cada una por una corriente de 120 amperios y 65 voltios.

Hasta seiscientos años después de la fundación de Roma no se conoció en la Ciudad Eterna ninguna clase de empedrado.

El historiador Isidro asegura que los cartagineses fueron los primeros que empedraron las calles de sus principales poblaciones.

Parte de [illegible] las formaciones del desfiladero de Dryce (Denver, Estado del Colorado, E.U.), va a ser convertido en Parque Nacional. Según los informes de prensa, dentro de pocos meses se podrá llegar al nuevo parque por ferrocarril desde los puntos más apartados de la gran República.

En Alemania no sólo existe el servició interurbano de paquetes postales, sino también el servicio urbano, claro que en las grandes ciudades. Pero para dar todo género de facilidades al público, el camión de paquetes postales puede ser detenido en plena vía pública [illegible] del envió no le permite llegar hasta la estafeta más próxima.

* * *

El último de los tres sauces plantados con ramas de [illegible] de Napoleón en Santa Elena, [illegible]

Las ramas fueron [illegible] en 1832 [illegible] y contra quien se disparó al verle escapar con su presa; pero no fué herido.

* * *

En un Congreso de Maestros y Maestras celebrado muy recientemente en Chelwankee, el biólogo Mr. Wiggan [illegible] un discurso, en el que dijo que la civilización estaba perdida si el Estado no se encargaba de los matrimonios, seleccionando las parejas y procurando casar hombres fuertes con mujeres fuertes, y hombres guapos con mujeres bellas. Y que los feos y [illegible]....

La asamblea ha pedido seriamente al Gobierno que intervenga en los matrimonios, a fin de lograr seres sanos y hermosos.

El *Daily [illegible]*, bajo la firma de Vernón H. Rendall, antiguo redactor de *[illegible]*, anuncia un descubrimiento shakespeareano de la más trascendente importancia.

Escribe Rendall que desde hace más de cien años se encuentran en el *British Museum*, 117 líneas de un manuscrito, edición de un pieza escrita por Anthony Munday, escritor de la época de la Reina Elisabeth, sobre la vida de sir Thomas Morus. Publicada en 1593, la pieza fué corregida por varias personas, y se dice que una de las escenas fué escrita por Shakespeare.

Sabios distinguidos acaban de establecer, según el artículo de Rendall, que el texto del manuscrito es de puño y letra del gran dramaturgo. Los caracteres de la escritura son idénticos a las seis firmas autógrafas que se ha supuesto hasta ahora en los únicos originales existentes de la caligrafía del poeta.

Objeto — y muy justificado — de la curiosidad de los viajeros es la torrecúpula de la iglesia de Santo Tomás, de [illegible] (Alemania).

Es una torre encorvada. Pero su inclinación no es una obra del tiempo o de un accidente fortuito. [illegible] efectos del viento.

* * *

[illegible] Natural, de Washington, se exhibe esta interesante serie de esculturas, que muestran varias fases de la evolución del caballo.

Han servido de base para su cómputo, medidas tomadas sobre esqueletos de caballos, hallados en distintas épocas y ocasiones.

No pretende la serie, desde luego, representar la evolución completa del caballo, sino, como decimos, las fases principales de su desarrollo, desde la primera [illegible] inmediata predecesora de la aparición del hombre sobre la tierra.

Cuando la campaña de Crimea, en el año 1854, su nombre fué [illegible] en estado de guerra con Rusia desde entonces, si bien es un estado de guerra puramente platónico.

[illegible] para el cuero, de reparación tan sencillo.

He aquí una buena receta: Cola fuerte, una parte; esencia de trementina, una parte; almidón diluído en agua, dos partes. Mezcla[illegible]

Lejos de declinar en España la afición a las corridas de toros, se multiplica la creación de plazas, y el viril espectáculo se [illegible] en muchas localidades, espectáculo dominical, y en Viena se está construyendo una gran plaza de toros.



## BAILE DE GALA EN EL CLUB ESPAÑOL, CONMEMORANDO EL 2 DE MAYO.



Celebrando la efemérides española del día 2 de mayo, realizóse un lucido baile de gala en los lujosos salones del Club Español. Una numerosa y selecta concurrencia de familias realzó los contornos de la animada fiesta social y determinó el brillante éxito que alcanzara la misma. Ilustramos esta nota con tres vistas fotográficas de algunos grupos de los asistentes al acto, obtenidas durante los intervalos del mencionado baile.





## LA PRESIDENCIA DEL SENADO DE LA NACION



Doctor Leopoldo Melo, senador nacional, que acaba de ser elegido presidente interino del Senado.

## Inauguración del nuevo Anexo Gath y Chaves



Con motivo de la reciente inauguración del magnífico edificio situado en la esquina de las calles Florida y Cangallo, y destinado al Anexo de la importante casa Gath y Chaves, fué servido un lunch, al que concurrieron gran número de invitados. — El director gerente de dicha institución, señor Pablo Fucher, rodeado de varios caballeros.

# Fallecimiento del Dr. Albarracín





Con la muerte, hondamente lamentada, del doctor Ignacio L. Albarracín ocurrida, por extraña coincidencia, el día destinado a la fiesta del animal, desaparece la figura venerable que dedicó las mejores actividades de su vida a la defensa y protección de los seres irracionales.—A la izquierda: el doctor Albarracín, presidente de la Sociedad Argentina Protectora de Animales, acariciando a uno de sus pequeños protegidos.—A la derecha: pronunciando un discurso en la Escuela "Presidente Roca", durante la celebración de la fiesta del animal, realizada en el año 1913

# La fiesta del animal en la Escuela "Juan B. Peña"

Con un nutrido programa de festejos, llevóse a cabo, en la Escuela "Juan B. Peña", del Consejo Escolar XIII, la celebración del "día del animal".—La profesora doña Carmen S. de Pandolfini, directora de la Escuela Profesional y del Hogar "Paula Albarracín de Sarmiento", acompañada del personal docente de la Escuela "Juan B. Peña", durante la fiesta.





El ingeniero señor C. S. Fonseca Reyna, prosecretario de la Comisión Directiva de la Sociedad Argentina Protectora de Animales, leyendo el discurso de clausura



Los siete educandos del Consejo Escolar XVIII, a quienes les fueron otorgados diplomas y medallas al mérito, por haber realizado actos de bondad hacia los animales haciéndose acreedores al premio establecido por la C. D.

## HOMENAJE AL SEÑOR ALFREDO MALVAR





Bajo los auspicios de la asociación "Aparicio Saravia", y ante una numerosa concurrencia, realizóse, con todo lucimiento, en la Casa Suiza, la fiesta organizada en homenaje del señor Alfredo Malvar, presidente de la Comisión Regional del Partido Nacionalista del Uruguay, en la Argentina. Durante el acto hicieron uso de la palabra el señor Pedro Carpy, que ofreció la demostración; la presidenta de la asociación "Aparicio Saravia" y el obsequiado, que agradeció la distinción de que se le hacía objeto.. — A la izquierda: el señor Malvar al serle entregado un pergamino. A la derecha: un grupo de señoritas y niños que tomaron parte en diversos números del programa.

## FIESTAS AL AIRE LIBRE





Siguiendo una costumbre establecida, el señor Carlos Lottermoser ofreció una animadafiesta campestre al personal de su importante casa de comercio, acto que se llevó a efecto ,en Bosque Alegre, pintoresco lugar de San Isidro, situado a orillas del Río de la Plata. — A la izquierda: vista general de la concurrencia que disfrutó de la fiesta. A la derecha: el señor Lottermoser demostrando, prácticamente, que no es tan pesada, como se dice, la carga del sexo femenino.

## DE LOMAS DE ZAMORA



El público que asistió a la inauguración de las obras del atrio del templo de Nuestra Señora de la Paz, saliendo después de presenciar la ceremonia, que fué bendecida por el obispo de La Plata, monseñor Francisco Alberti.

Fot. Parisienne.



# FOOTBALL. -- Liberal Argentino v. Ferrocarril Oeste



Equipo de Liberal Argentino, que alcanzó el triunfo sobre Ferrocarril Oeste, mediante un "score" de 3 a 0 goals, en el match disputado en la cancha del primero de los nombrados.



El arquero de Ferrocarril Oeste, viendo cómo se produce el primer tanto del adversario.







Una vista parcial de la tribuna popular, mientras se desarrollaba el partido.



Team de Ferrocarril Oeste, vencido en su encuentro con Liberal Argentino.

## Sección de box en el Club Atlético La Paternal



Una de las tribunas del Club Atlético La Paternal, durante la reunión de box con la cual se inauguró esta nueva sección deportiva del mencionado club.

Fots. Giras.

# ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS





La célebre Mary Pickford en su nueva creación, "La pequeña Anita Rooney", película en la cual realiza una de sus más notables interpretaciones y que, desde el domingo pasado, presenta Artistas Unidos en el Empire Theatre.



Escena de "Con gracias a porfía", cinedrama interpretado por George O'Brien, Jacqueline Logan, J. F. Macdonald, etcétera, y que la Fox exhibe desde el jueves de la anterior semana.



Un pasaje de "Alegría de luchar", cinecomedia interpretada por Malcolm Mac Gregor, Alice Calhoum y Mary Alden, que la New York Film estrenará el domingo próximo.



Cuadro de "El mono blanco", cinedrama interpretado por Bárbara La Marr, Flora Le Breton, Thomas Holdin y otros, que Max Glücksmann estrenará el viernes de la presente semana.



Una escena de "El grito de batalla", extraordinaria Non Plus Ultra, interpretada por H. G.bson, A. Cornwall y D. Farnum, que la Universal estrenará a fines del corriente mes.



Patsy Ruth Miller y Monte Blue, en el cinedrama de aventuras "Las sensaciones de Lulú", que la General estrenará el viernes próximo.



Escena de la superproducción Firts National "Anna Christie", de Ince, interpretada por Blanche Sweet, William Russell y otros, que la Corporación exhibe desde anteayer.

# El pintor Marciano Longarini. En Junín, lejos de Buenos Aires, este artista realiza una obra silenciosa



Marciano Longarini, el pintor residente en Junín.



"La yerra", óleo que refleja fielmente las escenas de marcar el ganado en los campos argentinos.—Vendido en una de las exposiciones realizadas en Rosario.

En mi pequeña ciudad se ha puesto una semilla. En una primavera, próxima por lo demás, la tendremos en germen. En esta pequeña aldehuela está latente una esperanza de porvenir...

El arte no es palabra extraña ni su significado deja de tener sentido preciso entre nosotros. Un buen pintor, un buen músico, nuestros periodistas con ideales, un círculo intelectual prestigioso—el Ateneo,—son puntos en que fundamos la esperanza de ese porvenir que sentimos latente entre nosotros. La ciudad, una ciudad de interior: su plaza, su iglesia, su municipio, su calle principal...

En sí, por su exterior, la ciudad poco ofrece a la observación. No tiene una sola línea áspera, un accidente topográfico que interese. En su masa pública no hay un tipo extraordinario que entusiasme. Pero en Junín hay latente una esperanza de porvenir...

---

Marciano Longarini es un poeta. Tiene el dominio visual de los colores. Expresa con la luz de su espíritu volcada en los colores de su paleta. Cierta vez que se presentó al público de Buenos Aires, en el salón Witcomb, con una exposición personal, uno de los diarios que dirigen la acción de los pintores argentinos le dijo que su estilo tenía algo de Carnaccini, de Fáder, de... todos un poco. Incierto. No tiene personalmente nada de nadie; como generalidad puede tener algo de todos. Longarini, ante un paisaje velado por la tristeza de una neblina, podrá parecerse al malogrado Wálter de Navazio; frente a un valle de luz vibrante, podrá recordar a Fáder; en un interior de tonos suaves nos despertará el recuerdo de Alice. Pero estas cosas se dicen, no siempre seguros de que hemos descubierto, a través de un pintor, al maestro de ese pintor. Es de tono, y de un tono bastante llamativo, que el crítico entronque la escuela... ¡Ah, encontrar el secreto parecido, el indicio de la inspiración personal, "la escuela"! Esto constituye un anhelo en los críticos que cerebran más de lo que sienten. Una carta llegada desde Colombia me decía que un libro mío de cuentos era bello por su parecido a las cuentos de Pirandello. Yo había imitado con talento, con gusto de artista, los cuentos de Pirandello. El comentador colombiano había descubierto con su carta ante mi conciencia asombrada un autor extraño para mí: Pirandello. Y desde entonces comprendí que darnos a los autores un maestro, era una cosa fácil en su misma dificultad... Mi maestro era Pirandello, a quien no conocía en uno solo de sus cuentos; el maestro de Longarini resultaba Carnaccini, de quien no había visto una sola pincelada.



Dibujo (pluma Perry) de un momento a orillas del río, en Achiras, ejecutado para FRAY MOCHO.

Marciano Longarini, sin embargo, pinta como Carnaccini porque pinta tan bien como él. Doy la prueba con esas producciones. Ha trabajado, Longarini, sobre el lugar, no en su estancia templada y alfombrada. Sus tipos coyas los ha tomado en la entraña de Catamarca. Allí pintó notables hilanderas confeccionando sus extravagantes y chillones ponchos. En Córdoba buscó el paisaje, la nota suave, llena de emoción. En el fondo de la provincia de Buenos Aires sorprendió momentos de luz espléndidos. Tiene, tomados en sus puestos, tipos criollos de un vivísimo tono. Donde en la cabeza de un criollo vió una gorra, ahí la dejó sin substituirla por el convencional chambergo de ala tirada hacia lo alto, como en un desafío de drama campero escrito en la calle Corrientes, en el café de la izquierda del Apolo...

Poeta este pintor nuestro, emociona porque pinta con emoción. Un breve dibujo trabajado con una pluma vulgar, da la impresión de la mano habituada a la tarea. Porque en esto del dibujo Longarini es de los que piensan que constituyendo una base especial, "la" base, digamos, de la pintura, no lo debe abandonar. Es como el buen prosista que ha conseguido hacer flexible su estilo que no ha necesitado apartar de la gramática.

Longarini ha expuesto en el Salón Nacional varias veces; en el salón Witcomb, Rosario, Córdoba, Santa Fe y numerosas ciudades del interior.

Las notas que reproduzco exponen las condiciones del pintor Longarini. Acá, silenciosamente, trabaja. Termina, mejor dicho, sus telas. El viaja continuamente. Regresó apenas hace unos días de Achiras y ya empieza a preparar su equipaje para viajar hacia Patagones. Patagones es el último pueblo de la provincia de Buenos Aires, de los que sirve la línea ferroviaria del Sud. Allá se va. Sus pinceles con él, su idealismo con sus pinceles. Patagones le dará toda su belleza para que la transporte a sus telas. Quizá en el fondo de un paisaje frío encuentre algún tipo de mujer que sorprenda nuestro corazón, porque Longarini es capaz de traernos, prisionera de su tela, la imagen viva de una trigueña... Y es italiano.



Una escena campestre en Achiras (Córdoba)

Félix Esteban CICHERO.



# SOCIALES



CAPITAL FEDERAL.—La señorita Margarita Ramírez y el señor Dardo Alvarez Olmos, después de sus desposorios.



La señorita Ana Elena Pochettino Xarau, que recientemente contrajo enlace con el ingeniero señor Hércules Longo.



Enlace de la señorita Lydia Parreño con el señor Enrique M. Leiro.—Los novios, después del acto religioso.



TUCUMAN. — Enlace Uriburu Peña-Lópes Peña. Los contrayentes, después de la ceremonia nupcial.



ROSARIO. — La señorita Celia Torrelli Recagno y el señor Francisco Casiello, recientemente desposados.



Enlace de la señorita Isabel Delpino con el doctor Juan Manuel Gonzáles.



La señorita Nora Scagliotti y el señor Angel Bacca (hijo), cuyo matrimonio se realizó últimamente.



La señorita Amalia Sofía Durando y el doctor Orlando G. Fornari, que recientemente contrajeron enlace.



Enlace de la señorita Parmenia Gulino Martínez con el señor Atilio Strada Baudracco. — Los contrayentes y algunos invitados.



La mujer en el arte

# Una extraña personalidad femenina

## ALICIA PORRO FREIRE

He aquí a una poetisa que en el Uruguay ha conmovido aquel ambiente intelectual, con su libro "Savia nueva", de reciente publicidad.

Revolucionaria en la forma, lírica en extremo y de una emotividad poco común, la poetisa Porro Freire teje en la rueca de su más santo ensueño, la tela de sus canciones, a veces chispeantes de una pasajera tristeza, otras pletóricas de una gran sed de amor, o ya desbordando, cual una copa el rubio vino, toda una rara inquietud.

En nombre de FRAY MOCHO, en mi rápida estada en la ciudad de Delmira Agustini, he visitado en su casa de Pocitos, a la joven escritora, de quien Blanco Fontana ha dicho que es "una niña que hace amar a su país en sus versos", y Zun Felde: "que sus versos son vibraciones de amor, de angustia y de inquietud".

Luego de conversar de cosas ajenas a la literatura, pregúntole cómo sintió la vocación por las letras.

—¡No sé! — me repite. — Tenía ocho o nueve años cuando ya pasaba muchas noches en vela, presa de una angustia. Y ese arrobamiento de entonces se extralimitó después, en amor a lo bello, que obligóme a escribir poemas más tarde, los cuales fuí dando a la publicidad.

Luego de escuchar sus palabras, le pregunto:

—¿Qué concepto tiene usted de la nueva tendencia poética?

—Creo que la rebeldía que se nota en los poetas actuales es muy promisora. Me encanta esa norma que preside todas las nuevas creaciones: atender principalmente el ritmo natural y el sentimiento. La forma debe ser siempre una cosa secundaria. Hacer culto de la sinceridad, he aquí el único modo de poder escribir versos que dejen algo en el lector, que no pasen por las almas ávidas de belleza, como el ala de un pájaro fugitivo por el espejo de un lago. Es verdad que hay un abismo entre esta literatura de mi preferencia y la que ha dado en denominarse futurismo, ultraísmo...

—¿Le inspira la naturaleza o los dolores de la vida?—le pregunto.

La poetisa responde:

—Cuando se pasa de niña a mujer, con el corazón encantado, no se conocen los dolores de la vida. Se presienten, nada más. Por eso canto al mar, a los árboles, al amor, a todo lo que late ardientemente. Amplia alegría de vivir, un día..., una pena fugaz otro, ésto es lo que reflejan mis versos. Ninguna de mis emociones es verdadera. De aquí que mis poemas no expresen más que momentos.

Le inquiero si cultiva la prosa:

—Sí—me responde.—En revistas uruguayas he publicado cuentos y críticas sobre libros que han llegado a impresionarme. El amor es mi tema favorito. A veces, al decir de ciertas beatas que no tienen reparo en leerme, desarrollo temas escabrosos. Yo estoy convencida de que las escabrosidades nunca están en el asunto tratado sino en la conciencia de la lectora, fácil de ruborizarse.

Después de un paréntesis, agrega:

—Preparo un libro de cuentos, muchos de ellos inéditos. Las poesías posteriores a mi último libro, no sé cuándo las daré a luz. Bien puede ser de aquí dos años como dentro de un mes.

La poetisa me cuenta después que perteneció a la redacción de la revista "Horas", que marcó una gran etapa en el periodismo uruguayo.

Es colaboradora de varias publicaciones de la Argentina, Méjico, Habana y Ecuador; gusta arrojar sus versos, como si arrojara un ramo de rosas, a los vientos del espacio.

La escritora es una enamorada del silencio y la soledad. En ellos su corazón se desborda en ensueños y su mente plasma las estrofas que luego refleja ávidamente.

En sus ratos de alegría, busca en la música un paliativo para sus penas juveniles, y cuando las tarde desmayan en ocaso y esmalta el sol las ondas plateadas del mar que ciñe su ciudad poética, huye al prado, al puerto, a "Punta carretas" y en la tela que lleva, copia un jirón de la naturaleza en todo su vencimiento.

Alicia Porro Freire es una extraña personalidad femenina. Nada detiene su vuelo lírico; escribe siempre, gesta sus versos bien sea en el tranvía, en la calle, al recorrer sus dedos el teclado, o ya en el jardín de su casita, y luego en su mesa de trabajo les da forma, le transmite el calor de su pluma nerviosa.

Dice la escritora señorita Mercedes Pinto, en una revista del Uruguay, refiriéndose a Alicia Porro: "Aquí está presentada la señorita: bonita y joven, tierna y apasionada, delicada, intelectual y amorosa y buena hija. Tiene un alma femenina, pero fuerte y valerosa."

Indudablemente que el camino a recorrer para la sensitiva creadora de armonías, es muy extenso y fácil, lleno de resonancias y trinos y huérfano de escollos. Lleva en sí dos tesoros: su juventud y su inspiración.

Ya en su cosecha presente deja de ser una excelente promesa para convertirse en realidad. Las afirmaciones de plumas autorizadas ensalzando sus poemas, tales como Juana de Ibarbourou, Ramiro Nicolau, Carmen de Burgos (Colombine), Juan Pablo Echagüe, Ricardo Rojas, Andrade Coelho y otros, nos revelan a la poetisa sentimental y moderna en la concepción de sus trovas.

En síntesis, Alcira Porro Freire, con la honda y altisonante Raquel Sáenz, forman, en la nueva lírica femenina del Uruguay, dos grandes revelaciones poéticas que se han impuesto en buena ley.

Félix B. VISILLAC.

Montevideo, mayo 1 de 1926.



La poetisa, señorita Alicia Porro Freire, en pose para FRAY MOCHO.



Un momento de éxtasis.



Leyendo a uno de sus autores favoritos.



Lista para dar un paseo por Pocito-





# DE NUESTROS ESCENARIOS





Las hermanas Lydia y Aída Savik, bailarinas que han actuado con éxito en los escenarios de la capital.



Lía Caus, dama joven de la compañía del Sarmiento.





Esperanza Palomero, primera actriz del elenco que actúa en el teatro Nuevo.



Eva Amalia Gutiérrez, pequeña actriz, que deja entrever estimables cualidades para la escena.



Emma Martínez, actriz de carácter de la compañía del Smart.



# LA PAGINA HUMORISTICA



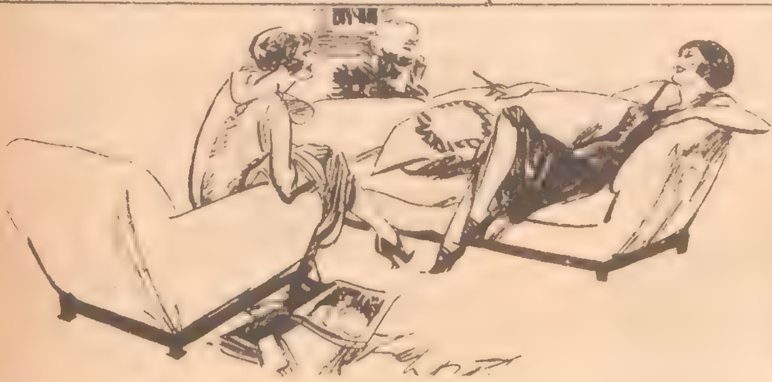
—¡Ya podías comprarme un sombrero, pues este que llevo está ya bastante anticuado!
—Tendré también que comprarte otra cara, porque esa que tienes no es muy moderna que digamos.



El profesor de piano.—Lo siento mucho, señora; pero su hij:. no vale. No 'iene inteligencia para el piano...
La madre.—¿Entonces, para qué le compro la suya?...



—Parece que hay ya nombrada una junta para combatir radicalmente la mendicidad!
—¡Ya, ya! ¡Te digo que nos vamos a ver en la mayor miseria!



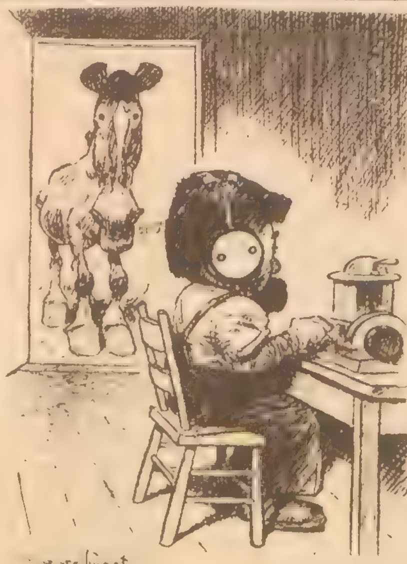
—Alberto se ha ganado diez mil pesos en un negocio.
—¿Sí? ¿Y quién los perdió?
—El padre de la novia.



Muerde el perro?



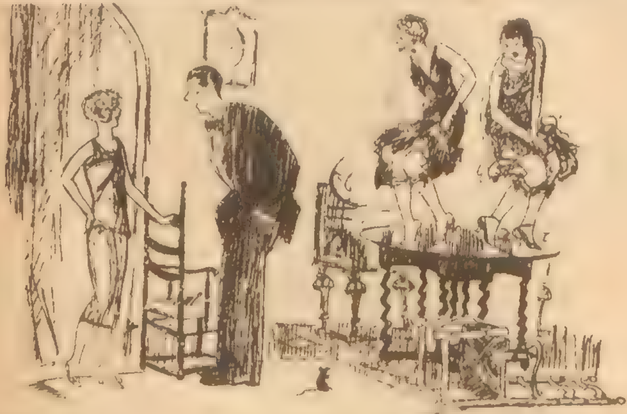
—¿Le asusta a usted el trabajo?
—¿Asustarme? Jamás nos hemos visto frente a frente.



El caballo. — ¡Qué orejeras más extrañas tiene puestas el patrón! Las de mi cabezada no son así...

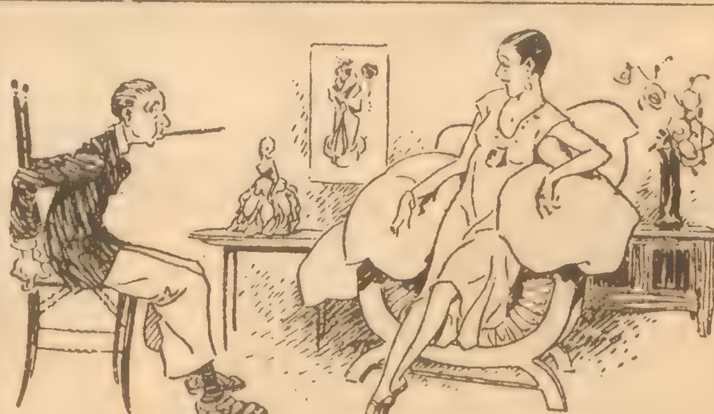


—Mi hermanita lo esperaba a usted hoy.
—¿Sí? Toma, simpático... ¿Y cómo lo sabes?
—Porque se fué de paseo...



¡Me satisface verla tan valiente!
Es que yo llevo las ligas viejas





¡Con melena! ¡Y yo que te traía de regalo una peineta española!...



# .DE CARHUE



Señor Alejandro Agnes y señora



Señor Rafael del Toral y señora.



Juan C. Flores.



Señoras María S. de Casal y Julia Sablich y señorita María E. Heredia, al pie del histórico rancho, en el fortín "El Centinela", de Carhué.



Familias de Martínez, Baglioni, Rojo y Muro, durante una excursión campestre. Fots. Carretero.

## GENTE MENUDA



Noemí Rosa Larraburu.



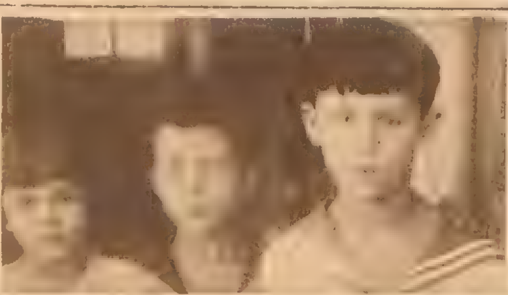
Roberto Campos López



Ernesto Julio Romano Truch.



Luciano Enrique Pérez



Alice Anita Guillermo y Roberto Alfredo White



Oscarcito E. Vernavá.



Victoria, Rosa y Jerónimo E. Antonelli



# DE LA CORDOBA TRADICIONAL



La histórica casa, situada en Jesús María, donde fué velado el cadáver de Facundo Quiroga (a) "El tigre de los llanos", después de la tragedia de Barranca Yaco.—A la izquierda: una pequeña capilla en ruinas.



Una de las cruces recordatorias de las misiones religiosas, erigida sobre un cerro, a orillas del camino que conduce a Totoral.



Barranca Yaco, lugar célebre en Jesús María, por haberse realizado en él, mediante una emboscada, el asesinato del general Facundo Quiroga, conocido por "El tigre de los llanos".





En un alto del camino a Totoral se cruzan la tradicional carreta y el moderno automóvil, como símbolos del pasado y del presente.

Fots. J. C. Dantiacq.





Señorita de Thompson.



Señora Isabel A. de Salas, doctores Beck y señor Ernesto Salas.



Señoritas Alicia Girando y María Thelma Buzzi.

# La temporada en Cacheuta



Señoritas de Calderón y señor Coelho.



Familia de Thompson.



Doctor Oscamon y señora.



Señoritas de Sales y de Morandi.



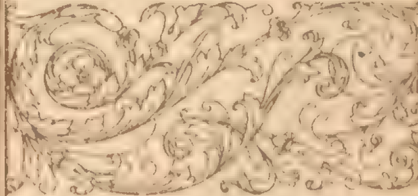
Niño de Grant.



Señoritas de Basile y de Massini.







Señorita de Llauró.

Fots. Bejarano.

# FRAY MOCHO EN ROSARIO DE SANTA FE



Comensales que tomaron parte en el banquete servido en honor del señor Francisco Sisqué, director del Ferrocarril Rosario Puerto Belgrano, con motivo de su viaje a Europa.



Enlace de la señorita Enriqueta Lariño con el señor José Vázquez.—Los contrayentes y algunas familias invitadas al acto.



Team de Newell's Old Boys, que empató el partido jugado contra Sparta, por el campeonato Vila.



Cuadro de Sparta que enfrentó a Newell's Old Boys en el match por el campeonato Vila, sin que ninguno de los dos bandos consiguiese abrir el "score".



El guardavalla de Newell's Old Boys, salva, a 3 metros, un formidable tiro del adversario, cosechando grandes aplausos.



Team matutino de Newell's Old Boys, que viene destacándose en su actuación deportiva. Ultimamente empató un match contra Drysdale y Cía.



Carreras organizadas por el Club Ciclista Rosario.—Eugenio Verduna y Américo Ciavaglia, equipo ganador de las 3 horas a la americana.



Servando Rubio y José Guimarae, vencedores en la carrera de una hora a la americana.



Teodoro Caccia, ganador de la prueba Alberdi-San Lorenzo-Alberdi, en 1 hora 6 minutos.

Fots. Flores Toledo

# INFORMACIÓN GRÁFICA DEL INTERIOR



RÍO CUARTO.—Banquete que un grupo de amigos ofreciera al señor José Carbonari, con motivo de la próxima realización de su enlace.



Grupo de corredores que tomaron parte en las pruebas ciclísticas que recientemente se llevaron a cabo en el velódromo del parque Sarmiento, patrocinadas por el Club Ciclista Velocidad y Resistencia, de Río Cuarto (Córdoba).



Núcleo de familias, acompañadas por varios oficiales de guarnición en Córdoba, durante un paseo realizado a Humahuaca.



HUMAHUACA.—Vista de una de las calles del pueblo, por medio de la cual corren las aguas que bajan de un cerro inmediato.



Un aspecto de la playa de Río Grande

Fots. J. Agostini y E. P. Perez

# PAGINA INFANTIL.—Aventuras de Pipirí





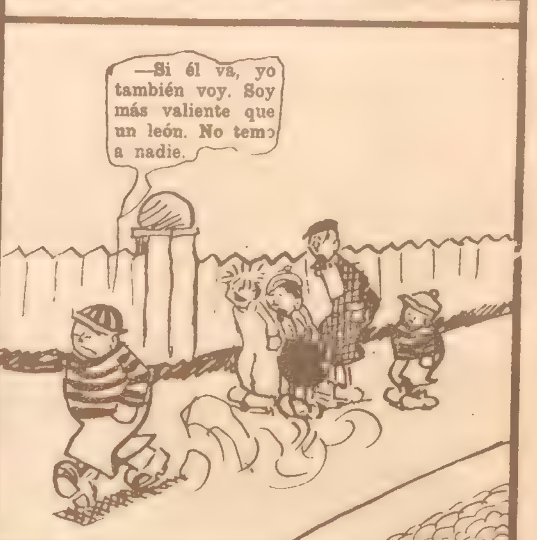








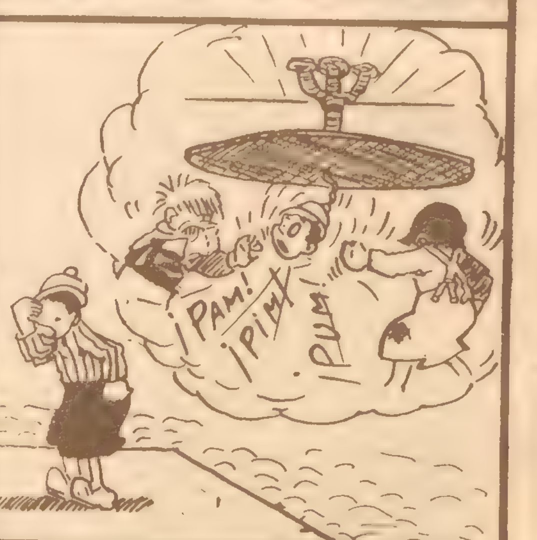




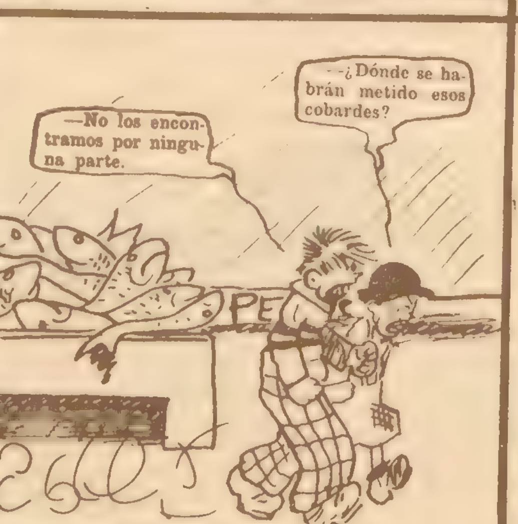













# UN CAPITAN DE LOS AIRES

Por FRANK SAVILE

La actitud de la joven, sentada sobre las tibias arenas y recostada contra una roca, demostraba placidez y contento. El cielo y el mar eran brillantes lagunas de azul infinito hasta los confines del lejano horizonte. El sol del verano era fuerte; pero en la tierra acariciada por el vaivén de las olas que latían las playas alcanzando a las rocas, había un delicioso fresco. La marea estaba baja, y el reflejo del sol plateaba la superficie hasta la desembocadura del río.

Aquí una línea blanca marcaba el incesante duelo entre las aguas saladas y la dulce. En ninguna otra parte se podía distinguir oleaje; el mar estaba silencioso.

Sin embargo, con intermitencias, aumentando y disminuyendo, se percibía una voz no distinta a la de una embravecida mar; y la joven levantaba los ojos atentos y ansiosos, entrelazando los dedos y retorciendo las manos.

De vez en cuando su aliento entrecortado casi era un sollozo.

Un inmenso pájaro desplegaba sus alas por encima de las arenas, descendiendo, resbalando, remontando, deslizándose a través de la atmósfera, cruzando ora hacia la playa, ora hacia el mar.

El sol blanqueaba las inmensas alas del avión, cuya sombra juguetona iba saltando de marisma en marisma.

En el corazón del andamiaje, bajo los blancos alones, hallábase un hombre increíblemente pequeño, comparado con la anchurosa envergadura. Sus manos asían las palancas delicadamente y sin prisas las retiraba hacia atrás, luego hacia adelante, equilibrando su peso en una dirección y en otra.

Y el gran pájaro artificial respondía con pomposas curvas ascendentes y luego descendía menospreciando el espacio, elevándose con la triunfante maestría de un águila en busca de su presa.

Cuando el vuelo era bajo y seguido, calmábase la tensión nerviosa de la niña y sus manos permanecían quietas. Cuando giraba con repentinas violencias, abalanzándose hacia la tierra en un brinco aparente, o se lanzaba cara al cielo, ella languidecía, presa de inmensa inquietud.

De pronto, la sombra la envolvió al pasar por encima de su cabeza el aeroplano; oyóse una carcajada y un pequeño objeto cayó a sus pies. Lo levantó, era un ramillete de violetas frescas y fragantes. Antes de prendérselas en su talle, las llevó con fruición a sus labios.

El pájaro blanco hizo arrogantemente un doble círculo y de pronto todo el ruido cesó. Como una gaviota deslizóse silenciosamente hacia el mar. Luego voló a una altura inapreciable, y al fin aterrizó calladamente.

La joven suspiró; sus facciones evidenciaban un éxtasis de alivio. Dejó su asiento y caminó hacia el costado por donde había desaparecido el aparato.

Un inmenso galpón de madera levantábase allí. En cada esquina había un aviso en cinco idiomas, prohibiéndose la entrada a la Escuela Militar de Aviación sin previo permiso de la Comandancia.

En el centro, dominándolo todo, se hallaba el gran mástil de la instalación de la telegrafía inalámbrica.

Aun antes de llegar la joven, la puerta se abrió, saliendo un hombre revestido con uniforme de aviador; fué hacia ella con pasos presurosos.

Sus ojos brillaban. Al encontrarse los dos, sus manos se unieron estrechamente con ademán de orgullosa a la par que tímida bienvenida.

Los ojos de él respondieron al mensaje. Sus dedos se cerraron apretados sobre la mano de ella.

—Hay dos centinelas que concentran su atención en nosotros. Así es, cariño, que tengo que aplazar mi saludo por unos minutos.

Ella sonrió, ruborizándose ligeramente. La presencia de él disipó la expresión de ansia que expresaba su rostro.

—¿Y tu padre?—interrogó él.

—Vendrá directamente con Juan. ¿Tú lo viste anoche, Lorenzo?

—Lo vi—respondió gravemente, y sus labios se cerraron en línea severa.

Titubeó, aumentando con esto la ansiedad de la niña.

—¿Y...?—interrogó.

El joven la tomó del brazo y se dirigieron hacia la playa.

—Tu padre no ha querido escucharme. Díjome que un compromiso entre tú y yo era un absurdo inadmisible, que no consentía oír, y añadió (desde un punto de vista bastante justificado) que un oficial de ingenieros, sin ninguna perspectiva fuera de su posición, no era marido digno de la hija de Arturo Winslow. Me dió a comprender que había dicho su última palabra sobre el particular.

—¡Tú, con tus "récords", indigno de mí, que no tengo ningún título!

—Las hojas de servicios militares no influyen en la perspectiva civil. Yo creo que él desea oír, algún día, el nombre de Violet Winslow unido al tratamiento de Excelencia o Se- [illegible] no diciendo simplemente capitán Rayner, no llena sus ambiciones. Ade- [illegible]

Vaciló nuevamente.

—Además, ¿qué? — exclamó ella casi con terror.—¿Tú me vas a abandonar, Lorenzo?

Un montículo de arena se alzaba discreto, ocultándolos de las miradas escudriñantes. La acercó a sí, y sin palabras le dió una respuesta convincente en uso entre los enamorados desde el tiempo de Adán.

—Si tu corazón conserva siempre los mismos sentimientos, no me importa nada.

—Pero, además, ¿qué? ¿Qué es? ¡Dímelo, dímelo sin rodeos!

El se encogió de hombros.

—Tu padre dijo que yo no era un soldado, sino simplemente un acróbata, que mi vida estaba a diario a merced de los vientos o la suerte. Y creo, hablando con sinceridad, que así es.

—Lo sé—respondió ella gravemente.—Cada vez que emprendes un vuelo mi corazón parece que quiere salirse, Lorenzo. Pero, como se trata del cumplimiento de tu deber, no lo olvido. Tendré que tener siempre presente, si me caso contigo, que soy la esposa de un soldado. Y si yo lo puedo resistir, ¿qué le debe importar a mi padre?

Lorenzo meneó la cabeza...

—No, yo creo que eso es justo; cualquier padre se opondría. Pero ocurre que eso no tiene aplicación al caso actual.

Ella quedó sorprendida.

—¿Cómo?—interrogó. — ¿No eres tú quien tiene que arriesgarse en las experiencias? De ti depende el perfeccionamiento de las máquinas y sistemas.

—Sí, pero ahora no haré más experiencias en el aire. Estas son las noticias; he recibido la notificación de mi ascenso. Por los reglamentos vigentes, a los superiores a la categoría de capitán no se les permite volar. En lo sucesivo yo teorizaré y otros practicarán.

Ella se incorporó incrédula.

—¿Pero tú dejarás de volar? ¡Tú!

El asintió, besándola nuevamente.

—¿Te complace?

—¡Qué indecible alegría! Esto me recompensará de todo. Quizá tengamos que aguardar a que yo sea mayor de edad, si es que mi padre niega a darme su consentimiento. Pero ahora con facilidad puedo esperar con alegría casi. No creo que jamás hayas adivinado lo que significaba para mí, saber los riesgos que arrostrabas.

—Quizá entonces no debamos inculpar demasiado a tu padre. Quizá él adivinará.

—No—dijo ella de pronto.—La oposición de mi padre está fundada en un solo motivo, uno solo, Juan.

Lorenzo se sobrecogió, plenamente asombrado.

—¡Juan! Si somos los mejores amigos. Desde que le facilité la visita a la Escuela de Aviadores me ha demostrado adoración.

—No lo dudo, aunque es bastante presuntuoso de tu parte decirlo. Pero no lo interpretes mal. Toda la existencia de mi padre está reconcentrada en Juan. Él es su orgullo. Ve en Juan toda la representación del ilustre apellido Winslow, y en mí ve la hermana de ese representante, ni más ni menos. Quiere que mi marido sea digno de la gran posición que significa ser el cuñado de Juan. ¡Alguien con título! ¡Alguien famoso! ¡Ah, puedes sonreírte, pero no exagero.

Él meneó nuevamente la cabeza.



## Las correrías de un brazo

*Ya hará más de trescientos años que fué ejecutado el general marqués de Montrose, famoso partidario de Carlos I de Inglaterra. Sus miembros fueron clavados a las puertas de cuatro ciudades escocesas. Uno de sus brazos, recogido probablemente por uno de sus admiradores, y piadosamente conservado, ha sido paseado, desde entonces, por el mundo. Durante algún tiempo encontró asilo en casa de un célebre anticuario de Leeds, Ralph Thoresby. Hace poco, se le descubrió en un puesto de objetos heteróclitos de todas clases. Este brazo, que conoció tantas aventuras y tantos lugares, yacía sobre una mesa, en una gran caja de cobre cerrada por una cinta malva.*

*El pobre brazo se hallaba, naturalmente, momificado, y conservaba dos agujeros, debidos a los clavos que fijaron los restos del desgraciado general sobre las puertas de las ciudades escocesas.*

—¿No es quizá aventurarse demasiado? Casi no lo puedo concebir.

—Pero tendrás que creerlo, Lorenzo. Tal vez dentro de poco, cuando llegues al límite de tus talentos militares, tú y papá os reconciliéis. Por el momento tienes que contentarte conmigo solamente, nada más que conmigo.

La súplica en sus ojos era tal, que no cabía más que una respuesta. Por tercera vez se inclinó él y la besó con todo el respetuoso fervor de su alma.

Percibieron el ruido de pisadas cercanas, y rápidamente giraron, pudiendo notar la presencia de dos figuras que se aproximaban. Uno de ellos era un hombre alto, de cabellos entrecanos; el otro un joven en la edad más risueña, en la que se evidencia el mayor contento.

—¡Oh, hermanita!—exclamó el joven, tapándose la cara con burlona mueca.—¡Oh, hermanita!—prorrumpió lleno de júbilo.

El viejo hizo un impaciente ademán de silencio, encaminándose en derechura a la pareja.

Sus ojos grises se tornaron torvos. El joven hubiese estrechado la mano de Rayner, pero el viejo lo empujó hacia atrás.

—Capitán Rayner, anoche tuvimos una conversación. ¿No fuí, acaso, suficientemente explícito?

Lorenzo se inclinó.

—Perfectamente explícito—asintió;—pero no estoy de acuerdo con sus conclusiones.

El recién llegado hizo otro ademán de impaciencia, como si intentase desviar algo tangible, pero invisible.

—Si usted persiste en su persecución, daré parte a la Comandancia.

Rayner se enderezó.

—Mi hoja de servicio puede contrarrestar todo falso informe. Yo no persigo a nadie. La hija de usted y yo nos amamos; eso es todo.

—¡Amor!—exclamó Winslow irónico.—En beneficio de ella rehuso lo que usted gusta llamar amor. De mi parte, en nombre de mi hija y de mi hijo, declino su amistad. Ellos están atentos a mis órdenes de no volverle a hablar.

El más joven dió un repentino salto:

—¿Qué? ¿Que no le tengo que volver a hablar?

—No—dijo su padce tranquilamente.—Puedes irte al balneario. Tu hermana y yo te encontraremos cuando el capitán Rayner considere oportuno marcharse.

La cara del joven se tornó hosca y obstinada.

—Yo quería que Lorenzo viniese a bañarse conmigo a la desembocadura del río—insistió.

Rayner giró hacia él.

—Allí no, Juan; la marea en ese sitio va en aumento, y el agua pronto llegará a las rocas.

Winslow, con enfado, se adelantó y dijo:

—Soy perfectamente capaz de velar por la seguridad de mi hijo. Así que no intente proseguir una conversación con el pretexto de solicitud. Y, téngalo usted bien entendido, que son esas las últimas palabras entre usted, mis hijos y yo.

—¡No!—dijo Violeta sin miedo.—Mientras sea menor seguiré obedeciéndote; pero me casaré con Lorenzo. Es también mi última palabra.

Winslow permaneció mirando a Rayner en severa y silenciosa expectativa.

Rayner miró a Violeta. Ninguno hablaba, pero el mensaje que se enviaban era visible, y sonrieron confiados.

Con ademán que expresaba su amistad hacia el muchacho, se retiró. Sin proferir una palabra más, Winslow instó a sus hijos a que marchasen.

Rayner les observó al pasar por las arenas y se encogió de hombros. Luego sonrió contento, pues al pasar el último montículo que le obstruía la vista, uno de los del grupo retrocedió y agitó un blanco pañuelo.

Se quitó la gorra, contestando al saludo.

Luego los tres se perdieron a su vista.

Rayner se dirigió al cobertizo y atravesó la entrada, encaminándose hacia un grupo de hombres ocupados en el arreglo de un aparato.

El centinela lo saludó con tal seriedad que le hizo sospechar la traza de una mueca irónica que no existía.

En las arenas los tres caminaban silenciosos. Tras las espaldas de su padre, Juan ofrecía a su hermana mudas señales de su simpatía.

Ella sonreía, ¡pero con tanta amargura!

La luz parecía haber huído del cielo. El porvenir obscurecía con el inmenso nubarrón de los dos años de espera, hasta que Lorenzo pudiese llamarla suya.

¡Dos años tendría que aguardar!

Aguardar, aguardar; la palabra corría por su cerebro monótona y des[illegible].

Un suspiro fué el eco de su melancolía.

El padre la miró.

—Si estás cansada, puedes descansar aquí. Yo iré con Juan hasta las rocas.

Ella asintió.

—Muy bien—dijo, y dejándoles par, se sentó en el césped, que era el límite que marcaba la marea.

Miraba los baluartes de la Estación de Aviación y, al contemplarlos, hallaba un rayo de alivio que animaba la depresión de su ánimo.

Lorenzo estaba allí y su carrera en lo futuro no era peligrosa. Ya no tendría que hacer experimentos arriesgados; las terroríficas visiones que incesantemente agobiaron su imaginación, serían cosas pretéritas. En lo venidero podría ella tomar el diario sin esa sensación de congoja que experimentaba todas las mañanas desde hacía seis meses.

Era un paso ganado, que embargó su corazón de ventura.

¡Pero dos años! Le parecían una eternidad, miles de horas en que Lorenzo no tomaría parte. Muchas horas sin oír su voz ni ver su sonrisa, ni tocar su mano.

Un sollozo escapó de su pecho. Su cara se hundió entre sus manos.

Repentinamente un ruido interrumpió su meditación, traído por la brisa desde el promontorio. A pesar de la distancia le pareció reconocer un acento de agonía o de terror.

Se alzó con rapidez; escuchó intensamente. El sonido se oyó de nuevo, y esta vez no cabía duda. Era la voz de un hombre acometido por un repentino terror; la voz de su padre, clamando auxilio desesperadamente, viva, estridente, como el grito de una bestia atrapada e imposibilitada ante la mueca de la muerte.

Ella corrió contestando a gritos, sus pies vacilantes bajo el peso del terror.

Pasó por un recodo de las rocas, e hizo un alto. Otro grito se le escapó. Unió sus manos en ademán de agonía, ¡impotente, desesperada!

El flujo de la marea avanzaba y la blanca línea de la espuma en las rompientes a la boca del río, cubrían las rocas.

A no poco trecho del rompeolas, casi a un cuarto de milla de la costa, un objeto obscuro se movía en la superficie. Sin embargo, no aparentaba adelantar ni retroceder. Se agitaba en la superficie del agua, pero quedando enclavado en el mismo lugar. Y los gritos que venían de allí laceraban su corazón, pues la voz era la de su hermano. Pero los gritos que al principio oyera no fueron aquellos; provenían de otros labios que estaban acosados, si posible era, de otra desesperación aún mayor. A unos veinte metros de la costa, como inmovilizado por tentáculos poderosos e invisibles, se hallaba su padre, en lucha titánica para desasirse; pero tan infructuosamente como su hijo.

Había algo espantoso, inverosímil, en el misterio de su impotencia; era como si el poder de una pesadilla hubiese encarnado sobre esta tranquila extensión de tierra.

Veloz corría Violeta hacia la playa, como si ella también quisiera arrojarse a las ondas.

Vociferando insistentemente, su padre le advertía:

—¡Tú, no, tú, no!—gritaba;—las arenas son movedizas; me han atrapado, y a Juan! ¡A Juan! ¡Corre por auxilio, corre a la Escuela, corre!

Ella vaciló, asombrada por la vehemencia de su padre y por su propio temor.

—Pero usted, usted!—gritaba ella.—¡Déjeme acercarme, déjeme probar!

—¡No!—rugió.—¡No! El agua no me cubrirá aún durante algunas horas. ¡Por Dios, corre!

Agitaba sus brazos frenéticamente hacia el mástil de la inalámbrica que coronaba el médano.

Jadeante, Violeta corrió hacia allí. Corría atravesando las arenas, pero la distancia parecíale acrecentarse en lugar de disminuir.

La hierba húmeda la hizo resbalar, cayó. Incorporóse vacilante, llenos los zapatos de arena, su boca seca, su respiración agitada, difícil. El mundo entero se había llenado de partículas arenosas que impedían llegar al edificio, que allá, muy lejos, apenas divisaba.

Intentó gritar; se le apagaba la voz. No veía, no oía.

Y rompiendo eso que parecía un conjuro, rompiendo el velo de su desesperación, como un rayo brillante a través de un nubarrón, oyó la voz de su amado, sintió sus manos entre las de él. Muda se abandonó en el abrazo que le brindaba protector.

—Te vi desde el terrado del "han-

# CANCION DE LA LECHUZA

## (Nocturno ciudadano)

Vierte la noche muerta su silencio de plata.
Una nube en la ancha bóveda se ha deshecho
La cabeza de clavo de la luna, arrebata
un jirón manso y queda escondida en mi pecho.

(La lechuza se asoma como un asombro negro.)

La ciudad está dormida, como yo, quieta. Alguna
desesperada calle luce un bar; algún auto
o mostrenco tranvía persisten. Ya la luna
vuelve a asomar su rostro ceremonioso y cauto.

(La lechuza ha extendido sus alas.)

Sin embargo del hondo sosiego permanente
hay un tumulto interno; hay un ronco clamor.
Un osario de voces, se dijera, el terror
de la pared cerrada; de la calle sin gente.

(Al filo de la medianoche, la lechuza
va esponjándose, abriéndose.)

Un borracho da tumbos bajo un farol. El casco
de un policía asoma. Son transeúntes a prisa
de un tacón que va a casa. Alguien bis-bis, avisa.
Mientras tanto la hilacha de mi tabaco masco.

(¡Qué grises los enormes ojos de la lechuza!)

Vuelvo a quedarme solo, entre los redondeles
de nácar de la calle. Una linda muñeca
bajo el cristal inmóvil "se avelazca, se agrecca"
y echa toda su sangre a un montón de claveles.

(¡En la sombra la enorme mancha de tu silueta.
¡Oh, lechuza!...)

Maniquí: ¡Qué es extraño en la perplejidad
de la noche, tu brillo! Para mirar a Dios
—Suenan unas campanas—¿me prestarás las dos
anchas gotas de vidrio de tu inmortalidad.?

(Lechuza: ¿es tu mirada, monóculo del diablo?)

¡El alba! ¡Los espectros de la renovación!
Palidecen las mechas del gas y los voltaicos.
Pasan hombres absurdos. Abren un ojo, arcaicos,
los cafés. Derrengado se aplasta un carretón.

(¿No hay aceite, lechuza, qué chupar?)

¡El alba!... ¡Qué terrible en la ciudad! El huevo
del sol se va incubando, con qué muertos arrastres!
Las pupilas vidriadas del maniquí me llevo
para dormir. Mi espíritu necesita estos lastres.

(En la noche vacía la lechuza se pierde.
¿A quién su augurio ronco se llevará?)

Habana (Isla de Cuba.)

Francisco IZQUIERDO.

gar". ¿Qué ocurre? ¿Qué es lo que sucede?

Ella pudo al fin articular:

—¡Las arenas..., las arenas!... ¡Un bote..., un bote!

El dió un salto: su voz era tensa con nueva ansiedad.

—¿Las arenas? — repetía. — ¿Han aprisionado a Juan o a tu padre?

Ella hizo un vehemente ademán de asentimiento.

—Sí — susurró. — ¡Un bote..., un bote!

Se separó de ella y, corriendo vertiginosamente, se dirigió hacia el cerco.

—¡Vuelve adonde están ellos!—le gritaba.—Yo iré al momento.

Desapareció tras el cerco de madera, dejando oír su voz potente repartiendo órdenes a sus hombres.

Repentinamente, como surgiendo de la tierra (así le pareció a ella), comparecieron como doce oficiales llevando cuerdas e interrogándola, con interés. Su voz había desaparecido. Solamente podía señalar en dirección de la playa, urgiéndoles con ademanes temblorosos, que por silenciosos que fueran, revelaban elocuentes el apuro. No titubeaban. Dos de ellos la alzaron en peso, los demás disponían presurosos, alerta, tratando de interpretar la dirección que ella vagamente indicaba.

¿Era acaso en un sueño que la transportaban por el camino que a saltos y tumbos recién había atravesado? ¿Era en un sueño, quizá, que ella veía a su escolta, en el borde seguro, largar una cuerda a los brazos expectantes que se agitaban para asirla?

Con la fuerza de doce brazos, su [illegible] arrastrado hasta sus pies. El se incorporó, gesticulando con violencia; su voz chillaba con feroz vehemencia cuando se rasgó la pasión de su desesperación.

—La mitad de mi fortuna para el hombre que salve a mi hijo—vociferó, señalando a la obscura figura que se retorcía aún en las garras de las arenas y la marea creciente.— ¡Es a él a quien debíais haber salvado y no a mí, idiotas, idiotas! ¿Qué esperáis? ¿Adónde está el bote?

Con ademán autoritario, uno de los oficiales pasó su mano sobre el brazo del gesticulante.

—No hay bote, señor Winslow, y aunque hubiese no podría llegar hasta su hijo. Ninguna fuerza que empleásemos podría servirnos para atravesar aquello—dijo señalando las arenas movedizas que subían y temblaban con la marejada.

—¡Escuchen! — gritó repentinamente.—Eso significa salvación, si humanamente hay salvación.

Winslow lo miraba con faz descompuesta y desfigurada, sin comprender. Repentinamente se alzó rígido. El y quienes con él estaban, dirigieron sus miradas hacia el cielo.

Soberbio, en contraste con el azul del cielo, en una vasta curva y recto a la desembocadura del río, volaba un aeroplano. Pasó gallardamente sobre la costa, cayendo su sombra sobre la figura que aun se debatía valientemente contra los avances de la muerte.

El rugido tempestuoso del rompeolas había ensordecido a Juan Winslow. El ruido del aeroplano no había llegado a su percepción hasta que la sombra pasó por su cara. Un repentino vislumbre de esperanza llenó su vista desesperada. Y la voz de Lorenzo era firme; hizo estremecer con confianza el agobiado corazón del muchacho.

La máquina giró en su rededor. Del armazón central una soga pendía.

—¡Agárrala, Juan!—vociferaba el soldado. No puedo ir despacio; tengo que mantener el movimiento. Cuando vuelva, agárrala.

El zumbido del motor cesó para luego vibrar con más ímpetu. La soga caía chapoteando el agua, al alcance del muchacho.

Sus ávidas manos desesperadas intentaron asirla; resbalaban, volvieron a intentar, hasta que al fin tenazmente se afianzaron de un nudo.

Un suspiro convulsivo se escapó de los labios del espectador, pues el inmenso pájaro blanco se tambaleaba peligrosamente.

Luego, serenándose, ganó el espacio y voló hacia el grupo con las alas desplegadas, sin vacilar, arrastrando como a un ancla levada a Juan, sacado de entre las arenas movedizas.

Winslow, lívido, los dientes apretados, dominado aún por el pasmo de la aventura que el mar le ofreciera atenazador, volvía a la realidad de la vida.

Un extraño alarido se escapó de sus labios en el momento que la soga y su fardo se agitaron por los últimos metros del banco de arena.

Saltó inmediatamente y se abalanzó con los brazos extendidos.

Un coro de voces lo llamaron precavidos, una docena de brazos se lanzaron a detenerle, pero ¡ya tarde! El hombre no tenía más vista que para su tesoro reconquistado, ni oídos para otra voz que la que había sido amenazada por el eterno silencio de la muerte...

Sus brazos atajaron en estrecho abrazo a su hijo.

De arriba se oyó un ruido estrepitoso.

Por el repentino arranque, gran cantidad de cabos se rompieron. Los inmensos alones se inclinaron hacia arriba por el peso descendente del aparato; la popa se empinó.

Con una repentina y dura caída, el aparato herido se hundió sobre la arena de las rocas.

¿Y el piloto?

Lo hallaron tirado al borde mismo del naufragio.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

A Lorenzo le pareció una noche muy larga de la que recién despertaba, una noche llena de sueños admirables. No estaba muy seguro, sin embargo, si era realidad o visión lo que le sucedía: tan inmensurable era la vista que sus ojos incrédulos tenían delante. Era Winslow quien lo escudriñaba ansioso; Winslow, por cuyas mejillas fluían lágrimas y cuyos ojos expresaban la tribulación más patente.

El soldado parpadeaba y se movía inquieto.

Intentó levantarse, estiró las manos para hallar el sostén y notó con atónita sorpresa que sus dedos estaban ensangrentados.

—Permanezca acostado — le decía una voz suave, persuasiva.—¡Por favor, quédese quieto!

Giró su vista y vió la cara de Violeta inclinada sobre la suya, la mano de ella sobre su hombro.

Estupefacto se sobrecogió. A pesar de la mano que lo detenía, forcejeó y, de rodillas, miró a su alrededor. Inmediato a él yacía una maraña de lonas, radios y aceros.

Repentinamente recordó todo.

—¡Por Dios!—deploró amargamente. —¡Nuestro mejor aparato!

Winslow hizo un gesto alentador. La ansiedad que embargaba antes sus facciones dejó lugar a una expresión de intenso alivio.

—Eso puede pagarse fácilmente. Algunos actos, el riesgo de la vida, la abnegación, el valor..., nunca son bastantes recompensados. Unicamente puede uno intentar ofreciendo lo mejor que tiene.

Tomó la mano de Violeta y con suavidad cerró sobre ella los dedos lastimados de Lorenzo.

—Para comenzar..., ¿acepta usted esto?




## "La sabiduría de la pereza"

*Fred C. Kelly acaba de publicar una obra muy interesante con el título que encabeza este artículo.*

*Este libro es una franca apología de la pereza. Para su autor, la pereza es la madre de todo progreso. La moderna maquinaria agrícola, con arados y sembradoras mecánicas, con cómodos asientos para el labrador ¿no fué inventada para evitar trabajo? Toda la maquinaria moderna ¿no se ha inventado para rendir culto a la pereza?*

*Hace cien años, dice el autor, un muchacho llamado Humphry Potter fué alquilado para estarse al lado de una máquina a vapor con el encargo de tirar de una cuerda a cada vuelta de una rueda para dejar salir el vapor. Siendo el muchacho ocioso por temperamento, odiaba su trabajo y amarró la cuerda a otra pieza de la máquina, logrando así que su trabajo se hiciera automáticamente. Había hecho un gran invento; si no hubiera sido perezoso no lo habría hecho.*

*Un sirviente perezoso, dice el autor, vale mucho más que uno diligente. El primero, cuando usted se siente a la mesa de un "restaurant", le lleva el plato, el cubierto, el pan, el agua, la sal, todo lo que puede, y sólo da un viaje porque tiene pereza de andar de más. El diligente, a quien no le importa ir y venir, le va a traer la sal cuando los huevos ya están fríos.*

*Dice Fred C. Kelly que casi todos los hombres que han alcanzado importantes éxitos en la vida, han sido y son grandes perezosos que no hacen jamás nada que puedan encargar a otros.*

*Dice que fueron perezosos en la escuela Newton, Darwin, Walter Scott, Fulton, Samuel Johnson, Oliver Goldsmith, Ibsen, Mark Twain. En rigor, todos los escritores son perezosos, aun los más prolíficos. Saque usted la cuenta. ¿Cuántas palabras puede un novelista escribir en una hora? Diga mil, y es poco. Ponga diez horas de trabajo diario para escribir y un par de horas para pensar. En diez horas debiera escribir diez mil palabras. En seis días sesenta mil, que es el número de palabras de una novela común. ¿Cuántos son los novelistas que escriben una novela por semana? Al que escribe una por año se le llama diligente y fecundo.*

*Las anteriores palabras, transcritas del libro de Fred C. Kelly, serán un gran consuelo para los perezosos que a no dudar, lo forman la mayoría.*

## Una anécdota del emperador Carlomagno

El célebre monje de Saint-Gall, que dejó escrita una "Vida anecdótica de Carlomagno", refiere el siguiente suceso:

"El jefe de una embajada enviada por el monarca francés a Constantinopla, fué invitado a comer por el emperador griego, quien le colocó en medio de todos los grandes de su corte. Entre otros platos, sirviéronse unas soberbias truchas guarnecidas con variados condimentos.

Ahora bien: era prescripción de la etiqueta bizantina que ningún convidado a la mesa del príncipe podía, so pena de muerte, volver el cuerpo de los animales que en dicha mesa se servían. El embajador, ignorando tal costumbre, volvió el pescado que tenía ante sí. Al momento levantáronse de la mesa todos los cortesanos y reclamaron del monarca la ejecución de la [illegible]

El emperador griego dijo entonces con acento afligido al embajador:

—Me es imposible rehusar a mis cortesanos entregarte inmediatamente al verdugo; pero, a excepción de la vida, pídeme lo que quieras, y juro, por todo lo más sagrado, que no vacilaré un punto en concedértelo.

El súbdito de Carlomagno reflexionó algunos instantes; y luego, en medio del general silencio, co[illegible] al monarca:

—Pronto a morir, únicamente solicito una gracia, y es que se les arranque los ojos a todos los que me han visto volver el pescado.

El emperador, profundamente asombrado de semejante súplica, juró por Jesucristo hecho hombre que él no había advertido el acto p[illegible]ble, y que se había pronunciado p[illegible] lo que atestiguaron los demás [illegible]mensales.

La reina, a su vez, puso por testigo a la Virgen de los cielos, q[illegible] ella tampoco había visto nada. L[illegible]go, los magnates, unos después [illegible] otros, pugnando por substraerse [illegible] peligro que los amenazaba, t[illegible] también por testigos, éste al [illegible]ro del cielo, aquél al doctor [illegible] naciones, otros a todas las p[illegible]des angélicas y a la mucho[illegible] de los santos, e hicieron la [illegible] declaración que ambos mo[illegible] pronunciando los más t[illegible] juramentos.

Habiendo así humill[illegible] berbia e hipócrita co[illegible] sagaz cuanto disc[illegible] volvió a su patri[illegible] triunfante."

# A L   P A S A R

Por [illegible]

Todas las tardes, después de una reconfortante siesta arrullada por mamangás y guitarreros, salíamos por la carretera con rumbo a la pulpería, para satisfacer nuestro vicio de muchachos de la ciudad. Aquel airecillo puro y embalsamado de los campos nada podía hacer con nuestro inapetente estómago, habituado a estimulantes artificiales...

Y todas las tardes, indefectiblemente, cuando el sol decoraba el occidente con mil tonalidades caprichosas, como cielo de quimera, encontrábamos a Josefina, apoyada con cierto poético abandono en el derruído pilar que—único sobreviviente del naufragio de la antiquísima posesión—aun erguía sus deformidades, sus cicatrices de soldado veterano de la lucha con soles e intemperies.

—¡Buenas tardes!

—¡Tardes!—gemía aquella vocecita que parecía impregnada de tristezas de crepúsculo...

Pero la impresión que en nuestro espíritu producía aquel dejo melancólico de su voz, la hermosa nota que ofrecía su figura delicada en medio de aquella naturaleza agreste de agrestes moradores, aquellos celajes que lo envolvían todo con su tinte penumbroso, era fugaz, efímera...

Nosotros habíamos abandonado las actividades de la capital, habíamos puesto un guión a estudios, correrías y achaques de nuestra edad, con el pro[illegible] vida en todo lo que de material ella tiene: nada de ensueños y noviazgos, ni de tonterías por el estilo, sino buenos churrascos humeantes y jugosos, buenos vasos de leche espumosa y tibia, siestas deliciosas en los pajares y, finalmente, para que no se nos tildara de prosaícos en demasía, las reuniones en el rústico *bar*, donde, cuando menos, algo de *espiritual* había [illegible] su ambiente.—Una vez en [illegible], el recuerdo de la niñ[illegible]a soñadora y delicada se desvanecía entre las volutas del humo de los cigarros, sentados a la mesa, frente a los vasos de *cocktail* incitante. Allá quedaba ella reclinada en la pilastra, contemplando el paisaje...

Una tarde, en las postrimerías de nuestra estación campestre, estuvimos de visita en su casa, a instancias de doña Filomena, su madre, que no se resignaba a que abandonásemos el pago sin gustar antes un matecito de los suyos, de gran renombre en aquellos contornos.

—¡Dichosos los ojos que los ven, mozos!—exclamó la vieja suspendiendo sus tareas y secando ambas manos en el [illegible] *Siéntensen*...

Al cabo de poco estaba formada la [illegible]dia en la cocina, y empezó a circular el mate—una hermosa *galleta* que era la prenda de más lujo de la pobre familia, toda recamada de plata, y su magnífica bombilla con la con[illegible] serpiente en espiral. Mis compañeros, amantes del guitarreo y de los *estilos* sentidos, se habían hecho a un lado a fin de escuchar a un mozo de la chacra que lloraba una *vidalita*... A mí me tocó por suerte la compañía de Josefina que, tronchando con sus toscos dedos sarmientos de viña, me miraba de hito en hito, embarazada, sin saber qué decir, y esperando sin duda que la sacara del apuro; pero tenía mi boca hecha ascua a causa de un sorbo precipitado del mate que doña Filomena me tendiera y no podía menear la lengua.

Por fin, ella empezó:

—Y... ¿le gusta el paraje?

—Ciertamente; ¡es tan hermoso!

—Un poco triste, ¿verdad?

—¡Oh! ¡Nada de eso!...

—[illegible] mozos *del centro*, sin paseos ni fiestas no se hallan aquí...

—¿Sin paseos?... No cambiaría ninguno de los de allá por el que diariamente hacemos aquí. ¡Son tan lindas esas puestas de sol cuando están realzadas por bonitas muchachas!

—¿Aquí?... No hay...—dijo, bajando la vista.

—Sin embargo yo veo todas las tardes una, recostada a un pilar..., parece que esperara a alguien...

—¡No: a nadie!—respondió no sé con qué amargo desaliento.

—¿Será posible? ¡Con esos ojos!...

—No, joven; aquí no hay ojos que miren ojos, ni manos que se estrechen, ni nada: aquí los hombres trabajan de día y duermen por la noche. El tiempo que sobra es para la pulpería.

—Pero... alguno de *adentro*... ¿quién sabe?...

—¡Oh!, no—protestó tristemente:—¡pobres de nosotras! ¡No se fijan!

Y volvió a bajar los ojos y a quebrar pequeñas ramas de viña.

En aquel momento el guitarreo daba fin a su canto y los oyentes exteriorizaban su entusiasmo con palmadas y exclamaciones. Nosotros, que habíamos permanecido indiferentes, aislados, sumidos en nuestro coloquio, no pudimos salvarnos de algún malicioso cuchicheo de mis compañeros y de algunas intencionadas indirectas.

Más tarde, en la reserva de nuestro único aposento de techo de cinc a dos aguas, me interrogó uno de ellos:

—¿Y... parece que *la cosa está al caer, eh?*

—¿Yo?... ¡Dios me libre!—respondí.

El programa de vida no podía ser infringido. Volví, pues, a declarar mis propósitos antiamorosos y teniendo aún fresca la indicación médica de *dormir bien*, con el pensamiento de que menos hacíamos nosotros que los hijos del pago, de que nos congregábamos de noche en la pulpería, con ser *ciudadanos*..., me arrebujé hasta los ojos con intención de no abrirlos hasta que los gallos enronquecieran y el sol calentara la tierra.

* * *

Llegó el día de partir. Arreglamos las maletas y, previas las atenciones que tributamos a los dueños de casa por las exquisiteces de aquella estada inolvidable, descendimos a la carretera.

La tarde estaba como nunca, hermosa y apacible... Yo no sé por qué será, pero los días parecen más llenos de encanto, más sonrientes, más atractivos; y en aquellos momentos la naturaleza con sus múltiples maravillas de luz, perfumes y colores, parecía querer retenernos, y el corazón experimentaba un vago y penoso sentimiento...

Nos precedía Tom—terror de los cacos del lugar—haciendo piruetas, alegre y retozón, libre de cadena y de casilla.

Al llegar frente a la vivienda de Josefina, se hallaba ésta, como de costumbre, apoyada en su pilastra, y torcimos el rumbo para saludarla. Yo fuí el último en estrechar su mano.

—¿Se va, mozo; se va ya?...—díjome con voz débil, clavando en mis ojos una mirada triste, más que aquel ciclo de crepúsculo en que solía es[illegible]...

Yo estreché su mano que, áspera otras veces, entonces sólo sentí que temblaba, y le respondí, desasiéndola porque el silbato de la máquina me obligaba a apresurarme:

—¡Sí, me voy; hasta otra vez y que sea feliz!

—¡Y usted más!

La máquina empezó a andar y yo no sé qué diablo se había metido en mi alma que me dejó sumido en un estado especialísimo... La vida *animal* había terminado, y parecía que el espíritu volvía por sus fueros suspendidos, anestesiados por las siestas copiosas y la existencia muelle y despreocupada.

Mis compañeros se burlaban de mi compunción con cuchicheos y miradas reiteradas. Uno de ellos, el más jovial y zumbón, deslizó en mi oído:

—Parece que la *espinita* clavó hondo... ¡Ja, ja, ja!...

Ignoro qué tontería dije, pero lo cierto es que una carcajada general hizo retemblar el coche.

Asomé mi cabeza por la ventanilla y, por un claro de la alameda que blanqueaba la vía, busqué a lo lejos...

Como una visión que pasa, vi a la niña, igual que siempre reclinada, soñando frente a la inmensidad del horizonte arrebolado y doliente... Después, en vertiginoso desfile, nuevas perspectivas; más tarde... nada: la noche había descendido y allá quedaba ella, olvidada...

........................................ ...

Muchas veces en medio de la tertulia amistosa, frente a los libros, en el paseo, en las fiestas, en las reuniones de café, entre las volutas del humo de los cigarros y ante el vaso de *cocktail* incitante, me asalta el recuerdo de la pobre flor silvestre que marchita se [illegible] junto al pilar ruinoso, soñando frente a la esperanza de la campiña verde y dilatada, y en mi espíritu resuena como un acorde plañidero y trémulo, trémulo como el adiós de su [illegible], su:

—¿Se va, mozo; se va ya?...



## REFLEXIONES DEL CAMINO

*Muchas personas hoy, están persuadidas que hemos llegado al final de los civilizaciones y que después de nosotros el mundo perecerá. Es, tal vez, una especie de consuelo decirse que el universo no nos sobrevivirá. Por mi parte, no descubrí en la humanidad ninguna señal de decaimiento. Por más que oigo hablar de decadencia no creo en ella. No creo tampoco que hayamos llegado al grado más alto de civilización. Creo que la evolución de la humanidad es extremadamente lenta y que las diferencias que se producen de un siglo a otro en las costumbres, midiéndolas bien, son más pequeñas de lo que se cree. Pero nos hieren. Y los innumerables parecidos que tenemos con nuestros padres, no lo notamos. El tren del mundo va despacio. El hombre tiene el genio de la imitación. No inventa absolutamente. Hay, tanto en psicología como en física, una ley de gravedad que nos une al viejo suelo... Esta mañana, al pasar por la calle, vi unos albañiles que construían una casa y que elevaban piedras como los esclavos de Thébes y de Ninive. He visto casados que salían de la iglesia para ir al "cabaret", seguidos de su cortejo, y que cumplían sin melancolía los rituales tantas veces seculares. He encontrado un poeta lírico que me recitó sus versos, que cree inmortales; y, durante este tiempo, caballeros pasaban por la acera, llevando un casco de los legionarios y de los hoplitas, el casco de bronce claro de los guerreros homéricos, de donde pendía aún, para aterrorizar al enemigo, la melena móvil que asustó al hijo de Astyanax en los brazos de su nodriza de hermosa cintura. Estos caballeros eran guardias republicanos. Al ver ésto, y pensando que los panaderos de París hacen el pan en los hornos, como en los tiempos de Abraham y de Goudea, he murmurado la palabra del Libro: "Nada nuevo bajo el sol". Y ya me asombraba de soportar leyes civiles que eran viejas cuando César Justiniano formó un cuerpo venerable.*

Anatole FRANCE.

# HISTORIA Y PREHISTORIA

La prehistoria, según la etimología, se ocupa de lo que precede a la historia. [illegible] dos ciencias tiene por objeto común hacer un cuadro de la vida de la humanidad a través de los siglos. Ambas tienen continuidad entre sí; pero son distintas por sus procedimientos de investigación, y se han formado independientemente la una de la otra.

La curiosidad histórica es tan antigua como la humanidad, y en todos los tiempos el hombre ha debido contar a otros lo que ha visto hacer, y éstos, a su vez, hicieron lo propio con lo que [illegible] ían oído contar, naciendo, por tanto, [illegible] este hecho, la *tradición*. Durante largo tiempo, ésta fué la sola fuente del conocimiento histórico que la humanidad tuvo, y los relatos que iban de boca en boca se encargaban de que el recuerdo del hecho ejecutado no desapareciera. Con frecuencia, los recuerdos desaparecían; las emigraciones, al [illegible] r de su patria a los individuos, hacían que fuesen olvidando las cosas que pasaban, para concentrar todo su pensamiento y todo su esfuerzo en las [illegible] presentes.

[illegible] tarde aparece la escritura, y su primer empleo debió ser fijar las convenciones, en vez de proporcionar rituales o códigos. Se llega entonces a conservar los conocimientos más expuestos a perderse, es decir, las tradiciones sobre acontecimientos más o menos lejanos, en los que se tiene un interés especial. Lo que nos queda de estos primeros escritos forman la base de la historia propiamente dicha. Por tanto, la prehistoria se puede considerar como el campo de exploración que se remonta más allá de los primeros testimonios escritos.

Los principios de la ciencia prehistórica son curiosísimos. Durante mucho tiempo se habían observado hachas de piedra pulimentada que abundaban en ciertos lugares, en donde se las conocía con el nombre de piedras del rayo, por creer que eran arrojadas a la tierra en las tempestades. En los siglos XVI al XVIII, diversos investigadores opinaron que esas piedras podían haber sido objetos usados en otras épocas, y por la analogía que guardaban con instrumentos que aun usaban los pueblos salvajes y haberse encontrado, con frecuencia, esas hachas junto a restos de animales ya desaparecidos, se sospechó si la humanidad podría haber tenido condiciones de vida distintas a las que entonces, y desde que hay testimonio escrito, se habían estudiado.

Empezaron los sabios a investigar, y los descubrimientos de especies desaparecidas y de objetos pertenecientes a razas que dejaron de habitar la tierra en épocas remotísimas, hicieron que se diese caracteres de ciencia a los resultados de esas investigaciones y que la prehistoria ocupase un lugar dentro del cuadro de las ciencias.

Y no fué esto solo, sino que aun se dió vida a una división nueva: la protohistoria, que se encarga de llenar la laguna que se quiere hacer existir entre la prehistoria y la historia, laguna que no está determinada científicamente, ya que, lógicamente, si la historia existe desde que la escritura se encargó de perpetuar los hechos y la prehistoria abarca los tiempos anteriores, donde acaba la una debe comenzar la otra.

Se acostumbra a dar el nombre de primitivos lo mismo a los hombres prehistóricos que a aquellos de nuestros contemporáneos que no comparten nuestra civilización. Esto implica algún error, sobre todo cuando se sirven de la interpretación de los objetos de uso para reconstituir la psicología de las gentes que los empleaban. Los primitivos de otras veces eran verdaderamente "jóvenes"; los de hoy son "viejos", o, si se [illegible], "jóvenes muy prolongados". Un niño que se detiene en su desarrollo es un anormal, pero al correr de los años no se lo encuentra exactamente igual a como estaba al interrumpirse su [illegible] arrollo; el fondo primitivo será el [illegible] mo, pero, al mismo tiempo, mostra[illegible] [illegible] ciones [illegible] circunstancias que no [illegible]

[illegible] ria alcanzó conclu[illegible] [illegible] on profundamente las [illegible] [illegible] s sobre el hombre primitivo y las aptitudes de éste para todo [illegible] feccionamiento. Estas conclusiones, [illegible] lógico, pueden reducirse a las [illegible] iguientes:

1.ª La humanidad se remonta a una antigüedad remotísima.

2.ª La humanidad ha atravesado por períodos de vida muy diferentes a los que la historia conocía.

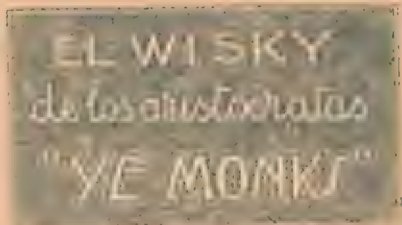
3.ª Su primera industria fué muy rudimentaria, pero la fué perfeccionando progresivamente.

4.ª En los tiempos pasados, la diferencia entre el animal y el hombre era, exteriormente, menor que en la época actual.

Las dos primeras proposiciones relacionan la prehistoria con la geología; la tercera, con la arqueología y la etnología; la cuarta, con la paleontol[illegible] la anatomía comparada y también con la psicología y metafísica. Se relaciona también con la historia de las religiones, ya que examina los orígenes de la humanidad, problema estrechamente unido al de la naturaleza y destino del hombre. Esto ha hecho que algunos vean en esta relación un conflicto entre la ciencia [illegible] la fe, y otros, por el contrario, vean un acrecentamiento de luces, pr[illegible] como todo progreso de la verd[illegible] ninguna razón para perder confianza en la revelación y en la iglesia que es su defensora.

El interé[illegible] de la prehistoria se explica por la [illegible] lad de los problemas de los orígenes, por las nuevas investigaciones que han surgido y por el campo inmenso que abre a la imaginación, para que ésta formule y desarrolle hipótesis [illegible] que parece preferir los titubeos de éstas a las seguridades que da la verdad.

La prehistoria, jalonando las épocas [illegible] janas con un cierto número de acontecimientos rodeados de inmensas zonas obscuras sobre las cuales traza líneas hipotéticas, continúa su camino investigador, y aun cuando no con tanto apasionamiento, se le dedica una preferente atención por cuantos están deseosos de conocer lo que ocurriese a la humanidad en sus primeros pasos por la tierra.




## [illegible]

Al delicado poeta don Jenaro García Oliver.

Un rayo de romántica ternura
refleja tu soneto "La hermosura",
y pasta de filósofo discreto
derrochas en "La muerte", tú soneto.

Te expandes archibién en la mesura
y cultivas el ritmo con soltura.
El concepto ideológico concreto
a tus versos le da rito completo.

Yo quisiera, cual tú, por mi fortuna,
dos tesoros tener, sin pena alguna
que el pobre corazón ciega taladre,

que con riquezas tales nada inquieta,
pues tienes dulce fibra de poeta
y un amigo sin par (tal es tu padre).

**José GUERRERO LOCAMOUX.**

## Un terrible drama de familia

## La cuñada y el cuñado se tirotean en plena calle

### EL CUÑADO CAE MUERTO DE UN BALAZO EN EL CORAZÓN

*Los periódicos de Nueva York dedican gran extensión a un extraño drama de familia que se ha desarrollado en Creasy Creek, Estado de Kentucky.*

*Hace algún tiempo una escritora y dibujante de bastante mérito se casó con un negociante llamado Guillermo Colemán.*

*Hará cuatro meses, un hermano de Guillermo, llamado Ernesto, fué un día a casa de su hermano y le dijo, sin otro preámbulo, que su mujer le engañaba con un amigo.*

*Guillermo llamó a su esposa, y ésta negó profundamente indignada. Añadió que Ernesto se vengaba por medio de esa calumnia de que ella no le hubiera hecho caso antes ni después del matrimonio.*

*Siguió una escena violentísima, que terminó arrojando Guillermo de su casa a Ernesto.*

*La señora Colemán llevó a los tribunales, por difamación, a su cuñado, y logró que lo condenaran en primera instancia. Pero Ernesto apeló y consiguió que fuera casada la sentencia.*

*A los pocos días se encontraron en un tren, y al apearse en la estación la señora Colemán disparó varios tiros de revólver contra su cuñado y lo hirió en un brazo. A consecuencia de esta agresión fué detenida; pero su marido hizo que la dejaran en libertad provisional.*

*Días después, la señora Colemán salió en coche a hacer unas compras. Ella misma guiaba el vehículo. Al pasar cerca de una puerta cochera oyó una detonación y sintió que una bala le rozaba una sien. Volvióse y apercibió a su cuñado Ernesto que tenía un revólver en la mano derecha.*

*Detuvo el carruaje, se puso en pie y sacó su revólver. Ernesto hizo un segundo disparo y mató al caballo que tiraba del vehículo. Ella disparó a su vez. Durante varios minutos los dos cuñados se tirotearon entre la estupefacción de los transeúntes, que corrían en todas direcciones. Una nueva bala de Ernesto agujereó el sombrero de la señora Colemán. Al fin ésta logró matar a su cuñado de un tiro en el corazón.*

*Terminada la lucha, la señora Colemán se dirigió a la comisaría más próxima y se constituyó prisionera, haciendo constar que había obrado en legítima defensa.*

*El suceso ha causado gran emoción en todo el estado de Kentucky.*

## Una expedición científica en el Norte de Arizona

### ¿Fué el dinosaurio contemporáneo del hombre?

Los hechos son testimonios incontrovertibles. Cuando los hechos y la teoría no están de acuerdo, necesariamente, fatalmente, hay que modificar la teoría. El hecho real, palpable, evidente, no admite modificación ninguna.

Recientemente, una expedición científica, dirigida por el eminente sabio alemán Samuel Hubbard, ha realizado un descubrimiento de una importancia verdaderamente excepcional en una de las regiones indias del norte de Arizona (Estados Unidos).

Ese descubrimiento contradice de una manera categórica la teoría, admitida hasta ahora, de que el dinosauro había desaparecido de la faz de la tierra doce millones de años antes de que en ella apareciese el primer hombre.

¿Cuál es el hecho rotundo que contradice la teoría? Pues, simplemente, que los expedicionarios han descubierto una representación rupestre—esto es, plasmadas en la roca—de un dinosauro.

A la objeción de que tal vez esa representación es la consecuencia natural de un contacto de muchos siglos de un esqueleto de dinosauro contra la roca, los expedicionarios responden con pruebas que ellos creen irrefutables—y que nosotros desconocemos,—demostrativas de que no se trata de una representación inconsciente, sino de algo que sólo puede ser trazado, deli[illegible] mente, por una mano humana.

En vista de ello, la teoría tiene que ser modificada en cualquiera d[illegible] dos sentidos: o el dinosauro ex[illegible] aún sobre la tierra millones de [illegible] después de lo que se ha creído hasta ahora, o hay que adelantar la existencia del hombre otros tantos millones de años.

Qué grado de intelig[illegible] de poseer el hombre de [illegible] [illegible] presentaciones rupestres descu[illegible] desde luego, de mucha menos importancia que la del dinosauro. [illegible] representaciones de [illegible] bras monteses y a otr[illegible] ios de animales.

[illegible] fotografías [illegible] de huellas de [illegible] saurios encontradas en terrenos [illegible]

[illegible] que gran parte de la [illegible] se han hecho estos descubrimientos [illegible] rada.

Una nueva [illegible] parando, la cual, [illegible] y más moderno ins[illegible] rio, logrará, si[illegible] huellas del pa[illegible] por este, más [illegible]

# LA VENTA DEL ESQUELETO

Por Hugo Le Roux

Los dislocados abundan en los circos y en las ferias mucho más de lo que la gente se figura.

Entre ellos merece especial mención el célebre Watter, llamado "Hombre serpiente", cuyos movimientos anormales son verdaderamente extraordinarios.

J. H. Watter entra en la pista vestido de mallas negras, con golpes de plata, en la académica postura de Antinoo y nervioso como un ciervo. Creeríase que de un salto podría llegar al techo.

Comienza sus ejercicios echando hacia atrás el busto, hasta que la cabeza toca la articulación de la rodilla, mientras la mano derecha coge uno de los tobillos y la izquierda se extiende en sentido contrario sobre el suelo.

Y esta sorprendente serie de contorsiones termina en una terrorífica actitud, que recuerda las monstruosas visiones de las esculturas góticas.

El día en que me lo presentaron, le elogié con entusiasmo y le felicité por sus triunfos.

—Ya supondrá usted — me dijo — que no habré obtenido en un día de mi cuerpo la prodigiosa obediencia a que está sometido. La misma mañana de mi nacimiento empezó mi padre a abiandarme. Creci con toda la idea de ser el primer dislocado del siglo, y quizá de todos los tiempos, no habiendo tenido yo en toda mi vida ni otra ambición ni otro deseo. Y, sin embargo, aquí donde usted me ve, bajo mi abultado pecho, se ocultan unos pulmones de niño, atrofiados por el aplastamiento constante de mi cavidad torácica. La tisis me amenaza y me matará muy pronto, a no ser que me rompa yo el pescuezo la noche menos pensada, en pleno circo, lo cual sería preferible para mí.

El acróbata me contó todo esto con un tono tan natural y resuelto, que no me creí con derecho para apiadarme de él. Pero como deseaba saber qué sentimiento podía sobrevivir en un hombre de tan mediana cultura al resignado sacrificio de su vida, le pregunté con interés:

—Comprendo, señor Watter, que considere usted los aplausos del público como un salario suficiente, en comparación de sus pasados sufrimientos, de su próximo fin. Pero cuando ha pasado la fiebre del circo, en las horas de soledad y de descanso como éstas, ¿no maldice usted su destino?

El inglés se sonrió, y me dijo:

—Tengo un remedio contra el fastidio, una pasión que me impide meditar. Soy un jugador desenfrenado, y me paso las noches enteras jugándome los miles de francos que me pagan [illegible]mente mis empresarios. Figúrese si soy vicioso, que me he jugado mi esqueleto y lo he perdido.

La terraza del café donde conversábamos se había quedado desierta, a causa de lo avanzado de la hora, y los mozos retiraban ya las sillas.

El "Hombre serpiente" se levantó y me dijo:

—No echan de aquí; pero si quiere usted acompañarme hasta mi casa, le contaré a usted tan curiosa historia.

Al poco tiempo llegamos a un "family house" de la calle del [illegible]. Watter ocupaba un cuarto del piso principal, bastante bien amueblado.

Mi improvisado amigo encendió luz, y cuando estuvimos sentados frente a frente, reanudó su relato en estos términos:

—Hace de esto cinco años. Estaba contratado en Londres, y todas las tardes jugaba al póker en las tabernas con una desgracia inconcebible, perdí todas mis economías, y falto de dinero, concebí la idea de hacer insertar en "La Era" (ya sabe usted que este es nuestro periódico profesional) el siguiente anuncio:

"J. H. Watter, el célebre "Hombre serpiente", desea vender su esqueleto por mil guineas en el acto."

Al día siguiente recibí la visita del famoso cirujano John Adams, médico de cámara, el cual me hizo desnudar, me auscultó, me palpó las vértebras de la columna, y después sacó de su cartera un cheque de mil guineas, que puso en mi mano. Pero la desgracia que me persigue dió muy pronto al traste con la cantidad recibida. Sin embargo, mi contrato subsiste, y para obedecer a una de las cláusulas, viajo siempre con esto...

El "Hombre serpiente" se levantó, se acercó a su cama y sacó de entre los colchones una caja de roble, larga y estrecha, como su cuerpo.

En la tapa se leía la siguiente inscripción:

"Al doctor J. Adams; Champion Terrace. Deumare Hill, Londres".

El acróbata levantó la tapa y vi que el interior de la caja estaba vacío.

—Este — me dijo — es mi ataúd, y viajo siempre con él. Cuando yo muera, me embalsamarán en el acto, y me meterán ahí dentro. ¿Ve usted ese cartel pegado en el interior de la caja? Es una instrucción redactada en cuatro idiomas por el mismo doctor Adams, para conocimiento de mis amortajadores. Ahí tiene usted la instrucción en francés.

El "Hombre serpiente" se acurrucó con una luz en la mano. Yo me arrodillé junto a él, y leí:

"Las personas que coloquen al acróbata J. H. Watter en el ataúd, tendrán la bondad de inyectar en las venas de su cadáver una solución de clorhidrato de mercurio y de vinagre de madera, con arreglo al método del doctor americano Ure.

"A falta de estas substancias, se podrá utilizar una inyección de cerca de cuatro litros y medio de sulfato de cinc.

"Este procedimiento deberá ser preferido, en el caso de que el transporte del ataúd durase más de cuarenta días."

—¿Qué opina usted de todo esto? — me preguntó el acróbata, apenas hube terminado mi lectura.

—Creo — le contesté — que en muchas ocasiones se habrá usted olvidado de hacer figurar en su equipaje ese bulto fúnebre.

Y me sonreí para obligar al inglés a que me revelara todo su pensamiento.

Pero el "Hombre serpiente" me contestó con dureza:

—Nunca se me ha ocurrido semejante idea. Los caballeros como yo no tienen más que una palabra.

## SONATA DE OTOÑO

(Del libro titulado "El hombre del bar y otros poemas", recientemente aparecido)

A Celso Rodríguez

Vuelca el callado otoño
el azafrán y el oro de sus ánforas
sobre la pompa del jardín enfermo
de soledad y olvido. Absortas llamas
incendian el ropón de la arboleda;
el agua de la fuente es lacre y plata;
y, envueltos en perfumes de recuerdo,
en la marchita perspectiva irradian
el inmóvil mercurio del sendero
y el bronce de la estatua.

Allá sobre la torre también vuelca
como un emperador de maravilla,
a manos llenas, pródigo, el otoño
el azafrán y el oro de su vida.
Arden sobre el musgoso frontispicio
orgullosas las armas de Castilla;
cegantes resplandores la vidriera
derrama bajo el arco que la humilla;
y el vetusto balcón al cual asoma
la leyenda su faz descolorida,
fulgura ante nosotros en la tarde
como humana pupila.

También sobre nosotros vuelca otoño
el azafrán y el oro de su gloria.
Nuestros ojos rutilan como soles;
llamean nuestras manos temblorosas;
y un hermoso reflejo que parece
de un sueño la expresión fascinadora,
despide nuestra larga cabellera
al viento que la besa y la alborota.

Otoño es taumaturgo prodigioso;
cuanto toca su mano, se abrillanta.
Mas su luz no es aquella
que el fatigado espíritu reclama;
es fría como el hielo,
y hay tanta angustia en su quietud extraña,
que el corazón ante ella se estremece,
y miedo siente el alma al contemplarla,
bajo el azul pasmado de este cielo
que oprime con su calma.

José María CORVALAN

## EL OSTRACISMO

*El ostracismo, en Grecia, era una clase de destierro temporal, pronunciado contra un ciudadano por el pueblo reunido. No era una pena, sino una medida de seguridad pública que no entrañaba ningún deshonor. El condenado conservaba la propiedad de sus bienes, y cuando transcurría el tiempo legal de su ostracismo, volvía a adquirir todos sus derechos de ciudadano. En Atenas, la duración del ostracismo era de diez años, pero el pueblo podía traer del destierro a los condenados cuando estimase que tenía necesidad de sus servicios.*

*El ostracismo se pronunciaba, sobre todo, contra aquellos cuya superioridad parecía amenazadora y cuya presencia en la ciudad se suponía que constituía un peligro para el gobierno democrático. Se votaba el ostracismo por medio de conchas, que se arrojaban en una urna, y de aquí proviene el nombre. Estas conchas se reemplazaban, a menudo, por un trozo de tierra cocida o por guijarros.*

*En Siracusa se llamaba petalismo, porque la votación se hacía empleando hojas de olivo.*

## Un libro comercial de hace tres mil quinientos años

El Asia Menor es un país en donde es posible encontrar aún vestigios que interesen al arqueólogo, y de cuyo conocimiento se obtengan datos interesantes para la historia de la civilización. La misión checoeslovaca del doctor Petro ha explorado las cercanías de la antigua ciudad de Cesárea que, como muchas ciudades de la región, ha sido reconstruída varias veces sobre el mismo emplazamiento. Cesárea fué griega antes que romana, y su imperio fué famoso, tanto como sus guerreros y sus comerciantes.

En Kul-Tepe ha descubierto un palacio, un templo, y, lo que es más interesante, el barrio comercial de la ciudad. Aquí ha podido encontrar una biblioteca especial e interesantísima, que contiene centenares de tabletas de arcilla, ordenadas por medio de clasificadores de tierra cocida, constituyendo libros de [illegible]

Por [illegible] tres mil quinientos años no sólo eran [illegible] comerciantes que transportaban sus mercancías hasta Caldea y Grecia, sino verdaderos hombres de negocios que poseían una organización comercial [illegible] de un modo que parece privativo de los tiempos moderno[illegible]

# LAS LANDAS

Un ejemplo vivo de lo que puede la actividad del hombre cuando, perseverando en el estudio, se consagra a mejorar las condiciones en que sus semejantes viven y a proporcionarle medios de que carecían, lo tenemos en la región de Las Landas (Francia).

Hasta la segunda mitad del siglo XVIII, Las Landas no eran nada más que vastas extensiones de arena, movidas de continuo por el viento, sobre una plataforma de arcilla y de tierras gredosas. La impermeabilidad de estas tierras hacía que en medio de las arenas existiesen grandes estanques sin salida al mar. Por entre estas dunas malsanas, los pastores, agotados por la fiebre, subidos en [illegible] grandes zancos, conducían los ganados por lugares en donde raramente se veía una brizna de hierba. La ganadería era, precariamente, el único recurso de esta región.

En 1287, el ingeniero Brémontier y los Ruax, de Burdeos, tuvieron la feliz idea de consolidar las dunas y de detener su progresión hacia el Este por medio de plantaciones de pinos marítimos. Bajo su impulso, el bosque creció pujante sobre inmensas extensiones incultas. Los trabajos del ingeniero Chambrelant, comenzados en 1849, completaron el saneamiento del país por medio de un drenaje racional de las aguas estancadas hacia el mar.

De este modo se pudo lograr que la ley de 1857 evaluase 300.000 hectáreas de landas. Como consecuencia de estas plantaciones se ha desarrollado la industria resinera en lo que obtiene trabajo multitud de obreros, así como en la industria maderera que alcanza también gran desarrollo.

Vemos, pues, cómo, gracias a la ciencia, comarcas que antes carecían de todo y no podían habitarse por sus malas condiciones, hoy están pobladas y proporcionan medios económicos en gran cantidad.

## Ante el peligro, los animales son... hermanos

El desbordamiento del río Wesser inundó hace poco tiempo la región de Minden.

Cerca del pueblo de Costedt los vecinos observaron que una zorra, dos liebres y siete conejos se habían refugiado en una pequeña elevación formada por un campo de remolacha.

Como aumentara la crecida de las aguas, el espacio libre se fué estrechando cada vez más, hasta que, al fin, zorra, liebres y conejos tuvieron que estrecharse unos contra otros para poder mantenerse al abrigo de la inundación, y en esta intimidad pasaron los diez animales tres días y tres noches, sin que a la zorra se le ocurriera comerse a ninguno de los conejillos, a pesar de llevar tanto tiempo sin tomar alimento.

Al cuarto día unos vecinos fueron en una barca a salvar a los animalitos. Las liebres y los conejos se dejaron tomar fácilmente, y la zorra se arrojó al agua y a nado intentó alcanzar la orilla; pero le faltaron las fuerzas y se ahogó.

## Menestral

Con este nombre se designaba en la Edad Media a cada uno de los poetas músicos que iban de castillo en castillo entonando sus canciones. En su origen latino, esta palabra significa el que servía a un maestro, y después pasó a indicar especialmente al encargado de las diversiones.

Los vocablos juglar y menestral hubo un tiempo en que se emplearon como sinónimos, pero en el siglo XIV el vocablo menestral se aplicó sólo a los cantores y músicos al servicio de un gran señor.

Posteriormente, perdieron toda su importancia y fueron considerados como vagabundos, pasando la palabra a designar entonces a los oficiales mecánicos, a aquellos que se ocupan en alguna profesión manual y del ejercicio de la misma viven.

## La fábrica de papel más antigua del mundo

En el Japón, en el pueblecillo de Najio, cerca de Osaka, existe la más antigua fábrica de papel del mundo.

Desde hace más de ochocientos años, es decir, desde su fundación, se viene fabricando en ella papel, enteramente a mano.

Una disposición especial, siempre en vigor, ha limitado a cien el número de cubetas que pueden utilizarse en esta fábrica, y como prácticamente sólo un obrero puede trabajar en cada una de ellas y hacer únicamente cuatrocientas hojas de papel por día, la producción es poco considerable y alcanza un precio elevado.

## Las primeras veletas

La veleta más antigua que se conoce parece ser la que el arquitecto macedonio Andrónico colocó en Atenas sobre el monumento llamado Torre de los Vientos.

Durante la Edad Media se acostumbraba poner veletas sobre las torres de los castillos y los campanarios de las iglesias, pero atribuyéndoles en el primer caso una significación de nobleza. A causa de esto su empleo estaba reservado a los nobles. Y éstos las usaban de una u otra forma, según la jerarquía feudal.

En cuanto a las de las iglesias, las consideraba como emblema de los predicadores, los cuales, como las veletas, hacen cara al viento; es decir, dirigen sus palabras de admonición a las almas rebeldes.

## Cálculos

Son sumamente curiosas las observaciones que hace acerca de ellos Ozanan en sus recreaciones matemáticas. Siete personas pueden ponerse a la mesa de cinco mil cuarenta maneras diferentes. El verso compuesto en honor de la Virgen, "Tot tibi sunt dotes, virgo, quot sidera coaela", puede recibir cuarenta mil trescientas variaciones, de las [illegible] mil doscientas sesenta y [illegible] la medida de un verso hexámetro. Si doce personas se ceden el sitio recíprocamente unos después de otros, de manera que puedan todas las situaciones posibles, se colocarán de cuatrocientos diez y nueve millones seiscientos modos diferentes.

## La barba y Mr. C. G. Wake

[illegible] G. Wake, en la "Revue de Anthropologie", hizo observar que son muy pocos los escritores etnologistas que atribuyen a la barba un carácter importante para las razas, y que muchos viajeros han sido tan descuidados, que no han hecho mención alguna de la existencia o ausencia de barba en los habitantes de los países por ellos visitados.

Mr. Wake, después de un laborioso estudio etnológico, deduce que el pelo de la cara es un carácter de gran valor para el antropólogo. Es cosa curiosa el que las razas más civilizadas sean las más abundantemente provistas de barba, y en realidad, las razas sin barba pueden compararse a los niños, y las barbudas a los adultos de la especie humana.



## Un corazón como hay pocos

### El triste amor del joven Rodolfo Raimondi

*El "Daily Chronicle", de Londres, cuenta la historia conmovedora de un [illegible] que durante varios meses anduvo errante por el mundo en busca de una joven desconocida que logró despertar en él una pasión romántica.*

*Hace dos años Raimondi vió en una calle de Londres un cartel de la Cruz Roja Internacional, en el que había representada una joven cuya hermosura le impresionó grandemente.*

*Hizo gestiones y averiguó que para el dibujo había servido de modelo una joven francesa y decidió consagrarse a buscar el original.*

*El artista autor del dibujo le dijo que, en efecto, le había servido de modelo una linda muchacha francesa, pero que ignoraba su nombre y su residencia. Raimondi siguió haciendo gestiones hasta que averiguó el domicilio de su desconocida.*

*Marchó a Francia, y en la casa de la joven le dijeron que ésta había marchado a Nueva York. No hay que decir que en el primer vapor que salía para los Estados Unidos figuraba entre los pasajeros Rodolfo Raimondi.*

*Al llegar a Nueva York, Rodolfo buscó un empleo para poder vivir, pues en el viaje se había gastado sus pequeños ahorros. Las horas que le dejaban libre sus ocupaciones las consagraba a buscar a la joven, por la que sentía tan vehemente pasión.*

*En una fotografía vió una tarde el retrato de su amada. El fotógrafo, sujeto por el deber profesional, no podía darle las señas de su cliente; pero conmovido por el relato que le hizo el apasionado Rodolfo le dió el número del teléfono de la casa de la joven francesa.*

*Entonces comenzó un verdadero calvario para Rodolfo. Pidió comunicación, y tuvo la suerte de que se pusiera al aparato la joven en persona; pero en cuanto Rodolfo le pidió una entrevista la desconocida, indignada, colgó el aparato.*

*Insistió Rodolfo con nuevos llamamientos, y ante tan extraña insistencia, la desconocida y su esposo —pues ha de advertirse que la joven contrajo matrimonio a los pocos días de llegar a Nueva York—sospecharon que se trataba de un loco y acordaron avisar a la policía. En combinación con los agentes, la bella desconocida dió una cita al italiano, y cuando Rodolfo, loco de contento, se vió en presencia de su ídolo, ante el cual cayó de rodillas, los policías lo detuvieron y lo llevaron a presencia del comisario.*

*En presencia de éste la joven formuló su denuncia, y Rodolfo, a su vez, se defendió, contando sencillamente su aventura.*

*No se sabe la impresión que causaría en la joven el relato de la honda pasión que había despertado en Rodolfo, y en cuanto al comisario, convencido de su inocencia, le puso en libertad, a condición de que no molestase más a la hermosa francesa.*

*Raimondi, al saber que su ídolo tenía ya dueño, pidió perdón por su atrevimiento, y una semana después emprendía el viaje de regreso a Londres, dispuesto a olvidar su amor sin esperanza.*

## Los limones de la Dominica

La isla de la Dominica, entre la Guadalupe y la Martinica, es uno de los principales centros productores de limones del mundo entero. Los frutos de oro son tan abundantes, que en la mayoría de los lugares se los recolecta solamente por su cáscara, de la cual se extrae un aceite aromático que entra en la composición de numerosos licores.

Son las mujeres las que principalmente cosechan los limones, los cuales amontonados en los cestos, se transportan a las fábricas, que los descortezan y extraen de las cortezas el aceite. [illegible] frutos una vez pelados, se emplean en confeccionar helados y confituras, [illegible] venden, a bajo precio, en los mer[illegible]

Un gran número de limones s[illegible]tan para Inglaterra y los Esta[illegible]dos, a bordo de vapores frigorífic[illegible]pecialmente construídos, para v[illegible] en Nueva York y Londres.

## En el estado del Ohío, una ley prohibe casarse a más de 100.000 personas

En el Estado de Ohío se [illegible] en vigor recientemente una [illegible] sobre el matrimonio.

Según ella, no pod[illegible] persona que haya estado re[illegible] guna casa de salud o institu[illegible] males.

Se ha formado y mandado a [illegible] alcaidías una lista oficial [illegible] personas a quienes por [illegible]ñaladas se les prohibirá [illegible].

Trimestralmente se re[illegible]ta, añadiendo o [illegible] porque se dice [illegible] ella que apelen [illegible] les levanta el casti[illegible] los casos.

[illegible]

# UNA CORRIDA DE SURIS EN SANTIAGO DEL ESTERO

Por Carlos B. Gómez

(Para "Fray Mocho").

Llámase "corrida de surís" o simplemente corrida, en juerga campera, a la caza del avestruz. Efectúase a caballo y con el auxilio de boleadoras y de perros. Nada de armas de fuego ni de utensilios de uso moderno que robaríanle toda la salvaje belleza que inviste el magnífico espectáculo de fuertes emociones preñado.

(Cuando se habla de la caza del avestruz está implícitamente incluída la del guanaco, de la cabra montés y de toda la salvajina que ofrezca blanco a la bolas o al lazo.)

Aquel que haya presenciado una corrida de surís, pero una *corrida* de verdad, puede estar seguro de que ha visto el más alto exponente de destreza, arrojo y resistencia humanos. Una corrida de surís es superior en todos estos conceptos a las corridas de toros de España, a las justas señoriales del medioevo y a las tragicómicas piruetas de los héroes del Far West. Más hazaña que clavar las banderillas al toro la hay sin duda en bolear un ... que va a la carrera haciendo quie... sesenta o setenta metros de dista... más peligro que chocar las lanzas, forrados de acero y protegidos de fuertes broqueles, lo hay en lanzarse en desenfrenada carrera por sobre toda clase de desconocidos obstáculos, y más proeza que matar hombres con proyectiles de humo y pegar sopapo, sin efectos reales, existe en montar a caballo a la madrugada para bajarse al entrar la noche después de correr, cambiando cabalgaduras, veinte o treinta leguas, sin tregua y sin alimentos.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Con no menos de cincuenta jinetes formóse la caravana que debía efectuar la corrida. Las mejores "bolas" (así se los distingue a los más diestros) llevaban uno o dos caballos de tiro y ocho o diez boleadoras.

Todos los "fletes" mostraban su brillante pelaje adquirido en varios meses de metódico pesebre y entreno imprescindibles para responder con eficacia el día de la prueba.

Durante las cuarenta y ocho horas que duró la travesía me informé de todos los pormenores que constituye una corrida. Supe así que los avestruces y guanacos no duermen nunca en el bosque para no ser cazados por tigres y leones, y sí en escampados donde les es fácil ponerse a salvo de las garras de los felinos. En cuanto amanece intérnanse la mayor parte en la selva. Por eso, por la noche, los hombres circundan el campo hasta una distancia que varía según la calidad de los "gritadores". Estos, que son los encargados de dar la voz de combate, colócanse en los extremos del rodeo y, en cuanto las primeras claridades del día descienden, uno, el más fuerte, da la voz inicial, la que es contestada tan pronto como el eco se apaga en la lejanía.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

—¿Por qué no gritas ya, Román?

—Porque todavía es muy obscuro, niño; espere unos minutos más, mientras tanto cinchemos bien los caballos. Tenga cuidado con Sotreta (así se llamaba mi caballo), pues es un mancarrón aguerrido y de número para estas cosas, capaz de correr solo por su cuenta y riesgo y voltear un ñandú a mordiscones — díjome Román Guerra, el as de los ases de los cazadores de avestruces.

Un rato después de haber dejado listas nuestras cabalgaduras, mi acompañante y cicerone, poniéndose de pie en los estribos, echó el cuerpo atrás y lanzó un alarido espantoso: ¡Ahip..., ahip..., ahip..., pu...; ju..., ju...!

El estentóreo ululato rimbombó con épica sonoridad a través del augusto silencio de la llanura dormida y quedó vibrando como tocata de marimbao.

Todo oídos esperamos la ineludible respuesta. Pocos segundos pasaron y el silencio fué violado por segunda vez. De allá, del confín del campo, como si surgiese del fondo de la tierra, se oyó el eco apenas perceptible de otro alarido formidable: ¡Ahip..., pu.... ju..., ju...!

—¿Oye usted? — me dice Román. — Ese es mi compadre Isidro Sayavedra, el único hombre capaz después de mí, de hácerse oír a dos leguas de distancia.

Amanecía. Su manto de grana apuntaló el sol en el oriente y una vasta claridad se difundió por el cielo y la tierra.

A estos ¡alertas! le siguieron el grito similar de cada uno de los jinetes que circundaban el campo. ¡La batalla comienza!

Román, irguiéndose sobre su caballo, puso una mano de canto sobre las cejas y avizoró la llanura. ¡Ahora sí, ya se mueven!, me dice. ¡Vélo a don Teodomiro en el "Bravo"!... ¡Bah, ya ha errao!... ¡Bujah, ya ha vuelto a errar!... ¡Mal día para uno! Vea nomás, don Alejandro le ha salido al cruce...; ¡ejhen!, ya se las puso de corbata. Mire a don Justo en su "Rosidor"..., es de vicio que le dispares hijito...; ¡ya lo dió vuelta al matrero! ¿Ve? ya se levanta otro... Gambetiá como quieras viditay, donde te vas a escapar..., ¿no le digo? Ya se las colgó al cogote. ¡Tome ese don Justo; dos surís antes que canta un gallo!

Bueno; yo no veía nada. En consecuencia no podía admirar la habilidad de los otros, pero sí la maravillosa vista de este hombre extraordinario. Salía de un asombro para entrar en otro. Primero, su grito; luego, su vista. Las dos cualidades me dejaban pasmado.

—¿Pero adónde, Román, ves todo eso?

—¿Acaso nó los alcanza a ver usted? Mire aquí, a la derecha, y véalo a su tío Ermilio en el "Tordillo"... Ya le dió alcance... ¡Tomá por arisco! ¡Bah, parece que se le va con las bolas... ¡qué lo va a dejar que se las lleve, nunca, nunca... ¿Qué es lo que digo? ¡Ya lo tumbó al canilludo! ¡Machazo grande parece!

Esta vez creí percibir, muy vagamente, algo como la minúscula silueta de un caballo y jinete, pero nada más. Sin embargo me di por satisfecho.

Poco a poco el círculo se fué cerrando. Con claridad distinguía ya cabalgaduras y jinetes aunque sin poder individualizarlos. El espectáculo satisfacía con largueza mi creciente curiosidad. De aquí y de allá los avestruces, de sus camas de pasto, levantábanse y echaban a correr despavoridos ante la extraña silueta y la ensordecedora gritería de los hombres y los perros. Estos, en grupos de cinco a seis, sujetos del cogote por trailas de cuero se desesperaban por tomar parte cuanto antes en la fiesta de la caza, pero sus guardadores no los ponían en libertad sino cuando pasaba en fatigosa carrera, a corto trecho, un avestruz. El lebrel, libre de su molesta prisión, partía veloz y el ave gigantesca era víctima segura. Después, era inútil pretender atraparlo; solo se desvivía en la búsqueda venatoria.

A mi atenta observancia, no pasó desapercibido que los avestruces no perdían el tino ni aun en los momentos de mayor apuro. Siempre buscaban refugiarse en el bosque, pues éste constituía la única salvación. Una vez internados en él, toda persecución resultaba imposible. De ahí que los hombres, conociendo la treta, se antainaban en procura de no dejar grandes espacios libres en los linderos de la selva.

Mientras tanto, nuestros corceles habían trillado no menos de doscientos metros cuadrados en sus incesantes escarceos. Piafaban encabritándose por cumplir su misión, pero nosotros los teníamos bien sujetos por las bridas.

—Román: ¿no vas a matar ningún surí, vos?

—No se apure, niño. No es tarde nunca cuando la dicha es buena. Ya verá como caen algunos mansitos.

—Bah..., si vamos a esperar...

Interrumpime. A no más de cien metros cruzaba un corpulento avestruz seguido de un tozudo perseguidor. Separábalos no más de cuarenta metros — excelente distancia para un tiro de bolsa con éxito seguro; — sin embargo el jinete no parecía dispuesto a arrojarlas aún. No cabía duda: su intención era aproximarse hasta tenerlo a tiro de látigo para no exponerse a un posible fracaso. Tal propósito se hacía difícil en virtud del evidente cansancio del caballo.

Román, picando espuelas, partió como una flecha. Corto trecho anduvo y, ladeándose hacia un costado, desató las "tres marías" y haciéndolas girar con su formidable zurda las lanzó volteando en el espacio. Las boleadoras, después de describir una inmensa parábola pasaron silbando por sobre el irresoluto cazador y, cincuenta metros más allá de éste, fueron a ceñir, con sus brazos enormes, el cuello y las patas del surí que rodó por tierra despidiendo un torbellino de plumas.

El burlado perseguidor, sofrenando el caballo, entre asombrado y colérico volvióse y, al ver el rostro risueño de Román:

—¡Ah, usted tenía que ser!

—¡Pero si sos tan chambón, hijo! ¿Lo querías pillar acaso con las manos?

—¡No todos tenemos el mismo brazo, don Román!

—Bueno, hombre, no te enojes. Al fin y al cabo el bicho se te lo iba sin vuelta. Andá degollalo de lo doy; pero guardame la chuspa.

Cuando Jovino — que así se llamaba el muchacho — volvió con el avestruz inerte y sangriento, nos ubicamos en nuestra antigua atalaya.

Yo no me cansaba de elogiar a Román por su certero y espléndido tiro. El se reía. De pronto, hacia la izquierda, como a una legua de distancia, divisé algo así como una manada de equinos... Miren allí, les dije, parece una tropa de mulas...

—¡Guanacos, guanacos! ¡Estos son los que me gustan! ¡No se retiren de aquí que más tarde vuelvo!

Y esto diciendo, Román, lanzó otra vez la salvaje clarinada del principio, mientras su caballo partía como una tromba, en furiosa carrera.

Le seguimos con la vista. Se agrandaba como se empequeñecía a ratos según eran los accidentes del terreno, hasta que al fin esfumóse en la llanura vasta.

—Dime, Jovino: ¿cómo hará Román para atraparlos a todos?

—A todos es imposible. Algunos que se pongan a tiro no hay duda que han de sentir las caricias de las sogas.

—¿Para qué nos dijo que esperemos aquí?

—Sin duda piensa arrearlos para

## La "humilde" hormiguita

*"La ruin hormiguita", dijo en una ocasión un ilustre escritor y crítico. "La fiera hormiguita", dice un sabio naturista...*

*¡La hormiga león! Los hombres de ciencia han hecho recientemente algunos descubrimientos interesantes sobre el pequeño animal llamado hormiga-león.*

*Se dice de ella que es la criatura más extraña y más feroz que hay sobre la faz de la tierra.*

*Por fortuna para la humanidad, la hormiga-león no alcanza a tener media pulgada de tamaño.*

*Se calcula que si fuera del porte de un individuo corriente, tendría una fuerza mínima equivalente a la de quinientos hombres.*

*Esto la haría comparable al dinosaurio que ha recibido el nombre de "tyranus rex", que era el más gigantesco y más feroz de los monstruos que dominaban el mundo millones de años antes de que el hombre apareciera.*

*La cabeza de la hormiga-león está armada con un par de tenazas, de un tamaño como la de la tercera parte del cuerpo. Dichas tenazas están conformadas como un par de sierras de puntas como agujas y afiladas como sables.*

*Tiene aún otra peculiaridad. El doctor Ranson Sutton, distinguido naturalista que se ha especializado en el estudio de este minúsculo "monstruo", dice que cuando la hormiga-león no tiene alimento, no padece hambre, sino que se limita a dejar de crecer.*

*Se puede uno formar idea de las fuerzas de la hormiga-león por la distancia a que puede arrojar los restos de sus víctimas.*

*En un caso, uno de estos animales arrojó una pata de un insecto a dos metros de distancia.*

*Tomando después el peso, se vió que era equivalente a la quinta parte del de la hormiga-león.*

*Como para hacer esto se vale de los músculos de la cabeza, un hombre de estatura corriente debería lanzar con su cabeza un peso de más de quince kilos a una distancia de trescientos metros.*

*Por fortuna para la humanidad, parece que las condiciones actuales del mundo no son aptas para que la hormiga-león se desarrolle y adquiera un gran tamaño.*

estos lados. Si lo consigue, usted va a mosquetear una caza muy linda.

—¿Vos también piensas bolearlos?

—Y... si me dan tiro...

—No creo que hagas tú nada de provecho. ¿Por qué no boleastes al surí?

—¿Y usted se cree que es bolear nomás?

—Lo que creo es que eres un chambón, como dice Román. El, de doble distancia de la que te separaba a ti, lo venció arrojando las bolas por elevación que es cien veces más difícil.

—¡Bah, si me compara con don Román es claro que tengo que quedar hecho un poroto. ¡Ese hombre deja chiquito al más pintado! ¿Acaso no sabe usted que él es la mejor bola y el mejor lazo de estos pagos? Además, siempre monta los fletes más resistentes, baquianos y ligeros. En ese caballo que usted monta ahora, lo vi, por una apuesta, cortar de la manada al guanaco padrillo y voltearlo a talerazos en pleno campo. Esa hazaña sólo él la ha podido hacer.

Continuamos así, yo interrogando y él respondiendo solícito y amenizando su charla con curiosas anécdotas de corridas pasadas, hasta que los gimoteos de dos perros que a la zaga de un surí venían, en afanosa carrera, nos interrumpió.

—Ahora va a ver que no soy tan chambón como cree — díjome Jovino, y encarando al animal en fuga le envolvió las boleadoras al cuerpo, pero con tan mala suerte que quedaron sujetas al tronco y las alas sin obstaculizar en lo más mínimo las patas, por lo que el avestruz siguió corriendo con idéntica soltura y vigor.

"¡Me las lleva, me las lleva!", oí que gritaba mientras mi caballo emprendía desenfrenada y loca carrera sin que yo intentara impulsarlo siquiera. Inútiles fueron mis esfuerzos por sujetarlo. Ducho el animal en esta clase de actividades volaba mejor que corría salvando obstáculos que a mí se me ocurrían colosales: tuscas, quimiles y hoyos de cuatro y cinco metros de diámetro. Comprendiendo que era imposible detener al bruto y, sintiendo la sensación de que mi pobre humanidad se desplomaba en cada salto, abandoné las bridas y me agarré con fuerza al pico de la montura.

Ahora el avestruz se dirigía en recta dirección hacia la próxima entrada de la selva separado de "Sotreta" que a cinco o seis metros corría paralelamente. Jovino, sin poder alcanzarnos ni ensayar un nuevo tiro por temor de bolear mi caballo, me gritaba:

—¡No me lo deje llevar las bolas! ¡Atájelo que no entre al monte! ¡Meta, meta!

¡Qué diablo iba a meter cuando me creía más muerto que vivo! Todo mi empeño consistía en mantenerme el mayor tiempo posible sobre el lomo del terrible cuadrúpedo. Corría la tierra bajo mis plantas con creciente rapidez y el vértigo me empezó a zumbar en los oídos. Cualquier otro de lo primero que se hubiese acordado, en tales circunstancias, sería de las boleadoras que pendían de la parte trasera de la montura, pero yo sólo me acordaba de mi madre.

Cuando el avestruz se puso a salvo — a salvo estaba desde el principio, — internándose en el bosque, no sabría decir de quién sería el mayor júbilo: el de él al conservar su vida, o el mío al finalizar la tan tenaz como indeseada persecución.

Mi rezagado compañero que llegó instantes después, me reconvino con la vista y amonestó con la palabra:

—¡Alhajita el cazador! ¡Muy a la par del surí más de mil metros! ¿Pero es que usted se creía que era pareja de novios? ¡Diez veces lo menos le hubiese juntado yo las patas y usted, ni ademán siquiera! ¡Lo peor es que a las bolas nos las veré más...!

Le corté la "parola" con una mirada de indignación mientras me tiraba al suelo loco de laxitud y de dolor. Tenía el cuerpo todo magullado y las piernas me sangraban por efectos del roce con la montura... Pero ésto era lo de menos, aunque a ratos me parecía lo de más.

Jovino, al comprender mi situación, cambió de tono y acercóse solícito:

—¡Seguro que se ha escaldao! Tome, aquí tiene sebito de vela; es un santo remedio... ¡Pero qué niño que había sido delicao!

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

El tropel de la manada de guanacos en fuga tenía sonoridades épicas. El "padrillo", con su largo y redondo cuello, atiesadas las orejas, sin perder un ápice la escultórica elegancia de su busto impecable, destacábase al frente. De vez en vez, como dando ánimo a los suyos, su agudo relincho hendía los aires como una clarinada.

Al verlos así, esbeltos y hermosos, hostigados por tres jinetes que luego serían sus verdugos, sentí que se me achicaba el corazón ante aquellos animales que, próximos a palmar, tenían la virtud de ofrecer a mis ojos sedientos de estética, un espectáculo pleno de emoción y de belleza.

—¡Jovino, Jovino, trábame el caballo que se está encabritando!...

—No, niño; tome el mío que es de fácil manejo; yo subiré en el suyo.

Cuando el cambio estuvo hecho, Jovino puso a escape a "Sotreta". Este, que conservaba todos sus bríos, tenía considerable ventaja sobre los otros caballos y los guanacos, fatigados éstos como aquéllos por la larga jornada que venían realizando. Fácil le fué pues aproximarse cuanto quiso y lanzar sus boleadoras con éxito seguro. Al tiempo de arrojarlas casi simultáneamente le gritaron los otros: ¡al cogote, al cogote!; pero fué tarde porque ya las sogas se habían liado a los remos delanteros del más corpulento de los guanacos, es decir, del "padrillo", el que cayó para levantarse en el acto y proseguir su interrumpida carrera. Las hembras, aminorando la marcha, le abrieron un claro para que, pasando por él, ocupara su puesto delantero.

(El guanaco corre juntando las manos y las patas entre sí, es decir, a saltos; de modo que, aunque se le aten éstas o aquéllas no lo imposibilita de correr con relativa rapidez. El cuello es el punto débil; no soporta en él ni el más insignificante lacito por el tremendo escozor que siente. Además las sogas de las boleadoras lo ahogan hasta matarlo a veces).

—¡Eh, muchacho inútil! — gritóle Román — ¿No te dije al cogote? ¡Venid, cambiemos caballo si quieres juntarte con tus bolas!

Instantes después, Román, como si le hubiese colocado con las manos, envolvía las sogas de sus boleadoras al cuello del guanaco jefe, el cual, dando corcovos se estrelló en el suelo. Jovino puso fin a su inquietud pasándole el cuchillo por la garganta.

La manada, al notar la ausencia del jefe — ¡ay, esta vez definitiva! — se detuvo a corta distancia y, con femenina curiosidad, observó cómo perdía la vida aquel macho fuerte y bravío, honra y escudo de la joven guanacada, vencedor implacable de cuanto "huacho" vagabundo le presentara batalla.

Los hombres, aprovechando la humana debilidad de las pobres bestias, las rodearon. Estas, rozándose, remolineaban en estrecho círculo, en tanto que los cazadores, seguros ya de su triunfo, permitían resollar a sus cabalgaduras. De pronto, a una señal convenida, los cuatro demonios de hombres cargaron furiosamente y cuatro guanacas rindieron sus vidas ante ese enemigo para quien no tenían más armas de defensa que la velocidad de sus patas.

Iba a morir la tarde. El sol, con lentitud de beodo malhumorado, descendía al crepúsculo tirando rayas bermejas a lo largo del horizonte campero. En el cielo violeta, algunas estrellitas — quizá escapadas de su río de luz, — sonreían de lo alto. Por la llanura vasta, teatro de tantas proezas, los cazadores retornaban cargados con el botín de sus victorias. A las grupas de los caballos traían al lugar de concentración, "teques" vivos y guanacos muertos y, formando colinas sobre el lomo de los de tiro, con las patas arriba, las alas colgantes y las gargantas abiertas, los avestruces que fueron. Así, en forma tan infame, venían aquellos gallardos animales, que la tarde anterior, huyendo a los felinos del bosque, buscaron en el descampado su salvación y su sosiego, para caer vencidos en las garras de ese otro animal mil veces más temible, con más fiereza y con menos razón.



# LOS LABIOS ROJOS

*En la alcoba malva y celeste, afelpada, llena de encajes y sedas, adornada de cintas, bajo la luz vacilante de una lámpara de cristal rosado, ella, la hermosa yace sobre el lecho, empapada en su sangre, con un puñal en el seno hasta el mango.*

*¿Quién pudo asesinarla, tan joven y tan bella? ¿Quién no tuvo piedad de sus largos cabellos rubios, de su diminuta boca y de su seno fino y fresco como un lirio?*

*¡Oh! Nadie se hubiera atrevido a matar a esa adorable mujer. Es ella misma quien se ha herido.*

*Engañada y abandonada, ha despreciado la vida, y sin la menor vacilación, sin que le temblara la mano, esa delicada mundana, toda frivolidad y todo nervio, tuvo el suficiente valor de hundir la punta del acero en su carne.*

*Ahora ya está muerta, o más bien parece estarlo por la palidez de su frente y por lo descolorido de sus labios.*

*Sin embargo, se ha estremecido; de repente se endereza... y en sus ojos, que ha vuelto a abrir, hay admiración y gran cólera. ¡Cómo!... ¿Vive todavía?... ¿El puñal, entonces, no ha penetrado lo suficiente?...*

*¡Oh! ¡Dejar de morir sería horrible! Ella comprende que su herida es mortal. Si se ha enderezado, es en el supremo espasmo, pero va a volver a caer sobre la almohada y esta vez para siempre. Tanto mejor. Pero da una última mirada y se contempla en el espejo de la alcoba.*

*—¡Vaya!... ¡Qué fea estoy en el momento de entregar el alma! Lo más horrible, sobre todo, son los labios pálidos, tan tristemente pálidos...—Piensa que dentro de un momento entrará gente en el cuarto, que la verán no muy bonita, muy diferente de aquella que en el bosque y en los bailes fué siempre de las primeras.*

*Y ya el postrer suspiro le sube del pecho... ¡Ya todo se acabó!... ¡Se muere!... Pero en la fresca sangre de su herida moja uno de sus dedos, lo pasa temblando por sus labios, una vez, otra vez y otra todavía; sonríe a su imagen y cae sobre la almohada, muerta, rígida, ¡pero con los labios rojos!...*

Catulle MENDES.

# COLABORACION ESPONTANEA

### El vestido de percal

Tú eres más importante de lo que se creería
al verte tan pobrete, tan flácido y sutil;
la carne que tú envuelvas, no puede ser honrada,
quien te luzca, no tiene derecho a ser feliz.

Por eso, no te extrañe que tu dueña, una noche
después de algunas dudas, renegara de ti;
claro que ella ignoraba que arrojaba contigo,
algo de su conciencia; mucho de su vivir.

Llevándote, era sólo la pobre muchachita
fácil a la sospecha, propicia al mal decir,
ahora, envuelta en sedas, dicen quienes la vieron,
que a su paso le rinden honor de emperatriz.

Pero tú no te aflijas, el muchacho de enfrente,
que una vez te estrechara con abrazo febril,
me ha dicho que tu género le dará una mortaja
para enterrar un sueño... ¡Para algo has de servir!...

**E. RODRÍGUEZ GARCÍA.**

### Los sonetos del Paseo de Julio

#### Wuang - Fú

Wuang Fú, ¿tú lo recuerdas? Aquel chino encorvado
que andaba como un duende, que casi nunca hablaba
y en cuyos ojos vagos de un color almendrado
la llama de una triste desilusión flotaba.

Pues bien; las otras noches hallámoslo colgado
del techo. Y su faz ocre la angustia retrataba
de la bárbara asfixia. Estaba amoratado
y aún en sus ojos pardos la triste luz brillaba.

Causaba miedo, pero todos nos santiguamos.
Después al policía de la esquina llamamos.
Se le llevó a la Morgue. Ya nadie supo de él.

Mas, entre medio de esto queda algo sin respuesta,
¿por qué motivo extraño, por qué razón funesta
Wuang-Fú, ungió a su cuello tan trágico cordel?

### Los ídolos

Los ídolos aquellos que tras de los cristales
turbios de "Las 3 bolas" me hablaban día tras día
de yo no sé qué ritos paganos e infernales,
de yo no sé qué sueños de mística utopía.

Ayer no descansaban ya en sendos pedestales
de nácar y basalto. Y ayer sentí la fría
ausencia de esos ídolos de rostros espectrales
y ajados por los rayos del sol de Mediodía.

¿Quién los habrá adquirido? ¿Algún señor de [Oriente?
¿O, alguna inglesa frívola, rubia e impertinente?
¿O, algún coleccionista de raros atributos?

Fuese quien fuese, el caso es que a mí me han qui- [tado
al llevarse esos dioses amarillos y enjutos
algo que se me hacía dulcemente sagrado.

### La pianista del "Ukrania"

Fué una noche maldita. En la ciudad llovía
así como en los pechos lloraban las quimeras
que las brutales manos de la Melancolía
ayer estrangularon en horas tempraneras.

La pálida muchacha de inauditas ojeras
que en el "Ukrania" el piano tocaba, se extinguía,
como se van las flores tras de las primaveras...
¡Sobre su débil cuerpo la muerte se cernía.

Se debatían sus labios en golpecitos secos
de tos. ¡Oh, pobres labios de tanto arder resecos!
Se había empapado toda para llegar al bar...

Como a la medianoche muerta sobre el teclado
cayó, como una estrella que hubiese abandonado
la bóveda del cielo para arrojarse al mar...

**José A. FERRATÉ ACOSTA.**

## El instante del ideal

*Cada botón no florece más que una vez, y cada flor no tiene más que su minuto de perfecta belleza. Así, en el jardín del alma, cada sentimiento tiene su minuto floral, esto es, su momento único de gracia esplendente y de radiante majestad. El astro no pasa más que una vez cada noche por el meridiano sobre nuestras cabezas y no brilla en él más que un instante; así, en el cielo de la inteligencia no hay, si puedo atreverme a decirlo, para cada pensamiento más que un instante zenital, único, en que culmina en todo su brillo y en su soberana grandeza. Artista, poeta, pensador apodérate de tus ideas y sentimientos en ese punto preciso y fugitivo para fijarlos o eternizarlos, porque es su punto supremo. Antes de ese instante no tienes más que sus confusos esbozos o sus obscuros presentimientos; después de él no tendrás más que reminicencias debilitadas o arrepentimientos. Ese instante es el del ideal.*

**Enrique Federico AMIEL.**

### Adoración

Para Edelmira.

Ante los soles divinos de tus ojos
de donde brota ardiente la mirada
en la hoguera triunfal de los antojos
siento abrasarse mi alma enamorada.

Ante la herida de tus labios rojos.
¡Herida siempre bella y codiciada!
Suspirante de amor, caigo de hinojos
ansiando el beso de tu boca amada!

Y ante el prodigio de tu cuerpo hermoso
tan grácil y gentil, tan majestuoso,
triunfante en el sitial de tu virtud...

¡En eróticos delirios yo me inflamo
y sólo sé que te amo porque te amo
con todo el fuego de mi juventud!

**Domingo F. ARIETTI.**

### La lucha

Para "Fray Mocho".

De pronto un grito salvaje,
tajeó el silencio en la selva,
que conmovió sus entrañas
rebosante de fiereza.
Se hallaba un fuerte Titán,
con la dorada melena,
de mirada escrutadora,
y de presencia altanera;
frente a su presa segura,
que triste se balancea,
viendo próximo su fin,
en este mundo de penas.
El león y el cervatillo,
que después de luchar deja,
entre el boscaje su cuerpo,
y en el aire una querella.

Lucha, lucha inútilmente
con sus cuernos, sin certeza,
hasta caer derribado
por un golpe en plena testa.
(Y mientras se oyen zarpazos
y uno del bosque se aleja,
parece que va muriendo
el furor de la pelea.)

Ah..., el hombre también lucha
con la maña de un atleta,
y en el circo que es la Vida
cae manchando las arenas.
(Y la lucha es tan sañuda,
tan potente, tan revuelta,
cual la que se sigue oyendo,
en la enmarañada selva.)
Y la Muerte y el Destino,
a cada rato lo acechan,
como las fieras que buscan
muy famélicas su presa.
¡Oh..., es cierto que la Muerte
al humano ser espera!
¡Oh..., que es la Vida del hombre
una continua pelea!

**Raúl MANAUT.**

### Levántate y anda

Al capitán de fragata don Eduardo Mario Sáez, recuerdo.

Hace tanto tiempo que la pluma mía
se trocó silente, sin decir ya nada
de sus esperanzas, ni de su alegría,
ni de la cien veces bendecida amada.

Pluma silenciosa que ya nada dices
mercantilizada por la vida diaria.
Pluma silenciosa que nada predices
y te has vuelto mala, mala utilitaria.

Revive; oh pluma tus ensoñaciones.
sacúdete el polvo o acaso la escarcha
que te ha vuelto fría, y a los corazones
háblales de nuevo. Reinicia la marcha.

¡No ves que el camino está lleno de flores!
¡No ves que la noche se ha vuelto más clara!
¿Acaso murieron todos los amores?
Vamos, mi pluma; ¡levántate y anda!

**José DOLGOPOL.**


# FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — Buenos Aires
De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados: de 9 a 12
U. T. 428, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

| En la Capital | En el Interior | En el exterior |
|---|---|---|
| Trimestre. . $ 2.50 | Trimestre . $ 3 00 | Trimestre $ oro 2.00 |
| Semestre . . „ 5.00 | Semestre. . „ 6.00 | Semestre. „ „ 4.00 |
| Año. . . . „ 9.00 | Año . . . . „ 11.00 | Año. . . „ „ 8.00 |
| N.º suelto. . 20 cts. | N.º suelto. . 25 cts. | |
| N.º atrasado. 40 „ | N.º atrasado. 50 „ | |

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.



# CONOCIMIENTOS UTILES

### PULIMENTO DEL VIDRIO

Cuando se quiere pulimentar un vidrio cualquiera, por ejemplo, el de una puerta, basta con untarlo simplemente con blanco de España, diluído en agua de goma; pero esto es de poca duración y debe renovarse muy a menudo. Para salvar este inconveniente cambiaremos el blanco de España por la composición siguiente: Se disuelven, en caliente, 150 gramos de cola fuerte en 500 de agua, y se añade una pequeña cantidad de alumbre; se da una capa de esta solución y se deja secar. Después se aplica por encima, con un pincel, dos capas de clara de huevo y se deja secar nuevamente. Por último, se tapa ligeramente y sin frotar con un trapo empapado en alcohol.

### PARA QUITAR EL MOHO

Pueden limpiarse fácilmente los objetos metálicos cubiertos de una capa de moho sumergiéndoles en una solución saturada de cloruro de estaño. Cuanto más espesa sea la capa de moho, más tiempo debe estar sumergido un objeto en la solución. Por lo general, doce o catorce horas son suficientes. Se debe procurar que la solución sea muy ácida, para evitar que sean atacados los metales. Cuando se juzgue que los objetos han estado el tiempo suficiente en el baño, se les retira, se les lava con mucha agua y después con amoníaco, y se les seca rápidamente. El metal adquiere el aspecto de plata mate.

### MODO DE TRABAJAR EL ÁMBAR

En su estado natural, el ámbar amarillo es duro y muy frágil. Trabajar el ámbar sería, pues, una labor muy difícil si no existiera el procedimiento que vamos a indicar. El aceite de lino caliente tiene la propiedad de ablandar el ámbar, hasta ponerlo así en estado pastoso. Se calienta, pues, esta resina fácil con aceite, y entonces, por presión, se le da las formas más variadas. Así, los trozos de ámbar sobrantes se ablandan y se reúnen en masa, formando como un bloque, del cual, a su vez ablandado, se obtienen todas las figuras que se deseen.

Para componer objetos fabricados con ámbar se pone sobre los pedazos de la fractura un poco de potasa o de resina cáustica en disolución, se unen los trozos y se calientan ligeramente; se ablanda el ámbar y la soldadura se efectúa con la mayor facilidad.

### CÓMO SE HACE LA MASILLA

He aquí la composición, bien sencilla, de la masilla de los vidrieros, de gran utilidad en sinnúmero de circunstancias, bien sea para ajustar los grifos en las fuentes o para recomponer las piedras rotas de los depósitos de agua.

Colocaremos 500 gramos de resina en un recipiente y la fundiremos al fuego. Una vez fundida se añaden 60 gramos de cera amarilla, y después, por partes, la mezcla siguiente: ladrillo o porcelana pulverizada y tamizada, 250 gramos; limadura de hierro, 60.

Se mezclan bien estas substancias con la cera y la resina hasta que la masa presente una consistencia conveniente. Esta masilla se emplea en caliente. También es necesario elevar un poco la temperatura de los objetos sobre los cuales se desee aplicarla. Se puede conservar en papel aceitoso, y si cuando se la funde de nuevo queda muy dura, se le añade un poco de sebo o de cera.

**Nota.** — Pueden reemplazarse los 60 gramos de cera por 30 de sebo.

### PARA DAR COLOR NEGRO A LA MADERA

Con una encina corriente se puede fabricar un bonito color negro, de hermosa apariencia de madera de ébano. Para ello es necesario poner en remojo, en ácido sulfúrico y durante una media hora, las tablas u objetos que deseamos hacer cambiar de color. Se retira la madera, se la lava y, después de secarla ligeramente, se frota con esencia de trementina varias veces. No falta más que pulimentarla por los medios conocidos. Conviene tomar muchas precauciones al manipular el ácido sulfúrico, pues ya es sabido que es una substancia muy peligrosa.

### CÓMO SE CONSERVA EL DORADO DEL COBRE

Para conservar el cobre dorado se pasa rápidamente un pincel mojado con una mezcla hecha de tres partes de agua y un cuarto de amoníaco, y se deja secar. Si esta mezcla está bien hecha, desaparecen todas las impurezas de los dorados. Se puede emplear este procedimiento para los marcos de los espejos o de los cuadros.

### PARA PEGAR PORCELANA, CRISTAL, ETC.

Uno de los inconvenientes que presentan la mayor parte de los cementos líquidos preparados que se venden en el comercio para pegar los objetos de loza en general, se debe a la forma de fraguar, que lo hacen de modo parecido a la resina, constituyendo un cuerpo semejante, por el brillo y la fragilidad, al cristal, pero de un color sepiagrisáceo que hace resaltar mucho la unión de las partes pegadas.

La fórmula que vamos a dar salva este defecto en su totalidad, siempre que se tenga cuidado de recoger hasta los pedazos más pequeños y la paciencia de amoldarlos debidamente para reconstituir por completo la pieza rota. El resistir el agua caliente a una temperatura de 75° a 80°, la hace ser aún mucho más práctica que los productos comerciales que carecen, generalmente también, de esta otra cualidad.

Su preparación no puede ser ni más sencilla ni más económica: basta batir ligeramente un poco de clara de huevo e irla añadiendo harina hasta formar una papilla homogénea de una densidad análoga a la del engrudo recién hecho.

Una vez obtenido esto y bien limpios los bordes rotos, aplíquese sobre ellos, no importando el que el pegamiento sobresalga al exterior, siendo aún mejor no quitar los rebordes hasta que esté completamente seco, en lo que tardará unas 36 horas. Pasado este tiempo, bastará rasparlos suavemente con una navajita para hacerlos desaparecer.

Como este producto no es de una adherencia muy rápida, es conveniente se aten las partes recién pegadas, mientras tarde en secarse, con una cinta, obteniéndose así una unión completamente perfecta.

### EL ÁCIDO IPECACUANO

Es un ácido tónico que se ha encontrado en la raíz de la ipecacuana. Para obtenerlo se precipita con subacetato de plomo el cocimiento alcohólico de la raíz, se lava el precipitado con alcohol y se disuelve el ácido acético diluído; una vez hecho esto, se precipita nuevamente la solución con subacetato de plomo y amoníaco, se mezcla el precipitado con éter, se descompone con hidrógeno sulfurado, se evapora el líquido filtrado en corriente de anhídrido carbónico, se disuelve el residuo en agua, se descolora la solución con carbón animal y se filtra.

Evaporado luego en corriente de anhídrido carbónico, se obtiene una masa amorfa, pardorrojiza, de sabor amargo, soluble al agua y al alcohol, y que puede reducir las sales de plata y de mercurio.

### LA ELECTRICIDAD Y LA FRUTA

En California, antes de expedir las naranjas, limones, etc., para que éstos se puedan conservar en el camino y lleguen a los puntos de venta en buenas condiciones, se les somete a la acción del calor y del gas etileno. Recientemente se ha descubierto un nuevo procedimiento, el cual consiste en reemplazar este tratamiento y someter las frutas a la acción del calor eléctrico.

Las cámaras establecidas para este tratamiento tienen 8 metros de largas por 5 de altas. Después de haberlas llenado de frutas se regulan los elementos generadores de tal modo, que en ellas haya una temperatura de 25 a 30°. Una vez conseguida esta temperatura, se hace pasar gas etileno a las cámaras. Por el efecto combinado del calor y el contacto del etileno, los poros de las frutas se abren y los peligros del transporte son menos de temer.

### CALENTADORES PARA LOS PIES

El acetato de sosa cristalizado, disuelto en agua caliente, tiene la propiedad de retardar mucho el enfriamiento, gracias al calor latente de fusión que posee esta sal y que deja en libertad cuando pasa del estado líquido al estado sólido.

Se disuelven 1350 gramos de acetato por cada litro de agua. La temperatura del recipiente que contiene tal solución se hace crecer gradualmente hasta unos 54 grados centígrados. Esta temperatura que corresponde al punto de solidificación del acetato de sosa queda casi estacionaria durante algunas horas.

### PARA CONSERVAR LAS FLORES

Las flores cortadas se conservan frescas muy fácilmente. No hay más que meter los tallos en agua caliente y dejar que ésta se enfríe.

Las rosas pueden soportar la temperatura del agua hirviente.

Cuando el agua se enfría se echa un poco de bicarbonato de sosa, y de este modo se logra que las flores estén frescas lo menos quince días.

## Los héroes de la fantasía

### Tartarín de Tarascón

*Tartarín es un hombre pacífico, un buen hombre, que dicen los españoles; pero un buen hombre cuya lectura favorita son los libros de viajes, las emocionantes narraciones de cacerías en regiones inexploradas y las novelas de aventuras, y Tartarín deplora no haber nacido explorador, o por lo menos gaucho o capitán pirata.*

*Tartarín tiene en su casa un verdadero museo: armas de salvajes y de beduínos, flechas envenenadas y mazas terribles. Tiene también un baobab en miniatura. Y en su imaginación van y vienen constantemente, saltan y gesticulan, amenazan y hieren los salvajes, negros o rojos, que empuñaron un tiempo aquellas armas y se sientan al pie de los hermanos mayores de aquel baobab. Tartarín los siente, los espera, se arma contra ellos cuando se atreve a trasnochar... Y, es claro, en aquel pacífico Tarascón, donde no hay otro Amazonas que el Ródano y donde, por falta de fieras, se dedican los cazadores a tirar a sus propias gorras, los salvajes, los piratas, no llegan nunca.*

*En cambio, llega otra cosa: llega un león. Es un león de "menagerie", es cierto, pero al fin un león de carne y hueso, un león que ruge, como los que en Argelia mataba el famoso Julio Gerard. El león desafía a Tartarín a través de los barrotes de su jaula, y el héroe acepta el reto, aunque no sin vacilaciones y dudas que son durante largos días la comidilla de Tarascón. Tartarín luchará con un león; pero no con el león enjaulado, degenerado por la esclavitud, sino con el león libre. Tartarín, como Gerard, se irá a Argelia a matar leones.*

*Sólo que desde Gerard a Tartarín median muchos años, y cuando el fantástico tarasconense llega a Argelia, allí no queda ni un león; la civilización los ha arrojado al otro lado del Atlas. El aspirante a héroe de aventuras novelescas, con su traje de zuavo y su arsenal de caza, sólo consigue hacer el ridículo entre moros y cristianos y ser explotado por todo el que vislumbre bajo su fez rojo su hucra testa de meridional. Y después de matar un borrico y un león domesticado, enfermo, viejo y mucho menos temible que aquel otro que rugía dentro de su jaula en Tarascón, Tartarín se vuelve a casa cariacontecido, sin más trofeo que la piel del pobre felino cuyos sufrimientos ha cortado con su hazaña cinegética.*

*¡Ah! También se lleva a Tarascón un camello, un pobre camello que compró para estar más en carácter y que se obstina, con testarudez de verdadero camello, en no separarse de su amo.*

*El corcovado rumiante y la piel del león enfermo son títulos suficientes para que Tarascón reciba a Tartarín en triunfo. Y Tartarín, que no ha corrido las aventuras que soñaba, que no ha visto las fieras que buscaba ni los enemigos que temía, sigue creyendo en sus aventuras, y en las cacerías peligrosas, y en las luchas con los beduínos, y jamás agota el tema de las narraciones que empiezan: "Cuando yo estuve en Africa..."*

. . . . . . . . . . . . . . . . .

*Tartarín dista mucho de ser un segundo Don Quijote, como pretendió Daudet. Pero de todas las maneras, es el símbolo de un pueblo, de una región, y casi diríamos de un aspecto de la humanidad. ¿Quién, por sesudo que sea, no se ha sentido alguna vez un poco fantástico, o lo que es lo mismo, un poco Tartarín?*

# EL TEATRO — CRÍTICA - GLOSAS - HUMORISMO

## CASAUX ESTRENÓ "JUDÍO"

Una nota exótica dentro de su repertorio habitual, dió la compañía de Roberto Casaux, al poner en escena "Judío", de Ivo Pelay, clasificada de folletín escénico en tres actos e inspirada, según declaración de su autor, en el relato "Una entrevista con el señor Shylock", que forma parte del libro de Alberto Gerchunoff, "La asamblea de la bohardilla".

Desde luego, el asunto de la pieza y el tipo protagónico, si no tienen mucha originalidad por haber sido ya tratados por otros escritores, son siempre de actualidad, como que aluden a la situación de los judíos en el mundo, raza dispersa sobre la que pesa la maldición bíblica.

Un diálogo entre un misionero cristiano y un mendigo semita, abre a manera de prólogo la obra del señor Pelay, y de ese diálogo donde uno y otro se refieren a sus ideales, se intuye en parte lo que va a ocurrir en el desarrollo de la pieza. El misionero, manso y suave, continuará predicando la bondad como medio de solidaridad humana; el judío, rechazado por el mundo, pondrá en juego el tesón de su raza, que no se detiene en preceptos éticos para alcanzar el triunfo material. Es así cómo vemos que Shylock entra en la ciudad y se vale de una especie de "chantage" para lograr asilo en la posada con sus dos hijos, amenazando al comisario de la localidad con revelar ciertos crimen que permanece ignorado. Poco a poco, valiéndose de medios repudiables, el judío domina la situación. Adquiere, sin dinero, la posada, única operación mercantil aparentemente aceptable; arroja de su sitial a la autoridad policial y de la dirección del periódico local al hombre que, por amor a su hija, le ha servido de instrumento para la consecución de sus propósitos egoístas e innobles y termina por constituirse en algo así como el dueño del pueblo, no sin quebrar antes los amores de su hija, tiernamente amada por el periodista cristiano, e imponerle la boda con uno de su raza.

Como puede advertirse, la obra del señor Pelay carece de nobleza ideológica y es una apología del egoísmo sórdido de los judíos, que en nombre de la injusticia de su situación en el mundo, pretenden aliarse para dominarlo económicamente. En este sentido, es antipática y hasta repugnante a los preceptos de la moral.

No sin dejar de reconocer que "Judío" acusa la mano de un autor experto en lides teatrales como lo es el señor Pelay, corresponde aceptar como muy exacta la clasificación de folletín, por el número de episodios inverosímiles que se suceden en su desenvolvimiento y que le dan por momentos carácter de novela escenizada.

El señor Casaux realizó una de sus más felices creaciones en el tipo de judío que encarnó, admirablemente caracterizado. A su lado, las señoras Mary, Palomero y los señores Palomero, Costanzó y Sande se desempeñaron plausiblemente.

## "KETTY", EN EL AVENIDA

Ha logrado un éxito rotundo en el Avenida, la opereta del maestro Hirsch, "Ketty". Hacía tiempo que entre nosotros no actuaba una compañía de operetas montada al gusto moderno. La afición que el público ha demostrado por la revista, como expresión genuina de espectáculos de visualidad, desvió hacia ese género la empeñosa competencia de los empresarios y tomó rápidamente tal auge la revista en nuestros escenarios que no sólo copó una buena parte de ellos sino que se logró realizar admirables representaciones por su fastuosidad y buen gusto.

Quizá un poco cansado ya el público de ese género de espectáculos, muy bien vestidos pero casi sin contenido alguno en su mayor parte, es este el momento de renovarse y encauzar la corriente propicia del mejoramiento decorativo de nuestra escena por otros alveos de mayor ambiente y capacidad artísticos, y ninguno ofrece campo más adecuado para esta expansión que la opereta. Así lo ha entendido la empresa de la compañía Plus Ultra, ofreciendo en el Avenida la última palabra del buen tono y del chic escénico con la opereta "Ketty".

Una influencia decisiva en el éxito de esta agradable opereta, cuyo libreto en versión castellana es ingenuo y galante como el de todas las obras del género, la ha tenido en parte la inspirada música del maestro Hirsch, alegre, jovial, fresca y bien matizada, y más aún la actuación personal y la dirección del actor alemán Urban, que ha confirmado ampliamente los prestigios con que había llegado hasta nosotros. Este actor agrega a su fina gracia e intención, un absoluto dominio de la escena y un caudal inagotable de recursos propios de segura comicidad. El mismo acento alemán y la dicción deformada caricaturescamente de propósito, dan a los personajes que este actor encarna una mayor fuerza de gracia y simpatía.

Inés Berutti, que desempeñó el papel de la protagonista, se condujo con todo acierto a través de una serie de escenas chispeantes en las que logró poner a prueba con éxito sus condiciones de actriz y de cantante. El barítono Ferrer y el bajo Meana son dos figuras de primera calidad para la opereta y en cuanto a la contribución de los demás y al vestuario, no hay nada que objetar. El teatro repleto todas las noches.

## EN EL APOLO SE ESTRENÓ "SALVAME, HERMANO"

De vodevil clasificó el autor, don Miguel H. Escuder, su pieza "Sálvame, hermano", ya estrenada con otro título en Montevideo. En rigor, se trata de una pochade, lo cual facilita su comentario como facilitó su construcción al autor. La pochade admite mayores absurdos en las situaciones que el vodevil, género de más dificultades, por tener que justificar los episodios principales.

Sobre la base de un equívoco, el señor Escuder ha escrito una pieza entretenida, ágil, que ofrece como puntos débiles la similitud de situaciones y diálogos en alguna parte (bien que no por esto pueda hablarse de plagio), con otras obras ya dadas en los escenarios nacionales.

Los actores Arata y Morganti dieron relieve a sus papeles, así como las actrices Bernal y Ganglof, que tienen a su cargo partes importantes.

El público rió mucho la pochade y determinó un buen éxito, posiblemente largo para esta compañía, que ya con "Los distinguidos reos" lo viene obteniendo de varias semanas atrás.

## "DOS MUCHACHOS MODELOS", DE RICARDO HICKEN Y RENÉ GARZÓN, EN EL SMART

Los hermanos Ratti han encontrado en la pieza últimamente estrenada por ellos en el Smart, campo propicio para el desarrollo de su vis cómica en gran escala. Nos presentan los autores de esta pieza a dos pobres diablos que, elegantemente vestidos por una sastrería, les sirven de propaganda callejera y aún doméstica, como modelos del irreprochable corte de la casa. Su suerte los lleva al hogar de una señora que sueña con grandezas sociales y cuyas dos hijas se enamoran de los trajes de los maniquíes. La dama les advierte que ella siempre ha soñado para sus hijas dos muchachos modelos, a lo que ellos pueden responder satisfaciéndola ampliamente, dada su condición de tales. Sobre esta base ingeniosa están trazados tres cuadros llenos de buen humor, especialmente el primero, en el que se plantea la fábula y que es también el más rico en felices ocurrencias.

Como decimos, los hermanos Ratti sacaron mucho partido de sus papeles, jugando la obra con gran eficacia. Chela Cordero y Enriqueta Mesa, así como Mariño y Cullen, en papeles menos importantes, se desempeñaron muy bien.

## MUIÑO ESTRENÓ "EL CABO BRAVO"

Un sujeto muy simpático y que, interpretado por el actor Muiño se destaca aun más, es el que ha elegido como protagonista de su sainete "El cabo Bravo", don Octavio P. Sargenti, autor que lleva un buen número de éxitos con pochades, que escribe con mucha habilidad e ingenio, al punto de ser poco menos que un maestro en el género. Ahora, con esta obrita, Sargenti vuelve los ojos a sus primeras producciones, sainetes, algunos de los cuales gustaron mucho.

Quizá, habituado a las pochades, este autor se ha sentido un tanto vacilante al escribir "El cabo Bravo", que adolece de falta de cohesión escénica y de ciertas precipitaciones. Ello no obstante, es un discreto sainete, donde sobresale, por sus relieves, el protagonista, un cabo de policía modelo como autoridad y que extiende su rectitud y nobleza al terreno privado, constituyéndose en una suerte de pequeño apóstol del barrio.

Con Muiño, que interpretó con mucha soltura ese personaje, actuaron con eficacia la señora Conti y los actores Bono, Blanco y T. Podestá.

## "EL ORGULLO DE ALBACETE"

Con gran éxito fué repuesta en el Mayo la divertida comedia de Paso y Abati, titulada "El orgullo de Albacete". Esta vieja pieza que, a pesar de la influencia de los años en el gusto del público, mantiene siempre su chispeante ingenio con la misma eficacia reidera, fué interpretada con todo acierto por los elementos del conjunto Juárez-Sanjuán, destacándose muy especialmente las dos primeras figuras, que dieron a sus respectivos papeles una gran fuerza de comicidad. La sala llena de público confirmó una vez más que las buenas piezas de cualquier repertorio tienen siempre público abundante cuando son bien representadas, y así ha ocurido esta vez. Continúa en esta forma desarrollándose con gran fortuna la temporada que iniciara Sanjuán y que con el refuerzo de Juárez ha quedado sólidamente constituída como para resistir toda la estación y todo el año teatral.

## LLEGÓ EL AMOR EN EL LICEO

Si no ha sufrido una nueva postergación, ya debe figurar en el cartel de Blanca "El amor de don Ramiro", poema dramático de Eduardo R. Rossi y Alberto Ballerini, que se venía ensayando con especial cuidado de largo tiempo a esta parte y cuya presentación escénica debía "epatar" a los espectadores.

Esperamos comentarlo en el próximo número.

## VIENTO EN POPA EN EL ARGENTINO

El inimitable Parra prosigue navegando en su dirigible como en el mejor de los mundos. Su sala se ve noche a noche de bote en bote, como no podía ser de otro modo tratándose de una barquilla de la mejor calidad cómica e intalada en un aparato aéreo cuyos motores son dignos rivales de los del "Plus Ultra".

De ahí que corran las representaciones —más que correr, vuelan— de "Mar del Plata a Sevilla, etc.", rumbo al infinito.

"La obra inferior" a que aludieron ciertos críticos miopes, resulta una gran obra para el público, que la juzga del punto de vista que corresponde juzgarla: como la obra de un bufo.

## PATRIOTISMO ESCÉNICO

El éxito de la reposición de "La porota", aplazó el estreno de "Patria nueva", cuando ya estaba resuelto darla a conocer. Suponemos que a la fecha, el acontecimiento se habrá producido y con buen resultado, toda vez que en los ensayos se destacaba ya la excelencia de la nueva pieza de Discépolo.

En otra edición, la comentaremos.

## EL FAMOSO EMBRUJO

Hay obras predestinadas a la notoriedad, no sólo por sus méritos, sino también por otras circunstancias ajenas a los valores literarios. "El embrujo de Sevilla", la admirable novela de Carlos Reyles, al pasar al teatro tenía que conservar su notoriedad pública y por si la labor realizada por el comediógrafo no respondía a los méritos de la novela, el estreno de la pieza teatral ha ido precedido de un pequeño escándalo de prensa por la discusión de derechos que se atribuían los editores del libro y el autor de la comedia. Afortunadamente todo se resolvió en buena paz y la obra ha debido de ser estrenada en la semana anterior. Nosotros, en la próxima, dedicaremos el comentario que merezca.

## LAS BUENAS NOCHES DEL MAIPO

No hay que hacerle. El Maipo ha impuesto sus espectáculos en forma tal que ningún otro de su género puede hacerle sombra. Las reformas introducidas en las revistas "Labios pintados" y "Lo que gusta a las mujeres", así como la incorporación de las dos orquestas ruidosas con que ameniza las funciones, aseguran todas las noches casi un lleno completo, como en días de estreno sensacional o en las primeras representaciones de una pieza de éxito.

No obstante el excelente tren en que corren las dos revistas citadas, hemos palpitado en este teatro la proximidad de que se introduzcan novedades en el cartel. Y debe ser algo interesante, ya que la empresa se aventura a desalojar del programa dos revistas que dan entradas tan extraordinarias.

## EN LA COMEDIA

Las revistas criollas que constituyen el programa de labor de la Comedia, atraen mucho público, ese público más modesto en sus aspiraciones visuales que Altamiranda, porque compensa con la gracia del diálogo la falta del lujo fastuoso de las revistas de corte extranjero. "The Cataluña Girls" y "La primera sin tocar", son dos revistas animadas y entretenidas, que llenan el cartel y la sala del teatro.

## NOCHES ATENIENSES

Nos referimos a las representaciones de la comedia de Martínez Cuitiño, "Noche del alma", cuya excelente interpretación por Camila Quiroga, en el Ateneo, lleva bastante público a esa sala.

Probablemente el primer estreno de esta compañía, en fecha que no es posible anticipar, será la pieza de Juan Carlos Dávalos y J. Serrano, "La tierra en armas".

## REVISTA POPULAR EN EL SAN MARTÍN

Con buen sentido de la realidad, la empresa del San Martín resolvió reducir el precio de las localidades para poner sus espectáculos al alcance del público que no quiere dar más de un peso por una hora de distracción. Con esta reforma tributaria ha reforzado sus entradas el San Martín y cuenta ahora con bastante concurrencia, que aplaude "Saltó la bola" y "Del tango al charlestón", con el mismo calor que si se tratara de un espectáculo de uno cincuenta.

## NUEVO DIRECTOR ARTÍSTICO

El conocido periodista señor Octavio Palazzolo, dedicado de largo tiempo atrás a la crítica teatral, cometido que cumplió siempre con valentía e inteligencia, acaba de ser designado director artístico de la compañía nacional que actúa en el Sarmiento, a la que seguramente imprimirá nuevos rumbos artísticos.

## LAS REVISTAS DEL FLORIDA

Con numeroso público, hizo su presentación en el bonito escenario del Florida, la compañía de revistas que organizaron y dirigen los periodistas y autores César Bourel, Mario Bellini y Raúl Doblas.

Hay poco ya de nuevo que ofrecer en materia de revistas; pero aun cuando no sobre originalidad en las novedades que se ofrezcan en el género, el ingenio de los escritores suple con las variantes que se introducen en los cuadros, la novedad que espera el público.

En este sentido, "Las porteñas me gustan más" y "Se lo voy a contar a mamá", piezas con que debutó el conjunto, son buenas expresiones del género. Vistosas, equilibradas, con cuadros atrayentes y bien dialogados, donde no falta la ironía y la intención de sátira, nuestro gusto se inclina por la primera, que nos parece mejor por su construcción y la gracia de muchos de sus cuadros, bien realizados e interpretados con soltura.

Así también lo sancionó el público, que mostró su agrado en largos aplausos, que se extendieron a autores e intérpretes.

## GRAND SPLENDID

La película de la Fox, "Sin bandera y sin patria", fué muy celebrada en esta aristocrática sala, punto de cita de las familias más distinguidas de Buenos Aires.

Para la semana en curso, se ha preparado un excelente programa, que atraerá la atención del público, siempre ávido de buenas cintas.

## CAPITOL

Esta bonita sala dedicada al cine, realiza sus funciones con numeroso público selecto, que acude a presenciar las notables producciones que proyecta la pantalla y que demuestran la preocupación de la empresa por ofrecer lo mejor del género. En estos días se pasarán bellas cintas.

## HUMANIDAD

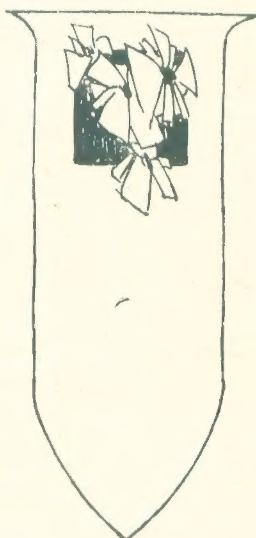
*La humanidad es el resultado de la totalidad de los hombres; el mundo, el resultado conjunto de las fuerzas. A menudo estas fuerzas están en oposición y, mientras buscan su destrucción mutua, la Naturaleza las sostiene en juego. Desde el trabajo material más ínfimo hasta la expresión más elevada del niño, hasta los más elevados acentos del orador más elocuente, desde las querellas de los escolares hasta las enormes y monstruosas guerras que dan por resultado la conquista de imperios, desde la benevolencia más ligera hasta el amor más inmenso, desde el pensamiento más sencillo de la presencia material hasta la presencia más indefinible del avenir espiritual más lejano, todo, absolutamente todo, está contenido en el hombre y todo exige ser perfeccionado, y no en un solo individuo, sino en el conjunto de los individuos. Toda facultad es importante y debe ser encaminada hacia la perfección. Si éste no se ocupa de otra cosa que de lo bello, y aquel otro atiende únicamente a lo útil, entre ambos forman un hombre completo. Lo útil toma aliento de por sí mismo, pero lo bello necesita que lo alienten desde afuera, porque son pocos los que poseen, son pocos los que necesitan de lo bello.*

GOETHE.



# Fotografía Artística







Cascada en Tijuca (Río de Janeiro).



Un amanecer en el lago Nahuel Huapí.

Fot. J. C. Dantiacq.

Talleres Gráficos Cía. Gral. de Fósforos - Buenos Aires
INDUSTRIA ARGENTINA


Bagley
HESPERIDINA